

ANDREA CAMILLERI

de

La Ópera de Vigàta



perette en 3^{es}

Lectulandia

La ópera de Vigáta parte de un hecho real ocurrido en 1875 en Sicilia, la determinación del prefecto de inaugurar el teatro de su ciudad con una ópera desconocida, *Il Birraio di Preston*, lo que da lugar a una serie de intrigas, delitos y tumultos y su posterior investigación. Una tragicomedia de una sociedad en la que la permanencia de los modos de vida y dominación sicilianos se afirma contra los modelos importados del Norte.

Lectulandia

Andrea Camilleri

La Ópera de Vigáta

ePub r1.0

FLeCos 01.06.16

Título original: *Il birraio di Preston*
Andrea Camilleri, 1995
Traducción: Juan Carlos Gentile Vítale

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

ERA UNA NOCHE ESPANTOSA

Era una noche espantosa, verdaderamente pavorosa. Gerd Hoffer, que aún no había cumplido los diez años, ante un trueno que retumbó más que los otros e hizo temblar los cristales de las ventanas, se despertó con un salto, percatándose, en el mismo momento, de que irresistiblemente se le escapaba. Era una vieja historia, ésta de la escapadita de pipí: los médicos habían diagnosticado que, desde su nacimiento, el chiquillo era lento de encaje, es decir, de riñones. Por tanto, era natural que se liberase en la cama. Pero el padre, el ingeniero de minas Fridolin Hoffer, que de eso no quería ni oír hablar, no se daba paz por haber traído al mundo un hijo alemán de saldo y, por tanto, sostenía que no era cuestión de tratamientos sino de kantiana educación de la voluntad, por lo que cada mañana que Dios mandaba a la tierra se ponía a inspeccionar, levantando la manta o la sábana, según la estación, la cama de su hijo y, tras meter la mano inquisitorial, ante la súbita e infaltable mojadura reaccionaba con una poderosa bofetada al niño, cuya mejilla golpeada empezaba a hincharse a simple vista como un bizcocho por obra de la levadura de cerveza. Esta vez, quizá para evitar el matutino castigo paterno, Gerd se levantó en la oscuridad, iluminado por los relámpagos, y comenzó una incierta caminata hacia el retrete mientras el corazón le palpitaba de miedo por los peligros y celadas que aquel nocturno viaje comportaba: una vez una lagartija le había trepado por las piernas y otra vez una cucaracha se había dejado aplastar por su pie desnudo con un ruido acuoso que, cuando lo pensaba, aún le revolvía el estómago.

Llegado a la letrina, tras enrollar sobre la barriga el camisón, empezó a hacer aguas. Entretanto miraba, como de costumbre, por la ventana baja, hacia Vigáta y su mar, a algunos kilómetros de distancia de Montelusa. Se emocionaba si en la lejana extensión de agua se percibía la débil luz de una lámpara de acetileno de alguna balandra perdida; entonces, de pronto, dentro de la cabeza le estallaba como una música, un agolparse de sensaciones a las que no sabía cómo llamar, raras palabras se asomaban y centelleaban como estrellas en un cielo negro. Empezaba a sudar y, de regreso a la cama, ya no conseguía pegar ojo, daba vueltas y más vueltas, hasta que la sábana se transformaba en una especie de cuerda que lo ahorcaba. Algunos años después se convertiría en poeta y escritor, pero aún no lo sabía.

Aquella noche fue distinto. Entre relámpagos, resplandores y truenos que a la vez lo asustaban y fascinaban, observó un fenómeno que nunca antes había visto. En efecto, sobre Vigáta estaba surgiendo el alba o algo similar: esto no podía ocurrir, dado que su padre, con teutónica precisión y meticulosidad científica, le había explicado cómo la luz del día nacía del lado opuesto, para ser exactos del ventanal del comedor. Miró con más atención, pero no había duda posible, una media luna de color rojizo cubría el cielo de Vigáta, a contraluz se veían incluso las siluetas de las casas altas, aquellas que estaban sobre la llanura de la Lanterna, dominando el

pueblo.

Sabía por propia experiencia qué peligroso era despertar a su padre durante un sueñecito, pero decidió que esta vez la ocasión lo merecía. Porque las posibilidades eran dos: el mundo, harto de girar siempre en el mismo sentido, había cambiado de ruta (y la suposición, habiendo nacido poeta y escritor, le producía vértigos de emoción), o su padre, por una vez, había cometido un error en su infalibilidad soberana (y esta segunda suposición, al ser su hijo, le producía más vértigos que la primera). Se encaminó hacia el cuarto de su padre, contento de que su madre no estuviera: estaba en Tubinga para atender a la abuela Wilhelmine. Apenas entró, fue acogido por el devastador ronquido del ingeniero, una bestia con un tonelaje de ciento veinte kilos, una altura de casi dos metros, cabello rojo a cepillo y gigantescos bigotes, también rojos. Tocó la masa ruidosa y en seguida retiró la mano como si se hubiera quemado.

—¿Eh? —espetó su padre con los ojos inmediatamente desencajados, puesto que tenía el sueño ligero.

—*Vater* —murmuró Gerd.

—*Was ist denn?* ¿Qué pasa? —preguntó el ingeniero mientras frotaba una cerilla y encendía la lámpara sobre la mesilla de noche.

—Pasa que esta noche la luz sale desde Vigáta.

—¿Luz? ¿Qué luz? ¿La luz del alba?

—Sí, *vater*.

Sin decir palabra, el ingeniero hizo una señal a su hijo para que se acercara y apenas éste estuvo a tiro le soltó una solemne bofetada.

El chico trastabilló y se llevó una mano a la mejilla, pero se emperrió. Repitió obstinado:

—Sí, señor, *vater*, la luz del alba sale desde Vigáta.

—¡Vete en seguida a tu cuarto! —ordenó el ingeniero que, al levantarse de la cama, nunca se habría mostrado en camión delante de los ojos que suponía inocentes de su hijo.

Gerd obedeció. Algo extraño debía de haber, pensaba el ingeniero mientras se ponía la bata y se dirigía al retrete. Le bastó y sobró un vistazo para darse cuenta de que nada de alba, en Vigáta había estallado un incendio, y muy grande. Parando bien la oreja, se oía incluso la campana de una iglesia que repicaba a la desesperada.

—*Mein Gott!* —espetó el ingeniero casi sin aliento.

Luego, conteniendo a duras penas alaridos y exclamaciones de alegría, de purísima felicidad, se vistió febrilmente, abrió el cajón grande del escritorio, sacó una trompeta dorada provista de cordón para llevarla en bandolera y salió de casa a la carrera sin preocuparse de cerrar la puerta a sus espaldas.

En cuanto estuvo en la calle, dio vía libre a un largo relincho de satisfacción y luego comenzó a correr. Gracias al incendio, podría experimentar por primera vez el

ingenioso artilugio apagafuegos que tenía en mente patentar y que había sido construido siguiendo un proyecto suyo, en largos meses de apasionado trabajo fuera del horario de la mina. Se trataba de una ancha carreta sin barandillas, sobre cuya plataforma se había empernado una gruesa chapa de hierro. Sobre esta chapa se había atornillado firmemente una especie de gigantesco alambique de cobre conectado con otro alambique mucho más pequeño y debajo del cual un compartimiento de hierro, abierto en la parte superior, hacía de caldera. El alambique pequeño, lleno de agua y con el fuego encendido debajo, producía, según el fulgurante descubrimiento de Papin, la presión necesaria para hacer salir con fuerza el agua fría contenida en el alambique más grande. Enganchada a la voluminosa carreta había otra de proporciones reducidas que llevaba la leña y dos escaleras de mano, la una dentro de la otra. El conjunto era arrastrado por cuatro caballos; el equipo de voluntarios estaba compuesto por seis personas que se colocaban de pie a los lados de la carreta grande. El ingeniero tenía su sitio junto al cochero. En el curso de los entrenamientos y de las pruebas, el aparato siempre había dado un buen resultado.

Llegado al inicio de la calle que cortaba por el medio el antiguo barrio árabe del Rábato, donde ahora vivían mineros y azufradores, Fridolin Hoffer cogió aliento y dio un altísimo trompetazo. Recorrió todo el largo camino con el amplio pecho dolorido por la fuerza con la que soplabla la trompeta y, al final de la calle, hizo una rápida media vuelta y volvió a tocar en subida.

Los efectos de aquella nocturna sonata fueron casi inmediatos. Los hombres de la brigada, que habían sido advertidos del significado de un inopinado despertar nocturno a golpes de trompeta, comenzaron a vestirse de prisa, después de haber tranquilizado a sus mujeres e hijos temblorosos y lloriqueantes. Luego uno corrió a abrir el almacén donde estaba la máquina, el cochero se ocupó de uncir la cuadrilla de caballos y un tercero y un cuarto encendieron el fuego debajo del alambique pequeño.

Los demás habitantes del populoso barrio, ignorantes de todo, pero debidamente aterrorizados por aquel toque de trompeta que parecía la del Juicio Final, atrancaron por las dudas puertas y ventanas, en un sinnúmero de alaridos, gritos, voces, llantos, plegarias, jaculatorias y maldiciones. La señora Nunziata Lo Monaco, de noventa y tres años, despertada de repente, se sentó en medio de la cama, se convenció de que era otra sublevación del cuarenta y ocho, se quedó paralizada y cayó hacia atrás rígida como un mango de escoba y de súbito patitiesa. Los parientes, al alba, la encontraron muerta y le echaron la culpa al corazón y a la edad, desde luego no al do sobreagudo del alemán.

Entretanto la brigada, ultimados los preliminares, se había agrupado en torno al ingeniero; estaban agitados y emocionados por la gran ocasión que se les presentaba.

El ingeniero los miró a los ojos, uno a uno, luego levantó un brazo y dio la salida. En un santiamén montaron y partieron a rienda suelta hacia Vigáta. Cada tanto Hoffer tocaba la trompeta que llevaba en bandolera, quizá para advertir a algún conejo o a algún perro que se encontraba de paso y no, por supuesto, a un cristiano, pues a

aquella hora de la noche y con aquel mal tiempo, no se veían cristianos por ahí.

También para Gerd, solo en casa, fue una noche extraña. Cuando oyó que su padre salía, se levantó de la cama, fue a cerrar la puerta de la casa y, una tras otra, encendió todas las luces hasta hacer una gran iluminación. Luego se puso de pie delante del espejo del cuarto de su madre (el ingeniero y su mujer dormían en habitaciones separadas, para escándalo del pueblo: desde luego, no era algo cristiano, pero por lo demás nadie entendía de qué religión eran el alemán y la alemana), se levantó el camisón y, una vez desnudo, empezó a mirarse. Después fue al despacho de su padre, tomó una regla del escritorio y volvió delante del espejo, que era de esos en que uno puede verse de los pies a la cabeza. Cogió la cosa que tenía entre las piernas (¿pija?, ¿picha?, ¿polla?, ¿pájaro?, ¿pito?) y la extendió sobre la regla. La medición, repetida varias veces, resultó siempre insatisfactoria, a pesar de que había estirado la piel hasta hacerse daño. Dejó la regla y, desconsolado, volvió a acostarse. Tras cerrar los ojos, comenzó a dirigir una larga y pormenorizada plegaria a Dios para que se la hiciera, con el adecuado milagro, como la de su compañero de pupitre, Sarino Guastella, que era tan alto como él y pesaba tanto como él, pero inexplicablemente la tenía cuatro veces más larga y gorda que él.

Llegados a la llanura de Lanterna, debajo de la cual se extendía Vigáta, el ingeniero y sus hombres se dieron cuenta, preocupados, de que aquel incendio no era un juego, al menos dos grandes edificios estaban en llamas. Mientras miraban y el ingeniero estudiaba por dónde bajar con el aparato para atacar más velozmente el fuego, vieron, bajo la luz vacilante de las llamas, a un hombre que caminaba con aire absorto, aunque de vez en cuando se ladeaba. Tenía las ropas chamuscadas y los pelos de punta, no se entendía si por espanto o peinado. Las manos las mantenía levantadas por encima de la cabeza, como si quisiera rendirse. Lo pararon. Tuvieron que llamarlo dos veces porque a la primera el hombre pareció no haberlos oído.

—¿Qué haber sucedido? —preguntó el ingeniero.

—¿Dónde? —preguntó a su vez el hombre con ademán gentil.

—¿Cómo dónde? En Vigáta, ¿qué haber sucedido?

—¿En Vigáta?

—Sí —espetaron todos en una especie de coro.

—Parece que hay un incendio —dijo el hombre mirando hacia el pueblo de abajo como para obtener una confirmación.

—Pero ¿cómo ha sido? ¿Sabe usted?

El hombre bajó los brazos, los puso detrás de la espalda y se miró la punta de los zapatos.

—¿No lo sabéis?

—No. Nadie aquí sabe.

—Ah. Parece que la soprano, en un momento dado, desafinó.

Dicho lo cual se puso otra vez en camino, retomando la posición con las manos en alto.

—¿Quién coño es la soprano? —preguntó Taño Alletto, el cochero.

—Es una mujer que canta —explicó Hoffer sacudiéndose por el estupor.

HAY UN FANTASMA QUE HACE TEMBLAR

—¡Hay un fantasma que hace temblar a todos los músicos de Europa! —proclamó en voz alta el caballero Mistretta dando simultáneamente un manotazo sobre la mesa. Quedaba claro para todos que al decir músicos se refería a los compositores de música. El caballero comerciaba en habas y no era amigo de la lectura, pero a veces, al hablar, le daba por las imágenes apocalípticas.

Ante aquel bramido y aquel golpe repentino, los socios del círculo ciudadano de Vigáta, Familia y progreso, se sobresaltaron, pues estaban nerviosos después de tres horas y pico de acalorada discusión.

Una reacción completamente distinta tuvo, en cambio, el perito agrónomo Giosué Zito, que desde hacía un cuarto de hora se había adormecido, dado que la noche anterior no había pegado ojo por culpa de un terrible dolor de muelas. Despertado de improviso, tras haber oído en la duermevela la palabra fantasma, saltó rápidamente de la silla, se arrodilló, se hizo la señal de la cruz y empezó a decir el credo. En el pueblo era algo sabido que el perito, tres años antes, mientras dormía en su casa de campo, había recibido un susto de muerte a causa de un espectro, un fantasma que lo había perseguido de cuarto en cuarto con gran estruendo de cadenas y desgarradores gemidos de condenado. Acabada la plegaria, pálido como un cadáver, Giosué Zito se levantó y se volvió hacia el caballero con voz entrecortada.

—¡Usted, hombre sin Dios, en mi presencia no debe aventurarse a hablar de espíritus ni de fantasmas! ¿Quiere entenderlo, sí o no, calabrés cabezota? ¡Bien sé yo qué espantoso es un fantasma!

—Usted, querido mío, no sabe una puta mierda.

—¿Cómo se permite?

—Me permito porque puedo —espetó resentido el caballero Mistretta.

—Explíquese mejor.

—Lo saben hasta los perros y cerdos que aquella famosa noche con la cual usted, contándola y volviéndola a contar, ha dado el coñazo a todo el mundo, aquella famosa noche, digo, usted no fue perseguido por un fantasma, sino por ese gran cornudo de su hermano Giacomino, disfrazado con una sábana, que quería hacerlo enloquecer y quedarse con toda la herencia paterna.

—¿Y eso qué significa?

—¿Cómo, qué significa? El fantasma no existía. ¡Era su hermano Giacomino que hacía disparates!

—¡Pero el susto me lo pegué lo mismo, a mí me hizo el mismo efecto que un auténtico fantasma de carne y hueso! ¡La fiebre me subió a cuarenta! ¡Me salieron erupciones en la piel! ¡Y por eso usted, por respeto, podía cambiar de palabra!

—¿Cómo?

—Y yo qué coño sé, usted habla con sus palabras, no con las mías.

—Mire, no podía ni puedo cambiarla. ¡Porque la palabra me ha venido propiamente apropiada! ¡No encuentro otras, por ahora!

—Discúlpenme —se entrometió en ese momento y siempre afectado, todo etiqueta, moda, ceremonia y miramiento, el marqués Manfredi Coniglio della Favara —, pero ¿quiere el egregio caballero hacer el favor de explicarnos de qué fantasma está hablando?

Es preciso abrir un paréntesis. El sitio indicado del marqués Coniglio della Favara estaba, había estado, entre los socios del Círculo de los Nobles de Montelusa, tanto por clase como por patrimonio. Pero, un mal día del año pasado, la imagen de san José había pasado justo por debajo de los ventanales del círculo, dado que era su fiesta. El marqués Manfredi se asomó a uno de los ventanales para ver la procesión. La desgracia quiso que junto a él se situase el barón Leoluca Filó di Terrasini, facineroso papista y terciario franciscano. Fue sólo en aquel momento, porque nunca antes en su vida había razonado sobre ello, que el marqués se percató de qué viejo era san José. Comenzó a especular sobre esta diferencia de edad entre José y María, llegando a una conclusión que cometió el error de expresar en voz alta:

—Para mí que fue un matrimonio de conveniencia.

Ahora bien, por una broma de aquello que se suele llamar el destino, el mismo pensamiento había atravesado la mente del barón Leoluca, que, de súbito, había caído en una especie de angustia abismal dada la blasfemia que se le había pasado por la cabeza. Todo sudado, entendió perfectamente a qué se refería el marqués con aquella frase.

—Repítalo, si tiene el valor.

Lanzó el desafío con los ojos que parecían carbones encendidos, atormentándose con el índice el lado derecho del bigote.

—Desde luego.

—Espere, se lo advierto: lo que diga puede tener consecuencias.

—Me importan un pito las consecuencias. Mire, a mí san José me parece verdaderamente demasiado viejo para hacérselo con María.

No pudo explicarse más, la bofetada del barón había partido fulminante, como fulminante había sido la patada que el marqués, poco caballerosamente, le había dado en los cojones. Por el golpe, el barón había caído al suelo, retorciéndose sin aliento. Se habían desafiado a duelo y se habían batido a espada. El barón había herido superficialmente al marqués que, empero, se había dado de baja del círculo de Montelusa.

—Es una gente con la que no se puede razonar.

Por tanto, había presentado la solicitud de admisión en el círculo de Vigáta y había sido acogido con entusiasmo, dado que al ser todos los socios comerciantes, maestros de escuela, empleados y médicos, los nobles no se veían ni con lupa. Su presencia daba lustre.

Ante la cortés pregunta del marqués, el caballero sacó pecho.

—¡Estoy hablando de Uogner! ¡De su música divina! ¡Del fantasma de su música que asusta a todos los demás músicos! ¡Esa música con la cual todos, hoy o mañana, tendrán que romperse los cuernos!

—Nunca he entendido a ese Uogner —dijo sinceramente asombrado Giosué Zito.

—¡Porque es un ignorante! ¡Entre usted y la cultura de un salmonete no hay diferencia! A mí me tocó un fragmento de esta música la señora Gudrun Hoffer, al piano. ¡Y me sentí en el paraíso! Por mil demonios, ¿cómo se hace para no conocer a Uogner? ¿Nunca ha oído hablar de *Il vascello fantasma*?

Giosué Zito, que apenas se había recuperado del golpe anterior, se tambaleó y se sujetó a una mesa para no caerse.

—¿Usted me quiere mandar verdaderamente al otro barrio? ¿Por qué coño sigue hablando de fantasmas?

—¡Porque se llama así y es una obra grandísima! ¡Me importa un bledo si usted se caga encima! ¡Es una música nueva, revolucionaria! ¡Como la del *Tristano*!

—¡Ay, ay! —murmuró el canónigo Bonmartino, estudioso de patrística, que estaba, como de costumbre, autoembrollándose con un solitario.

—¿Qué me quiere decir con su ay, ay?

—Nada —explicó el canónigo con una cara tan seráfica que parecía que dos angelitos volaran en torno a su cabeza—. Sólo quiero decirle que, en italiano, «tristano» significa culo melancólico. Ano triste. A juzgar por eso, me imagino que la obra debe de ser una belleza.

—¡Tampoco usted entiende un carajo de Uogner!

—Para empezar se escribe con uve doble, a, ge, ene, e, erre y se lee Vag-ner. Es alemán, queridísimo amigo, no es ni inglés ni americano. Y es de verdad un fantasma, como dice usted y salvando la salud del señor Zito. En efecto, ha muerto aún antes de nacer, un aborto. La música de su Wagner es una solemne cagada, una cagada ruidosa, hecha de pedos, ora llenos ora vacíos de aire. Cosas de letrina, de retrete. Quien hace música seria de verdad, no consigue tocarla, créame.

—¿Me permiten una palabra? —preguntó desde el sillón donde estaba leyendo el periódico el presidente, Antonio Cozzo, que hasta aquel momento no había dicho ni mu.

—Usted es muy dueño —dijo Bonmartino.

—No estoy hablando con usted —precisó el presidente—, sino con el caballero Mistretta.

—Adelante —dijo Mistretta, mirándolo con hostilidad.

—Sólo quiero hablar de *1/ trovatore*, la obra cumbre del cisne de Busseto. ¿Está claro?

—Clarísimo.

—Por tanto, caballero, escúcheme bien. Cojo *Abbietta zíngara* y se la enfilo en la oreja derecha, aferró *Tacea la notte placida* y se la coloco en la oreja izquierda, así ya

no podrá oír a su amado Uogner, como dice usted. Luego agarro *Chi del gitano* y se la introduzco en la fosa nasal izquierda, empuño *Stride la vampa* y se la meto en la fosa derecha, así tampoco podrá coger aire. Luego hago un buen ramo con *Il balen del tuo sorriso*, *Di quella pira* y el *Miserere* y se los coloco todos en el agujero del culo que, según me refieren, usted lo tiene bastante grande.

De golpe, en el círculo, se detuvo el tiempo. Luego la silla de al lado del caballero Mistretta salió volando y atravesó el salón, en dirección a la cabeza del presidente Cozzo. Este, que esperaba la reacción, se levantó rápidamente, esquivándola, mientras llevaba la mano derecha al bolsillo de atrás de los pantalones donde tenía la pistola, un revólver Smith and Wesson de cinco tiros. Pero ninguno de los presentes se alarmó, todos sabían que el gesto del presidente era un hábito, un tic que se repetía incluso tres veces al día en caso de acaloradas discusiones o de altercados. Pero era seguro que nunca jamás Cozzo habría desenfundado el revólver para disparar sobre cualquier criatura viviente, fuera hombre o animal.

—¡Venga, señores, acabemos con estas bobadas! —intervino el comendador Restuccia, hombre barrigudo, de pocas palabras y al que era peligroso contradecir.

—¡Es él quien me provoca! —intentó justificarse el caballero como si se encontrara en la escuela elemental.

Pero el comendador, evidentemente harto, miró a los contendientes con ojos severos y habló con voz inflexible.

—Dije basta y es basta.

Se sosegaron de inmediato. El presidente Cozzo levantó la silla que lo había rozado y el caballero Mistretta se ajustó la chaqueta.

—Dense la mano —era una orden del comendador al que, por supuesto, hubiera sido casi letal desobedecer.

Lo hicieron sin mirarse a los ojos, mientras en aquel momento hacía su entrada el camarero Taño con una bandeja llena de cafés, bizcochos con sésamo, canutos rellenos de crema, tartas de limón, sorbetes de jazmín, bebidas de almendra y anís. Taño empezó a distribuirlos de acuerdo a los pedidos. Hubo, por tanto, un momento de silencio y precisamente en aquel silencio todos los presentes oyeron que don Totó Prestía se había puesto a cantar, en voz baja, *Una furtiva lacrima*.

En silencio, mientras comían y bebían, se quedaron embelesados escuchando la voz de don Totó, que era como para ponerse a lagrimear como terneros degollados. Al final, después del aplauso, como si quisiera corresponder, don Cosmo Montalbano le contestó, afinado como era, con *Una voce poco ja*.

—¡Desde luego que hay músicas hermosas! —suspiró el defensor uogneriano haciendo alguna concesión a sus adversarios.

—¿Qué hace, quiere convertirse? —le preguntó el canónigo Bonmartino—. Mire que no le daré mi bendición, para mí usted sigue siendo un hereje, morirá condenado.

—¿Me quiere explicar qué clase de cura es usted? —se enfadó el caballero Mistretta—. Calma, señores, calma.

Había hablado el comendador y no se oyó volar una mosca.

—Pero usted, caballero, tiene razón —continuó el canónigo—. Hay músicas hermosas. ¡Y nosotros, en cambio, debemos tragarnos, de buen o mal grado, una música que ni siquiera sabemos cómo es sólo porque así lo quiere la autoridad! ¡Cosas de locos! ¡Debemos hacer que nuestros oídos sufran con la música de este Luigi Ricci sólo porque así lo ordena el señor prefecto!

El estudioso de patristica estaba verdaderamente indignado, de modo que echó a rodar las cartas de un solitario que, a fuerza de embrollos, esta vez estaba a punto de salirle.

—¿Lo sabéis? —intervino el médico Gammacurta—. ¡Este Ricci, que ha escrito la música de // *birraio di Preston*, parece que ha hecho una ópera que es un plagio descarado de algo de Mozart!

Ante aquel nombre los presentes se horrorizaron. Mencionar el nombre de Mozart, inexplicablemente detestado por los sicilianos, era como decir una maldición, una blasfemia. En Vigáta, el único que defendía aquella música, que en la opinión general no sabía ni a carne ni a pescado, era el carpintero don Ciccio Adornato, pero parece que lo hacía por razones personales, de las cuales apenas hablaba.

—¿Mozart?!

No fue un coro, aunque todos exclamaron aquel nombre al mismo tiempo. Hubo quien lo hizo con desprecio y quien con dolor, como por una traición, quien con estupor y quien con indignación.

—Sí, señor, Mozart. Me lo ha dicho alguien que sabe de estas cosas. Parece que hace unos treinta y cinco años, en la Scala de Milán, este gilipollas de Luigi Ricci hizo representar una ópera, que se llamaba *Le nozze di Figuro* y era idéntica a una ópera de Mozart que se llamaba del mismo modo. Los milaneses, al final, lo mandaron a hacer puñetas. Entonces este Ricci se puso a llorar y en lágrimas se precipitó para hacerse consolar entre los brazos de Rossini, que era su amigo, vete a saber por qué. Rossini cumplió con su deber y le dio ánimos, pero dio a entender a todos que, en el fondo, Ricci se la había buscado.

—¿Y nosotros deberíamos inaugurar nuestro teatro de Vigáta con una ópera de este don nadie sólo porque el señor prefecto se comporta como un cretino? —preguntó el presidente Cozzo palpando amenazadoramente el bolsillo donde tenía el revólver.

—¡Oh Jesús, santo Jesús! —espetó el canónigo—. ¡Con lo fúnebre que es Mozart, figurémonos lo que debe de ser la mala copia de un mal original! Pero ¿se puede saber qué tiene en la cabeza este señor prefecto?

Puesto que nadie supo darle una respuesta, se hizo un silencio, totalmente meditativo. El primero en romperlo fue Giosué Zito que entonó, muy bajito, para que no lo oyeran desde la calle:

—Ah, non credea mirarti...

Lo substituyó el marqués Coniglio della Favara:

—*Qui la voce sua suave...*

Intervino el comendador Restuccia, como bajo profundo:

—*Vì ravviso, o luoghi ameni...*

En este punto el canónigo Bonmartino se levantó de la silla, corrió hasta las ventanas y echó las cortinas, para quedarse en penumbra, mientras el presidente Cozzo encendía una lámpara. En torno a aquella luz se encontraron todos en semicírculo. Y el médico Gammacurta atacó con voz de barítono:

—*Suoni la tromba e intrépido...*

Primero se le unió, como en la partitura, el comendador. Luego, uno a uno, todos los demás. De pie, mirándose a los ojos y con las manos encadenadas, bajaron por instinto el volumen del canto.

Estaban conjurados, lo estaban desde aquel preciso momento en el nombre de Bellini.

Il birraio di Preston, ópera lírica de Luigi Ricci, impuesta por el prefecto de Montelusa, no pasaría.

¿INTENTARÍA LEVANTAR EL MOSQUITERO?

—¿Intentaría levantar el mosquitero? —se preguntó la señora Concetta Riguccio, viuda de Lo Russo, temblorosa, escondida detrás de la gasa que, en verano, extendida en torno y encima de la cama, servía para protegerla de las picaduras de las mosquitas y los mosquitos, de los cínifes y de las moscas de mula. Ahora el mosquitero, dosel de tejido ligero, parecía un fantasma colgado de un clavo. El generoso pectoral de la viuda era embestido por un temporal de fuerza diez, la teta de babor se sotaventaba hacia el norte-noroeste y la de estribor, en cambio, iba a la deriva hacia el sur-sureste. Mujer de un marinero ahogado en las aguas de Gibraltar, no lograba pensar con otras palabras, sólo sabía emplear las marinas que su marido le había enseñado desde que se había casado a los quince años hasta los veinte, cuando había debido ponerse el luto riguroso. ¡Jesús, qué estruendo! ¡Qué nochecita! ¡Qué mar gruesa! Por su parte, debido al asunto del que estaba pendiente, la sangre le bullía, ora bajaba poniéndola pálida, ora subía a cubierta poniéndola más que roja, violeta. En efecto, para más inri, a primeras horas de la noche había escuchado, asustada, un gran vocerío que provenía del nuevo teatro, que era el edificio que estaba delante del suyo, luego el sonido de una trompeta y después una carrera afanosa de cristianos y de caballos, quizá incluso algunos disparos.

Entonces se había persuadido de que con todo aquel guirigay que estaba sucediendo, cuya causa no entendía, aquella noche él no se arriesgaría a venir, podía dejar su corazón, y alguna otra parte de su cuerpo, en paz. Resignada, se había desvestido y acostado. Luego, a punto de quedarse dormida, había oído un ruido sordo en el tejado, después sus pasos lentos y cautelosos por el alero y, a continuación, su zambullida sofocada cuando había saltado del tejado al ventanal, entreabierto según habían acordado. Ahora bien, cuando oyó que había cumplido su palabra y que dentro de pocos minutos habría entrado en su cuarto, le dio vergüenza, no había sabido estar tendida desnuda sobre la cama como una puta, en camión y sin nada debajo. Se había levantado a la carrera y había ido a esconderse detrás de la gran pieza de tarlatana.

Desde allí, lo oyó entrar en la honda oscuridad y cerrar el ventanal. Comprendió que se estaba dirigiendo hacia la cama e intuyó su sorpresa al no encontrarla después de haber palpado varias veces con la mano. Ahora se había puesto a maniobrar junto a la mesilla de noche y percibió la frotadura de una cerilla, cuya tenue luz entrevió a través de la densa tarlatana. Luego el cuarto se iluminó: había encendido el doble candelero. Fue entonces que, por efecto de la contraluz, Concetta Riguccio, viuda de Lo Russo, se percató de que él estaba completamente desnudo —pero ¿cuándo se había desvestido?, ¿en cuanto había entrado o había caminado así por encima del alero?— y de que entre las piernas le colgaban unos treinta centímetros de cable de amarre, de aquel grueso, no de barca sino de barco de carga, cable que se apoyaba en

una bita de atraque curiosamente de dos cabezas. Ante aquella visión una oleada más fuerte la arrolló y la hizo caer de rodillas. A pesar de la niebla que, de golpe, se había levantado ante sus ojos, vio que la silueta de él se dirigía con precisión, en ruta segura, hacia el sitio donde ella permanecía escondida, se detenía delante del mosquitero, se agachaba para posar el candelero en el suelo, aferraba el mosquitero y lo izaba de golpe. No sabía, la viuda, que la brújula para él no había sido la vista, sino el oído, el quejoso arrullo de paloma que ella había empezado a hacer sin ni siquiera darse cuenta. Él la vio delante suyo arrodillada, abriendo y cerrando la boca como un salmonete cogido en la red.

Pero la aparente falta de aire no impidió que la viuda notara que el cable de amarre cambiaba de forma y empezaba a convertirse en una especie de rígido bauprés. Luego él se inclinó, la cogió sin decir palabra por debajo de las axilas sudadas y la izó alta sobre su propia cabeza. Ella sabía que se había convertido en una pesada carga para sus jarcias, pero él no perdió el equilibrio, sólo la bajó un poco, para que ella pudiera andársele con sus piernas detrás de la espalda. Entre tanto el bauprés había cambiado otra vez de forma: ahora se había convertido en un majestuoso palo mayor, sólidamente unida al cual la viuda Lo Russo empezó a oscilar, a vibrar y a palpar, a toda vela.

Una vez su marido le había referido una historia que le había contado un marinero que había ido a la caza de ballenas: en las aguas frías del norte, había dicho el marinero, existe un pez espectacular, que se llama narval. Tres veces más grande que un hombre, tiene en la cabeza, en medio de los ojos, un cuerno de marfil que supera los tres metros. Quien lo encuentra, se enriquece, porque un poquito de polvo de aquel cuerno hace que un varón pueda hacerlo hasta quince veces en una noche. Entonces la señora Concetta no había querido creer en aquella historia. Ahora, en cambio, comprendió que todo era cierto, que ella estaba estrechando entre los brazos a un pequeño narval, con apenas treinta centímetros de cuerno: más que suficientes.

La historia había comenzado un domingo, cuando ella y su hermana Agatina habían llegado tarde a la santa misa. La iglesia estaba llena, de las sillas de paja que el sacristán alquilaba a medio tarín no se veía ni la sombra y delante tenían una tupida hilera de hombretones que no era decoroso atravesar pidiendo permiso. Había que permanecer, por necesidad, lejos del altar.

—Quedémonos de pie aquí al fondo —había dicho Agatina.

De repente se abrió la puerta de la contrapuerta y entró él. Nunca antes lo había visto, pero en cuanto Concetta lo miró comprendió que durante algunos minutos su timón sería ingobernable. Era guapísimo, un ángel del paraíso. Alto, rubio y rico en cabellos rizados, tan enjuto como era adecuado en un hombre sano, un ojo celeste como el mar y el otro, el de la derecha, vacío. El ojo estaba escondido bajo el párpado que se había como empequeñecido, cegado en la parte de abajo. Pero no causaba

impresión, al contrario: toda la luz del ojo muerto se volcaba en el otro, lo hacía centelleante como una piedra preciosa, como un faro de noche. Más tarde supo por Agatina que lo había perdido por una cuchillada durante un altercado, pero poco le importó. Comprendió, en aquel preciso momento, que toda la navegación cambiaba para ella: él, por fuerza, debía ser su puerto, a costa de doblar el cabo de Hornos. También él había sentido lo mismo, tanto es así que giró la cabeza hasta encontrarse con sus ojos: allí echó el ancla. Se miraron durante un minuto eterno. Luego, dado que ya todo estaba claro, él reunió los dedos de la mano derecha en forma de alcachofa y los agitó repetidamente de arriba abajo y viceversa. Era una pregunta precisa.

—¿Cómo hacemos?

Concetta apartó lentamente los brazos del cuerpo, los dejó colgando a lo largo de las caderas y volvió la palma de las manos hacia el exterior con cara desconsolada.

—No lo sé.

El diálogo se había desarrollado veloz, con gestos mínimos, apenas esbozados.

El violento viraje que en un momento dado él decidió hacer la cogió por sorpresa, pero no discutió, obedeció en seguida. Concetta, convertida esta vez en barca, balandra de vela latina, se encontró con la proa sobre el cojín y la popa levantada recibiendo el viento que, precisamente de popa, haciéndola saltar de ola en ola, irresistiblemente la empujaba hacia el mar abierto, sin brújula ni sextante.

En la misa del domingo siguiente ella hizo lo humano y lo divino para llegar tarde aposta, al punto que su hermana Agatina se enfadó y le dijo que era una mujer a la que le gustaba perder el tiempo. Pero apenas entrada en la iglesia, el faro azulado la iluminó, la animó y la hizo feliz. Se sintió, bajo aquella luz y calor, como una lagartija estirada sobre una piedra al sol. Luego él extendió el índice de la mano derecha hacia ella.

—Tú.

Volvió el índice hacia sí mismo.

—A mí.

Cerró el puño de la misma mano, juntó el pulgar y el índice, la giró.

—La llave.

Ella movió la cabeza de babor a estribor y al revés.

—No, la llave no.

Verdaderamente no podía darle la llave de casa: en la planta baja vivían los señores Pizzuto y en el primer piso la señora Nunzia, que nunca cogía el sueño, era demasiado peligroso, alguien podía verlo mientras subía por la escalera.

El extendió los brazos, dobló la cabeza hacia un lado, sonrió amargamente y los dejó caer.

—Entonces no me quieres.

A ella le pareció que se iba a pique, las piernas le temblaron. El rosario se le cayó al suelo y se agachó para cogerlo, lo besó una, dos veces posando largamente los labios en el crucifijo y mirándolo fijamente al único ojo que parecía enrojecerse de fuego, de azulado se hacía llama.

—Pero ¿qué dices? Te querría en la cruz para besarte todo como hizo Magdalena con Jesús.

Ahora iban de bolina, la navegación era tranquila, el mar se movía lento, la acunaba, ninguna ola la agitaba. Eran un espolonazo, él velas, ella carena.

—¿Cómo llegarás?

Él sonrió, mantuvo rígida la palma de la mano izquierda y el índice y el medio de la derecha mimaron encima de ella a uno que camina.

—Con una tabla.

Ella lo miró aturullada y él sonrió de nuevo, estaba tranquilo y decidido.

Ella formó con el índice y el pulgar un pequeño círculo, para significar un reloj. Luego puso de nuevo los dedos en alcachofa.

—¿Cuándo?

El alzó las manos bien abiertas a la altura del pecho, las movió adelante y atrás.

—Espera.

—Entre las partes que forman el casco —le había explicado una vez el difunto—, está también la sentina, un lugar negro y hediondo donde van a parar todas las asquerosidades de la nave.

Pero entonces, si era un sitio fétido e inmundado, ¿por qué quería entrar en él por fuerza, como estaba haciendo?

A la tercera misa él dobló el índice y el medio y se tocó el pecho.

—Yo.

Los dos dedos mimaron a uno que camina.

—Iré a tu casa.

Los dedos de ella en alcachofa.

—¿Cómo?

El alzó el ojo al cielo, lo mantuvo allí durante un momento y luego volvió el índice hacia arriba.

—Por el tejado.

Atónita y asustada, ella volvió a poner los dedos en alcachofa.

Al final, uno de esos domingos, él había hecho con el índice y el medio el gesto de quien camina.

—Voy.

Sin darle tiempo de responder, había abierto tres dedos.

—Dentro de tres días.

A continuación había acercado los puños cerrados y luego los había extendido

hacia adelante.

—Abre el ventanal, el balcón.

Apenas fuera de la iglesia, ella no había tenido el valor de decirle a su hermana Agatina todos los razonamientos que, de domingo en domingo, había hecho con el muchacho desconocido. Sólo había preguntado:

—¿Tú conoces a ese joven que vemos en la iglesia y que tiene un solo ojo azulado?

—Sí, es de la familia de los Inclima. Me parece que se llama Gaspáno. Es soltero, no está casado.

Del muchacho habían seguido hablando hasta el portal. En el momento de dejarla, Agatina le había dicho:

—Gaspáno es un muchacho de oro. Para ti sería una carambola.

Una vez llegada, Concetta fue corriendo a mirar por el ventanal del dormitorio y en seguida tuvo claro el atrevido plan de Gaspáno. Justo detrás de la casa, hasta el nivel del tejado, se alzaba una montaña de sal, el depósito de la firma Capuana. Desde el punto más alto, con una tabla, un tablón, habría sido relativamente fácil alcanzar el alero del tejado y luego descolgarse en el ventanal. Volvió adentro para prepararse algo de comer, pero no lo consiguió: tenía un nudo en el estómago. Durante toda la tarde estuvo dando vueltas, ganduleó haciendo cosas sin importancia, pegó un botón en una camisa y ajustó la mecha de una lámpara. Lo hizo todo mal: no tenía la cabeza en su sitio.

Se acostó mientras aún había luz, pero no pudo coger el sueño. De improviso, cuando menos lo esperaba, de un sitio preciso de su cuerpo empezó a nacer una tromba marina. Primero fueron pequeñas encrespaduras del agua generadas por un viento más cálido que el siroco, luego las ráfagas se hicieron más fuertes y empezaron a remolinear como una barrena. La punta de aquella barrena estaba siempre encolada en el mismo lugar y giraba y giraba mientras la parte alta de la tromba se extendía e invadía todo el cuerpo de Concetta, que estaba en la cama con los brazos y las piernas abiertos, lo sacudía.

Una vez el difunto le había contado que la tromba marina se podía cortar y desinflar como un balón pinchado. Bastaba con tener el valor de acercarse con una chalupa al sitio donde la tromba tenía su base, traspasarla con un remo y decir algunas palabras sin sentido que, sin embargo, el difunto no le había revelado.

Entonces la chalupa que era su mano derecha valerosamente se adentró en el mar y comenzó a dirigirse hacia el sur, se acercó a la depresión en medio de la barriga, la costó, siguió bajando por una ruta precisa, llegó al centro del golfo que hacían sus piernas abiertas y arrojó el ancla sobre el punto preciso en que partía la tromba marina. Desde la chalupa que bailaba sacudida por el mar agitado, izó un remo, el índice, lo dirigió hasta tocar con cautela el pequeño lugar que daba nacimiento a todo aquel zarandeo y, tras individualizarlo bien, comenzó a darle con el remo, cada vez

más fuerte. No conocía aquellas palabras sin sentido, a los labios le vinieron otras, quizá más apropiadas:

—Ah Gaspáno, ah Gaspáno, ah Gaspáno mío...

De pronto, la tromba marina se aflojó y cayó en el golfo convertida en espuma densa y pegajosa.

Él ya no era ni barca ni mar, sino sólo un hombre algo cansado, al que le pesaba la respiración. Concetta le lamió el pecho lampiño que parecía el de un chiquillo: sabía a sal, como el del difunto. Él cerró los ojos y la apretó un poco más fuerte.

—Pero ¿tú sabes cómo me llamo? —le preguntó Concetta, a la que también le pesaban los párpados, entornados, la navegación había sido muy larga y agotadora. No tuvo respuesta, Gaspáno se había dormido.

LLAMADME A EMANUELE

—¡Llamadme a Emanuele! —ordenó Su Excelencia el prefecto de Montelusa, caballero doctor Eugenio Bortuzzi, devolviendo al ordenanza una voluminosa carpeta de expedientes ya firmados.

—Está aquí fuera, hace media hora que espera.

Su Excelencia se ofuscó.

—Tú, Orlando, eres el mizmo capullo de ziembre. Debíaz habérmelo dicho inmediatamente. Vete.

Pareció arte de magia. El ordenanza Orlando aún no había superado el umbral cuando a través de él se materializó, borrándolo, Emanuele Ferraguto, más conocido en la provincia y fuera de ella como «don Memé» o más sencillamente «u zu Memé», el tío Memé, sobre todo por quienes no tenían lazos de parentesco con él, ni siquiera muy lejanos.

Cincuentón, alto, enjuto sin exceso y bastante bien vestido, don Memé amagó una inclinación, con una amplia y cordial sonrisa estampada en la cara, esperando que el prefecto le hiciera una señal de que podía pasar.

Decía la voz popular que don Memé no había perdido la sonrisa ni siquiera cuando el delegado de policía, cinco años antes, al levantar una sábana le había enseñado, tendido desnudo sobre un banco de mármol, el cuerpo martirizado de su hijo Gnazino, que aún no había cumplido los veinte años. Después de la autopsia, siempre con la misma sonrisa, educadamente don Memé había pedido una explicación al médico forense y éste le había informado de que, en su opinión, al joven, antes de ser estrangulado, le habían cortado la lengua, serrado las orejas, vaciado los ojos y arrancado la polla y los cojones. En ese orden. Y de ese orden don Memé había tomado cuidadosamente nota, en una hoja de papel, con un lápiz que de vez en cuando mojaba con la punta de la lengua. El mensaje que aquel muerto llevaba en el modo mismo de su muerte estaba claro: quien había matado al joven lo consideraba charlatán y siempre dispuesto a joder a las mujeres, fueran jóvenes o casadas, a diestro y siniestro. En los dos meses siguientes, don Memé se había dedicado a una laboriosa transacción comercial. Al término de la cual, cedida a otros la primacía sobre el feudo de Cantarella, había recibido a cambio, junto con una casa de campo, a los dos asesinos de su hijo, en situación de no poder mover ni siquiera un dedo.

De ellos, decía siempre la voz popular, don Memé había querido ocuparse personalmente, después de ponerse un mandil para no ensuciarse el traje de sangre. Tras sacar la hojita que había escrito después de hablar con el forense, la había fijado a un clavo y se había puesto a seguirla a pie juntillas, sin ninguna fantasía. Pero, después de haberles cortado la polla y los cojones, había tenido un impulso de

autónoma creatividad, apartándose del guión. En efecto, después de coger a los dos moribundos, los había puesto de través sobre una mula y había ido a empalarlos en las ramas de un olivo sarraceno que surgía justo en el negociado feudo de Cantarella.

Descubiertos los cadáveres ya comidos por perros y cuervos, el delegado, tras una expeditiva indagación y siempre persuadido de que dos más dos eran cuatro, había ido corriendo a arrestar a don Memé. En el transcurso de la misma jornada, diez respetables habitantes de Varo, a cincuenta kilómetros de Montelusa, se habían precipitado a testimoniar que el día del doble homicidio don Memé estaba en su pueblo, disfrutando de la fiesta de san Calógero. Entre los suministradores de la coartada estaban el encargado de las admisiones postales, Ugo Bordin, véneto, el doctor Cario Alberto Pautasso, de Asti, director de la administración de hacienda, y el contable Ilio Ginnanneschi, originario de Prato, de la oficina del catastro.

—¡Qué hermosa es la unidad de Italia! —había proclamado don Memé con una sonrisa más cordial que de costumbre, mientras se le abrían las puertas de la cárcel.

Acabada la inclinación, Emanuele Ferraguto avanzó hacia el amplio escritorio del prefecto con cierta dificultad. En la derecha tenía el sombrero de tela inglesa y un paquete, con la izquierda sostenía un voluminoso bulto.

—Paze, paze, queridísimo —exclamó jovial el prefecto.

Don Memé, que había cerrado la puerta con un pie, avanzó cojeando un poco de la pierna derecha.

—¿Ze ha hecho daño? —se informó presuroso Su Excelencia.

Don Memé consiguió hacer señas de que no con el índice de la mano derecha, sin que se le cayeran el sombrero y el paquete.

—Es por el rollo —susurró misterioso mirando a su alrededor. Apoyó el paquete sobre el escritorio—. Son canutos de Sfiacca, esos que tanto le gustan a su señora.

Luego fue el turno del bulto grande y pesado.

—Esta, en cambio, es una hermosa sorpresa para usted, Excelencia.

El prefecto miró el bulto con ojos de pronto brillantes y esperanzados, la voz le tembló.

—¡No me diga!

—En cambio, ¡sí, le digo! —espetó triunfante Ferraguto.

—¿Ez la hiztoria arqueológica de Zicilia del duque de Zerradifalco?

—Vuecencia acertó. Son los libros que buscaba.

—¿Cómo ha hecho para encontrarla?

—He visto que la tenía el notario Scimé, se la pedí amablemente y él me la regaló para hacerle un obsequio a usted.

—¿De veraz? Le mandaré una notita de agradecimiento.

—Mejor que no, Excelencia.

—¿Por qué no?

—Podría sentirse cornudo y apaleado. Hubo que persuadirlo, ¿sabe? El notario le

tenía mucho aprecio a estos libros. He debido, cómo decirlo, forzarlo un poquitín, convencerlo de qué era lo que más le convenía.

—Ah —exclamó Su Excelencia mientras pasaba sobre el bulto una mano amorosa—. Zabe, Ferraguto, le revelo un zecreto. Me aburren loz libroz llenoz de ezcritura, me confunden. Entiendo mejor laz iluztracionez. Por zuerte, loz libroz de Zerradifalco eztán llenoz de iluztracionez.

Don Memé decidió poner fin al intermedio cultural.

—Usted perdone, Excelencia —espetó mientras comenzaba a desabotonarse los tirantes. Con un salto, el prefecto se levantó, corrió hacia la puerta, cerró con una doble vuelta y se puso la llave en el bolsillo. Entretanto Ferraguto había sacado de la pernera derecha del pantalón un largo rollo que apoyó sobre el escritorio, mientras volvía a abotonarse de prisa.

—Me hacía caminar todo torcido —dijo—. Tenía miedo de que la hoja se doblara. Con una escopeta escondida en la pernera, en cambio, no hay problema.

Se rió largamente, solo, mientras Su Excelencia desplegaba el rollo. Eran las pruebas de imprenta de un cartel que anunciaba la próxima puesta en escena de la ópera *Il birraio di Preston* para la inauguración del nuevo teatro de Vigáta. Tras una atenta lectura, al no haber encontrado ningún error, el prefecto le devolvió el rollo a Ferraguto y éste se lo metió otra vez en la pernera.

—Eztamoz en laz puertaz con laz piedraz, queridízimo.

—No entiendo, Excelencia.

—Ez una ezprezión de mi tierra. Quiere decir que ya falta poco tiempo. Pazado mañana, dentro de trez díaz, la ópera zubirá a ezcena. Eztoy muy preocupado.

Se abandonaron a una pausa, mirándose a los ojos.

—Yo, cuando era pequeñito, jugaba con las birlochas —afirmó con lentitud, rompiendo el silencio, Emanuele Ferraguto.

—¿Ah, zí? —dijo un poco disgustado el prefecto, que se imaginó a las birlochas como una especie de arañas peludas y viscosas a las cuales el niño Ferraguto arrancaba las patitas una a una.

—Sí —continuó Ferraguto—. ¿Cómo se llaman en su tierra esos juguetes que los chiquillos se fabrican...?

—¿Ez un juego? —lo interrumpió el prefecto visiblemente aliviado.

—Sí, señor. Se coge una hoja de papel de color, se la corta dándole forma, se pegan las varillas de caña con engrudo... luego se sueltan al viento atados a un cordel.

—¡Ya entiendo! ¡Laz cometaz! —exclamó Su Excelencia.

—Sí, señor, las cometas. Jugaba por Punta Raisi, cerca de Palermo. ¿Conoce el sitio?

—¡Qué preguntaz, Ferraguto! Uzted zabe perfectamente que no me agrada zalir de 'aza. Conozco bien Zicilia graziaz a laz iluztracionez. Ez mejor que ir en perzona.

—Para las birlochas es un sitio negado, Punta Raisi. A veces no había viento ni

había fuerza humana o divina que las elevara. A veces, en cambio, había viento, pero la birlocha, apenas en vuelo, tropezaba con una ráfaga de aire fuerte que la ponía *cabeza* abajo y luego la lanzaba sobre las ramas de los árboles. Yo porfiaba. Pero me equivocaba, estaba en un error. ¿Me explico?

Su Excelencia se quedó fulminado por la pregunta imprevista. ¿Qué carajo había que entender en aquella historia de cometas y de vientos contrarios? —No, no se ha explicado.

«Siempre el mismo majadero florentino», pensó Ferraguto, y en consecuencia repitió la pregunta.

—¿Su Excelencia me permite que le hable en latín? El prefecto sintió que un reguero de sudor le mojaba la espalda. Desde el momento en que se había topado con el *rosa-rosae* había entendido que aquélla era su bestia parda.

—Ferraguto, en confianza, en la escuela no era demasiado bueno.

Don Memé enseñó su legendaria sonrisa.

—Pero ¿qué ha entendido, Excelencia? Entre nosotros, en Sicilia, hablar en latín significa hablar claro.

—¿Y cuando queréis hablar oscuro?

—Hablamos en siciliano, Excelencia.

—Adelante con el latín.

—Excelencia, ¿por qué se empeña en querer hacer volar esta birlocha de *Il birraio* justo en Vigáta donde hay vientos contrarios? Créame, como amigo suyo que me honro de ser, es absurdo.

Al fin el prefecto captó la metáfora.

—En Vigáta, sea absurdo o no, deben hacer lo que yo diga, lo que yo ordene y mande. *Il birraio di Prezton* será representada y tendrá el éxito que merece.

—Excelencia, ¿puedo hablar en espartano?

—¿Qué quiere decir?

—En espartano quiere decir hablar con palabras vulgares. Explíqueme por qué reverendísimo coño pierde el tiempo imponiendo a los vigatenses la representación de una ópera que los vigatenses no quieren tragar. ¿Vuecencia quiere quizá que se produzca un cuarenta y ocho, una revolución?

—¿Qué groserías, Ferraguto!

—No, Excelencia, no son groserías. Yo a esa gente la conozco. Son personas buenas y afectuosas, pero si les da el ataque son capaces de hacer una guerra.

—Zanto Dios, ¿por qué los vigatenzes harían una guerra con tal de no escuchar una ópera lírica?

—Según de qué ópera se trate, Excelencia.

—¿Qué me quiere contar, Ferraguto, que en Vigáta están los mejores críticos musicales del mundo?

—No se trata de eso. Los vigatenses no entienden nada de música, con la excepción de tres o cuatro personas.

—¿Entonces?

—Entonces el problema es que esta ópera la ha querido usted, que es el prefecto de Montelusa: a los vigatenses no les gusta nada de nada aquello que dicen y hacen los montelusanos.

—¿Bromea?

—No. La ópera les importa un bledo. Pero no quieren que sea quien manda en Montelusa y provincia el que dicte las leyes en Vigáta. ¿Sabe qué ha dicho el canónigo Bonmartino, que es un cura respetado por todos?

—No.

—Ha dicho que si los vigatenses aceptan la ópera, luego el prefecto se sentirá en el deber de decirles qué deben comer y a qué hora deben cagar.

—¡Pero ézaz zon gilipollecez! ¡La ópera ez hermosa y elloz no entienden nada!

—Excelencia, ¡ni que la hubiera escrito el padre eterno en persona con su banda de ángeles!

—¡Por Crizto! ¡Hay que hacer máz, Ferraguto! ¡Ez nevezario que la ópera triunfe! ¡Que tenga un ézito hiz-tórico! ¡Me juego la carrera!

—Si me hubiera hablado antes, Excelencia, si me hubiera hecho conocer su propósito a su debido tiempo, habría podido tomar medidas y darle modestamente mi opinión. Ahora estoy haciendo todo lo que puedo.

—Máz, Ferraguto. Máz a cozta de...

Se interrumpió.

—¿A costa de...? —preguntó atentísimo Ferraguto.

El prefecto se escabulló, comprendió que estaba tomando un camino peligroso.

—Confío completamente en uzted, en zu tacto —concluyó levantándose.

EN LA MAÑANA DEL DÍA EN QUE

En la mañana del día en que lo mataron, el doctor Gammacurta estuvo como de costumbre en su consulta, donde pasó también la tarde, después de una pausa para comer y para una cabezadita de media hora. Pero no estaba de su humor habitual, es más, estaba decididamente nervioso, no tuvo paciencia con los niños llorosos, se cabreó con las fiebres tercianas y cuartanas, se enfureció cuando tuvo que abrir un forúnculo detrás del cuello de uno al que, por si fuera poco, a causa del miedo que tenía al bisturí, no conseguía mantener quieto.

Cuando estaba a punto de cerrar la consulta y volverse a casa, lo vinieron a llamar a la carrera porque el mar había echado a la orilla a un forastero medio ahogado. Apenas lo vio, Gammacurta empezó a maldecir como un turco.

—¡Por mil demonios! ¡Medio ahogado! ¿No veis que está muerto desde hace al menos una semana y que los peces se lo han comido? ¡Llamad a quien carajo queráis, al cura o al delegado, pero no me vengáis a joder a mí!

El motivo del malhumor, tan extraño en una persona universalmente conocida como afable y formal, consistía en el hecho de que aquella tarde, no había nada que hacer, debía ir al teatro. En el círculo se había comprometido con los otros socios a que la ópera que el prefecto había impuesto a los vigatenses terminaría con silbidos y pedos: luego, al ser de talante poco dado a exponerse físicamente, había pensado en desertar aduciendo la excusa de un enfermo grave al que visitar. Pero se había olvidado de su mujer, con la que el día anterior había tenido una acalorada discusión.

—¡Me he hecho hacer aposta el vestido en Palermo!

El doctor había visto el vestido y le había parecido un traje de carnaval. Es más, incluso en carnaval una mujer de verdad se habría avergonzado de ponérselo. Pero estaba claro que la señora se había empeñado.

—Mira que la música no vale nada.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo sabes? ¿Te has convertido en un experto en música, ahora? Además, a mí la música me importa un pimiento.

—Entonces ¿por qué quieres ir?

—Porque va la señora Cozzo.

Era un argumento contra el que no había réplica posible. La señora Cozzo, casada con el presidente, era la bestia parda de la señora Gammacurta.

Naturalmente, durante la laboriosa operación de vestido, nada funcionaba, también porque estaba aturdido por los berridos que venían del cuarto de al lado, donde su mujer se paramentaba con la ayuda, según parece torpe, de la sirvienta, Rosina. El botón del cuello de la camisa no quería entrar, cayó al suelo tres veces, de los gemelos de oro encontró sólo uno, mientras que el otro lo halló debajo del semanario después de una hora a gatas, y los zapatos de charol le apretaban.

Ahora, al fin, estaba en el teatro, en la tercera fila de platea, al lado de su señora, que parecía una tarta, un helado campestre: tenía una sonrisa beata porque el vestido de la señora Cozzo, que estaba sentada con su marido dos filas más atrás, no hacía la misma figura que el suyo. El doctor miró a su alrededor: los socios del círculo, con los que intercambió saludos, sonrisas y guiños de complicidad, se habían colocado estratégicamente entre los palcos y la platea.

La escena representaba el patio de una fábrica de cerveza, en Preston, Inglaterra, según se decía en el programa que se había entregado a todos en el momento de la entrada al teatro. A mano izquierda estaba la fachada de una casa de dos plantas con una escalera exterior, a mano derecha había una gran cancela de hierro y al fondo un muro revocado con una puerta en medio. Se veían carretillas, sacos llenos de no se sabe qué, palas y canastos tirados de cualquier manera.

La música atacó y arrancó uno con un mandil gris. Según el programa, era Bob, el capataz. Estaba muy contento, se puso a tocar una campana. En seguida, desde atrás de la cancela entraron seis personas con el mismo mandil, pero en vez de ponerse a trabajar se pusieron en fila delante de la gente que estaba en el teatro. Por las caras y los gestos que hacían parecían aún más felices que su jefe. Éste los miró, extendió los brazos y atacó.

¡Amigos, a la fábrica alegres corramos!

Los seis operarios parecieron tocar el cielo con las manos.

¡Alegres corramos! Espetaron todos juntos, levantando los brazos.
¡Con cebada y lúpulo la cerveza hagamos!

Los seis con los mandiles se pusieron a saltar de gozo.

¡La cerveza hagamos!

Bob, el capataz, se exhibió en una vuelta alrededor del patio, haciendo ostentación de las herramientas.

La nuestra es mejor que cualquier otra labor.

Los seis se abrazaron y se dieron grandes manotazos en la espalda.

Que cualquier otra labor.

Y Bob, corriendo de una carretilla a un saco, de un saco a una pila de canastos.

Hacemos un licor que da satisfacción.

—¡Te gustará a ti! —exclamó en voz alta uno que estaba sentado justo debajo del techo—. ¡A mí la cerveza me parece meada, a mí me gusta el vino!

La voz había superado incluso la música. Pero el coro no se dejó arredrar y prosiguió.

Que da satisfacción.

En este punto, quien se enfadó de verdad fue don Gregorio Smecca, comerciante en almendras enteras y trituradas, pero sobre todo hombre puntilloso.

—Pero ¿por qué esos seis gilipollas repiten siempre las cosas? ¿Se creen que somos zulúes? ¡Nosotros, lo que hay que entender, lo entendemos a la primera, sin necesidad de repetición!

Lolló Sciacchitano, que estaba sentado en el gallinero pero lejos de su amigo Sciaverio, el que había proclamado que la cerveza no le gustaba, aprovechó la volada.

—Sciavé, ¿por qué están tan contentos? —preguntó con esa voz suya que en el mar se oía incluso por encima de la tempestad.

—Porque van a trabajar —fue la respuesta de Sciaverio.

—¡No digas tonterías!

—¡Pregúntaselo a ellos!

Sciacchitano se levantó y se dirigió a los siete que estaban en el escenario.

—Con perdón, ¿queréis decirme la verdad? ¿Por qué estáis tan contentos de ir a trabajar?

Esta vez en el escenario hubo una cierta desbandada. Dos del coro se pusieron la mano en forma de visera sobre los ojos para protegerlos de las luces de escena y mirar hacia el gallinero, pero la batuta del director los puso en seguida a raya.

En el palco real, el prefecto Bortuzzi, al ver que las cosas se estaban poniendo feas, sintió que la sangre le subía a la cabeza. Hizo una airada señal al delegado Puglisi, al que tenía a sus espaldas.

—¡Arrezte a ezoz capullos! ¡En zeguida!

Puglisi no estaba dispuesto a ejecutar la orden, sabía que en aquel punto bastaba una fruslería para que se produjera un cuarenta y ocho.

—Mire, Excelencia, perdóneme, pero no hay mal ánimo o intención en lo que hacen. No son perturbadores, los conozco uno a uno. Son buena gente, créame, respetuosa. Sólo que nunca han visto un teatro y no saben cómo deben comportarse en él.

Lo consiguió: el prefecto, que estaba completamente sudado, no insistió.

Entretanto, por la escalerita de la izquierda había aparecido Daniele Robinson, el dueño de la cervecería, que estaba aún más contento que los demás y explicó, al fin, que aquel día era fiesta porque se casaba con una tal Effy. La noticia, por momentos, hizo que todos desfallecieran de júbilo. Arrancó Bob:

¿Quién mejor podía elegirla
quién más buena y quién más bella?

Los seis del mandil no fallaron tampoco esta vez y repitieron en seguida.

¿Quién más buena y quién más bella?

Don Gregorio Smecca no aguantó más.

—¡Anda ya, menuda lata! ¡Yo me voy, buenas noches!

Se levantó y se fue, dejando plantada a su mujer.

Entretanto los del escenario describían a Effy como «gema preciosísima» y «emblema del amor». Entonces Daniele Robinson se puso a regalar pasta a todos mientras ordenaba que se hiciera una gran fiesta.

Buscad y encontrad por estos contornos
las flautas, los timbales, los pífanos y los cuernos.

—¡Los cuernos no hace falta buscarlos, vienen solos! —dijo una voz desde el gallinero. Alguien se rió.

—¿Pero el timbal no es ese pastel que me haces con arroz, carne y guisantes? —preguntó seriamente Gammacurta a su mujer.

—Sí.

—Entonces ¿qué tiene que ver con los pífanos y las flautas?

En el teatro se hizo al fin un poco de silencio. Los operarios se habían ido a buscar los instrumentos y a invitar a los vecinos. Daniele, aunque ya no había nadie a su lado, se puso a hacer gestos misteriosos a Bob como para decirle un secreto. Bob se acercó y el patrón le reveló que al día siguiente llegaría su hermano gemelo, al que desde hacía dos años no se veía por allí. Se llamaba Giorgio, era un militar de carácter inquieto. Bob se mostró perplejo:

¿Y vendrá?

Daniele se quedó pensativo, luego respondió.

Lo espero, si ese feo oficio de estar entre las balas...

Al oír el, como mínimo, curioso oficio de Giorgio, del gemelo, la parte masculina de los espectadores contuvo el aliento, a alguien le pareció que no había entendido bien y se informó con el vecino. Daniele, como requería la música, repitió la ocupación de su hermano en tono más alto.

Si ese feo oficio
de estar entre las balas...

Esta vez las carcajadas estallaron de inmediato, recorriendo todo el arco de la *a* a la *u* y luego hubo también aquellas en forma de carraspeo, de estornudo, de borbotones, de sollozo sofocado, de puesta en marcha de motor, a la manera del cerdo y así sucesivamente. De modo que la explicación cantada del extraño oficio de Giorgio se perdió por completo:

...de estar entre las balas y la metralla.

La carcajada que el caballero Mistretta intentó contener fue la que armó mayor jaleo. El caballero era asmático, le faltó el aire y para cogerlo inspiró de modo que sonó exactamente igual que un cuerno de niebla. A pesar de la sonata, el aliento no le volvió y comenzó a debatirse, pegando grandes y convulsos manotazos a quien tenía alrededor. Su mujer se asustó y se puso a dar voces, otros corrieron al lado del caballero y uno, más rápido que los demás, lo cargó sobre su espalda y se lo llevó al vestíbulo con la señora detrás hecha una Magdalena.

En un primer momento, el doctor Gammacurta se había congratulado con el caballero, pensando que aquella representación había sido montada por Mistretta para fastidiar, según el acuerdo, el espectáculo. Luego entendió que aquello iba en serio.

Entretanto en el escenario había aparecido ella, Effy, la bellísima novia. Era una mujerona de dos metros y pico, con unas manos que parecían palas y una nariz a la que uno podía aferrarse con firmeza si soplaban un viento fuerte. Debajo de esa nariz había una sombra oscura de bigotes que los afeites generosamente esparcidos no conseguían esconder. Además, se movía con grandes zancadas, golpeando ruidosamente los talones.

La mujer de Giosué Zito, la señora Filippa, estaba serena. Al haber nacido completamente sorda, no había oído nada de aquello que decían tanto en la platea como en el escenario. Para ella, todo se estaba desarrollando en el mejor de los mundos. Pero sintió curiosidad al ver a aquella mujerona.

—¿Giosué, quién es?

Giosué Zito, al aparecer Effy en escena, se había alarmado.

«Me están engañando —había pensado—. Aquí hay algo que apesta, ésa no es una mujer, sino un hombre.»

—Es Giorgio, el hermano gemelo —respondió convencido y la respuesta, naturalmente, debió gritarla para superar la sordera de la mujer.

Estalló otra carcajada, pero la contribución de Giosué Zito al hundimiento de la ópera había sido del todo involuntaria.

Evidentemente presa del pánico por todo aquello que estaba acaeciendo en la sala y por aquello que había tenido ocasión de oír mientras se disponía a entrar en escena, la cantante que hacía de Effy con la cara, los ojos, el retorcimiento convulso de las manos y ciertos saltos incontrolados de su voluminoso cuerpo, mostraba todo lo contrario de aquello que debía expresar, la alegría por la inminente boda. Ante el gesto imperioso del maestro, empezó con una voz que parecía un candil sin mecha.

También yo conozco un poco el arte
de las tiernas carantoñas,
sé alternar tiempo y lugar
miraditas y palabritas:
mil amantes-sufrientes
he visto delirar.

En este punto, desde el gallinero, se oyó la voz de Lolló Sciacchitano.

—Sciavé, ¿tú serías capaz de sufrir por una mujer así?

Estentórea la respuesta de Sciaverio:

—Ni después de treinta años de dura cárcel, Lolló.

El doctor Gammacurta tuvo pena por aquella mujer que, en el escenario, seguía cantando valerosamente, sintió que no era justo, que aquella pobrecita que se ganaba el pan no tenía nada que ver con los vigatenses, con los montelusanos y con aquel gilipollas del prefecto.

—Voy a ver cómo se siente el caballero Mistretta —dijo a su mujer. Se levantó de la butaca, hizo levantarse a las cuatro personas que le impedían llegar al pasillo y se fue al vestíbulo.

EGREGIAS SEÑORAS Y, DIGÁMOSLO TAMBIÉN

—Egregias señoras y, digámoslo también, egregios señores. A mi mujer, Concetta, se le ha propuesto que yo diera una conferencia sobre Luigi Ricci, el compositor de la ópera *Il birraio di Presión*, que dentro de algunos días será representada en el nuevo teatro de Vigáta, orgullo y gloria de aquella risueña ciudadela. Y debo dar esta conferencia, quiera o no, porque a mi mujer no le puedo negar nada de nada, créanme. ¿Por qué, os preguntaréis?

Hizo una especie de sollozo, sacó un pañuelo de cuadros rojos, movió la cabeza adelante y atrás varias veces como para pedir compasión a los asistentes, se sonó la nariz con gran estruendo, volvió a poner el pañuelo en el bolsillo del pantalón del chaqué y continuó hablando con una amarga sonrisa.

—Mi madre me lo había dicho y repetido una y otra vez: ¿me quieres decir por qué te has empeñado en casarte con ella? Concetta tiene treinta años menos que tú, después de diez años de matrimonio tú frisarás los sesenta mientras que ella habrá llegado a los treinta. Para que no se te escape y para mantener la familia en paz, deberás convertirte en menos que un sirviente, dispuesto a doblegarte ante cualquier locura que se le pase por la cabeza. ¡Cuánta razón tenía mi santa madre! ¡Oro fundido eran sus palabras! Para dar un ejemplo: yo no sabía nada de este Luigi Ricci, me importaban un pito, disculpadme, él y su música. Por lo demás, ya son pocas las cosas que me atraen. En cambio, no: tú debes dar esta conferencia, me ordena ella, de otro modo... De otro modo, ¡yo sé qué significa de otro modo! Basta, dejémoslo. ¿Y quién se lo ha propuesto a mi señora? Todos sabéis que Concetta es íntima amiga de la señora de Su Excelencia el prefecto Bortuzzi. ¿Queda explicado el intríngulis? ¿Está claro? He aquí el motivo por el cual estoy aquí, como un papanatas, delante de vosotros.

Sentado en primera fila al lado del sillón dorado del prefecto, afortunadamente vació de sus augustas posaderas por tan imprevistos como inaplazables deberes de gobierno, don Memé Ferraguto desde hacía algunos minutos, desde que aquél había comenzado a hablar, se había sentido perdido como nunca en su vida, y eso que ocasiones para sentirse perdido no le habían faltado. La feliz idea de decirle al prefecto que su señora, Luigia, llamada Giagia, hablase con la señora Concetta, casada con el director del instituto de Fela, Carnazza, había sido suya. Amigos, a los cuales había pedido consejo, le habían indicado al profesor Carnazza como finísimo entendido en música, callándole, empero, los muy cornudos, que el director era también, y quizá más, un finísimo entendido en vinos. Incluso Su Excelencia lo había puesto en guardia.

—¿Podemos estar seguros con esta 'arnazza?

—Desde luego, Excelencia. ¿Por qué?

—Porque mi conzorte me ha dicho que ha sabido por la señora 'arnazza, en confianza, que el profesor a menudo y de buena gana se agarra.

—¿Dónde se agarra, Excelencia?

—¿Y dónde 'arajo quiere que se agarre, Ferraguto? Se agarra a la botella y, cuando lo hace, habla demaziado.

—Vucencia esté tranquilo. Estaré pegado a él como una sombra. No le dejaré beber ni agua.

Y helo aquí delante de todos borracho como una cuba. En vez de hablar, estaba haciendo predicciones como la sibila de Cumas. Con seguridad, se había mamado con alguna botella que tenía escondida en los bolsillos del abrigo que se había puesto antes de salir de casa: lo había hecho cuando había pedido permiso para ir al retrete, pocos minutos antes de comenzar la conferencia. Lleno de vino como debía de estar siempre, le había bastado y sobrado sentir el olor del tapón para cogerla.

—Por tanto, por tanto y por tanto. Este Luigi Ricci nace sin prisas en Nápoles en plena canícula, es decir, en el mes de julio de mil ochocientos cinco. Como si no bastaran las desgracias que habitualmente padecen los napolitanos, cuatro años después nace su hermano Federico, que también será músico.

»Pero hay algo importante que decir, oídme, por Cristo, pero ¿se puede saber de qué os reís? Os expulso de la clase, ¿entendido? Por tanto. El padre de ellos era uno que se llamaba Pietro, pero no era napolitano, sino florentino de nacimiento, no sé si estoy explicándome bien, florentino como una persona a la que vosotros conocéis, es más, una personalidad, y tocaba el piano como lo saben tocar todos, por ejemplo mi señora. Muy mal, ¿me explico? Pero dado que mi señora es guapa todos le dicen que toca como un ángel, mientras que, en mi opinión, los ángeles tocan clarines y trompetas, nunca pianos. A propósito, ¿hay alguien entre los presentes que pueda venderme un piano usado pero en buenas condiciones? El que mi señora me había hecho comprar se ha roto durante la mudanza de Bicari, donde enseñaba latín, a Fela. Un piano incluso de una marca no muy conocida, siempre que suene, total para lo que tiene que sonar... ¿Qué estaba diciendo? ¿Qué demonios estaba diciendo? Ah, estaba hablando de Luigi Ricci. Bien, estudió música y se puso a componer. Las primeras tonterías, disculpadme, se me escapó, que escribió tuvieron, vete a saber por qué, un gran éxito. Todos los teatros lo quisieron, de Roma a Nápoles a Parma a Turín a Milán. Y él, como no daba abasto con todas las músicas que le encargaban, empezó a copiar de aquí y de allá, como hacen algunos de mis escolares. Hay uno que parece discípulo del diablo. Cuando dicto un tema de composición latina, ¿qué hace? Se pone... ¿Dónde se pone? ¿Y esto qué tiene que ver? Ah, Luigi Ricci. En cualquier caso, todos lo aplaudían y él no perdía el tiempo, escribía, copiaba y se acostaba con todas las cantantes que se le ponían a tiro. En Trieste conoció a tres mujeres de

Bohemia, no, dicho así parece algo de vidrio, de cristal, no, mejor decir de la, eso es, tres mujeres de la Bohemia que eran hermanas y se apellidaban Stolz. Eran Ludmilla, Francesca y Teresa. La última, Teresa, es la angelical, esta vez en serio, intérprete de las óperas de Verdi, el cisne de Busseto. Parece que a esta Teresa el cisne muy a menudo la confundía con Leda. ¡Ja, ja, ja! ¿Me explico? ¿Por qué no os reís? ¿No sabéis la historia de Leda y el cisne? ¿No? Pues no os la contaré, ignorantes. Continuemos, es más, retrocedamos. Con Ludmilla y Francesca, Luigi Ricci comenzó a mojar el pan. También con Teresa parece que lo mojó, pero sólo cuando no encontraba las otras dos tazas a mano. Ja, ja. Entre Ludmilla y Francesca, Luigino no sabía a cuál elegir y la duda se lo comía vivo cuando por la noche estaba en medio de las dos mujeres y para no ser descortés se entregaba equitativamente a una y otra. Acabó casándose con Ludmilla y teniendo un hijo con Francesca. Sucede. ¿No lo creéis? Os juro que algo idéntico, calcado, le ha ocurrido a un amigo mío al que veo sentado en la sala junto a su digna señora. Tenía dos mujeres, me confió: con una hablaba y con la otra se lo hacía. Tuvo una hija con la que hablaba. Ahora yo pregunto y digo: ¿con qué hablaba mi amigo?

El representante comercial Patané, que estaba en la cuarta fila, reconociéndose de inmediato en las palabras del director, se espantó tanto que sintió una especie de patada en la boca del estómago. Se dobló en dos.

—¿Te sientes mal? —le preguntó preocupada su mujer.

—No es nada, nada, un poco de acidez. Me sentó mal el cabrito —respondió el representante deseando que un terremoto, una tromba de aire, cualquier cataclismo impidiera que Carnazza continuara adelante con su discurso. Pero el vino, en las venas y, por tanto, en la cabeza del director, seguía un recorrido imprevisible. Carnazza no dio el nombre de su amigo.

—Disculpadme, retomo el hilo de Ariadna, o sea, del discurso, que vendría a ser lo mismo. Sí, señor. El hilo de Ariadna que sirve para llegar hasta el final del discurso está hecho de conjunciones. ¿Os habéis percatado? Si uno consigue acertar una y luego sigue a las otras que vienen después se encuentra fuera del laberinto. Ah, Ricci. Luigi Ricci se murió hace algunos años nada menos que en Praga. Ha hecho daño por todas partes. También con la ayuda de su hermano. Pasemos a este *Il birraio di Presión*. Fue representado por primera vez en Florencia en 1847. Volvemos a estar en las mismas. ¿En Florencia, me explico? Ya veis cómo todo vuelve. Florentino el padre de Luigi, florentina la primera representación y florentino aquel que nosotros sabemos y que nos gobierna. Me parece que el que escribió el libreto, un cierto Francesco Guidi, lo copió de un autor francés, un tal Adolfo Adam que en 1838 había hecho representar en la Opera Comique una ópera cómica... Que nadie se mueva, me he perdido. Entonces, Guidi copia de Adam una ópera con la letra en francés pero que tiene el mismo título. Basta. En este punto me parece que se trata de un gran copia

que te copia, tanto de letra como de música. ¿Puedo expresar una idea? Debo ir a la letrina, tengo el estómago revuelto.

Se marchó, con el paso que parecía encontrar mar gruesa, ora balanceo ora cabeceo. Don Memé tomó una decisión desesperada: ahora voy tras él, entro en el excusado y, en cuanto se siente en la taza, le doy un golpe en la cabeza con la culata del revólver y lo dejo muerto. Estaba levantándose para ejecutar su plan, cuando el marqués Coniglio della Favara se presentó delante de él.

—Gracias, don Memé —espetó con una sonrisita—, no creía que usted, a pesar de todo, estuviera de nuestra parte.

«Este sepulturero tiene razón», pensó fulmineo y horrorizado don Memé.

El prefecto, visto cómo estaban yendo las cosas, habría estado autorizado a pensar que él se la había jugado, proponiendo una conferencia que se estaba revelando un golpe bajo, totalmente a favor de los opositores de // *birraio*.

Después de haberlo mirado largamente, siempre con la sonrisita, el marqués se alejó para hablar con otros invitados. En efecto, la conferencia se estaba desarrollando en el salón de música de su palacio de Montelusa, porque Ferraguto se lo había pedido expresamente. Y el marqués no se había echado atrás: una vez que lo había hecho, que le había negado un favor a don Memé, por una curiosa coincidencia doscientos olivos sarracenos de su propiedad se habían esfumado.

Don Memé miró a su alrededor, no había venido ninguno de aquellos nobles cornudos montelusanos. Quizá, dada la borrachera del director, era mejor así. Estaban los burgueses, desde luego, y muchos empleados, pero la mayor parte se estaban yendo, sobre todo las señoras santurronas, escandalizadas por el modo de hablar de Carnazza, que se llevaban a sus maridos. Los cuales, de mala gana, cedían a la solicitud de sus mujeres, dado que con mucho gusto habrían permanecido para ver cómo acababa la farsa. Quedaban unas treinta personas.

Indeciso entre ir a matar a Carnazza o dejarse hundir beatíficamente en la mierda que él mismo había provocado, don Memé se puso a mirar los frescos del techo. Se quedó ensimismado y, después de un rato, se despertó preocupado del entumecimiento: ¿cuánto hacía que se había marchado el director? No tuvo tiempo de responder a la pregunta, cuando el marqués se presentó otra vez delante de él.

—Discúlpeme, queridísimo Ferraguto, pero ¿no cree que el profesor Carnazza está abusando de la paciencia de mis invitados y de la mía?

«¡Cornudo marqués! —pensó don Memé—. ¡Quiere disfrutar de mi ruina hasta el final!»

El director no estaba en el excusado. Es más, un sirviente que estaba delante de la puerta de la letrina, declaró que el director Carnazza no había utilizado aquel lugar. Preguntó a otro sirviente que estaba en el extremo de un largo corredor si lo había visto pasar, pero le respondió que no. Abrió una o dos puertas de la casa, pero no lo

encontró. Maldiciendo, regresó al salón y se acercó al marqués, que ahora se le reía en la cara sin respeto ni consideración.

—No lo encuentro.

El marqués reunió en seguida a sirvientes, criados e invitados, que se prestaban a ello como si fuera un juego. Con seguridad, el director debía de haberse perdido dentro del palacio, dado que el portero juraba y perjuraba que no lo había visto salir. Buscaron durante horas y horas, provistos de lámparas, velas, candiles y bujías, bajaron a las bodegas, subieron a los falsos techos, pasaron la noche en la búsqueda, también porque el marqués había tenido la excelente idea de hacer un intervalo hacia medianoche para comer espaguetis con carne de cerdo, seguidos por cuatro cabritos al horno. Se emplearon a fondo, pero no encontraron ni rastro del director, había desaparecido en cuanto había salido por la puerta del salón de música.

—Cuando se le pase esta formidable trompa, volverá —concluyó con las primeras luces de la mañana el marqués.

Fue un mal profeta. El director Artidoro Carnazza no apareció nunca jamás. Alguien lo encontró, o creyó haberlo encontrado, años después, en una taberna de Palermo, mientras recitaba versos de Horacio a gente más desquiciada que él por el vino. La joven baronesa Jacopa della Mánnara juró haberlo visto entre las ruinas del teatro de Taormina, con una corona de pámpanos en la cabeza, mientras declamaba en voz alta versos de Catulo. El único hecho cierto es que su mujer, después de algunos años, se hizo hacer una declaración de muerte presunta y así pudo adquirir el estado de viuda. Se volvió a casar, pasado el período de duelo, con un sobrino de Su Excelencia Bortuzzi que había caído por la isla para participar en una partida de caza de la liebre.

(Este paréntesis no se abre por voluntad del narrador, sino por una necesidad que el relato mismo manifiesta arrogantemente. En 1942, durante la guerra, Montelusa, al contrario de Vigáta, que sufrió varios, fue sometida a un único pero devastador bombardeo por parte de los norteamericanos. En el curso de esta acción más o menos guerrera, el palacio Coniglio fue medio destruido. En cuanto sonó el fin de la alarma, los salvadores, y también algún otro que tenía la seria intención de meterse en el bolsillo alguno de los tesoros que se fabulaba había en el palacio, se desparramaron por todas partes en busca de eventuales víctimas o heridos. En el falso techo del ala oeste, que había quedado milagrosamente en pie, dentro de un baúl, se halló el esqueleto de un hombre en traje de ceremonia, con seguridad muerto por causas naturales, dado que no había signos de violencia.

El baúl era especial, se podía abrir desde el exterior pero, una vez cerrado, saltaba un muelle que no permitía abrirlo desde el interior. Quien se metía dentro, quizá para bromear, para hacer una chanza, ya no podía salir. Al lado de los restos, había unas hojas en las cuales aún se leían a duras penas algunas palabras incomprensibles. Con

dificultad se pudo entender un nombre, el de un tal Luigi Picci, o Ricci).

TURIDDRU MACCA, EL HIJO

Turiddru Macca, el hijo de la señora Nunzia, que desempeñaba el oficio de estibador en el puerto, se había acostado, como desde hacía años, al atardecer, después del Ave María, con los huesos rotos por el esfuerzo de cargar sobre sus espaldas más de doscientos sacos llenos al día y llevarlos del muelle al velero. No había dormido ni seis horas cuando lo despertaron unos fuertes golpes en la puerta de la casucha, una habitación de cuatro por cuatro, en la planta baja, que recibía aire sólo por una ventanita al lado de la puerta, donde él vivía con toda su familia.

—¡Turiddru Macca!

Se sentó, asustado, en medio de la cama y apoyó una mano sobre el colchón, pero en realidad chafando la cara de su hijo Pasqualino, que se lamentó en sueños. El golpeteo se hizo más fuerte.

—¡Turiddru Macca!

Turiddru alargó las piernas para levantarse, pero al hacerlo dio un puntapié a su hija Annetta, la cual, empujada fuera, se cayó de la cama. No obstante, al estar acostumbrada a las caídas, se volvió a acostar sin abrir los ojos. Seguían golpeando, sin respiro. Turiddru bajó de la cama poniendo los pies encima del hígado de su hijo Minicuzzo, que dormía en el suelo. Yendo a ciegas en dirección a la ventanita, tropezó y por poco no cae encima de su hijo Antonino que dormía estirado sobre un jergón de paja.

—¡Turiddru Macca!

Su mujer, Carolina, abrió un ojo y se levantó a medias, cuidando de no ahogar a su hija Biniditta, de seis meses, que se había dormido pegada a su teta.

—¿Quién es? Virgen santa, ¿quién puede ser a esta hora?

No lo sé. Cállate y duerme —le ordenó Turiddru, que entretanto se había puesto nervioso.

Una vez abierta la ventanita, lo embistió una ráfaga de aire gélido, la noche se había estropeado.

—¿Quien es?

—Soy yo, Turi, soy Gegé Bufalino.

—¿Y qué coño quieres a esta hora? ¿Qué sucede?

—Sucede que la casa de tu madre, la señora Nunzia, se prendió fuego. Vístete y corre.

Gegé Bufalino no era de fiar, tanto si había cogido una mona como si no había bebido ni una gota.

—Gegé, te lo advierto: si luego resulta que te lo has inventado, te juro que te rompo el culo.

—¡Que me quede ciego! ¡Que muera asesinado! —juró Gegé—. ¡Es verdad! ¡Por el sacrosanto evangelio!

Turiddru se vistió a la carrera. La oscuridad de la noche era densa, pero cada tanto la rompía un relámpago. Hacia el centro del pueblo, donde estaba el teatro nuevo y detrás, casi pegada, la casa de la señora Nunzia, su madre, una gran luz rojiza iluminaba el cielo. El fuego existía, de eso no había duda. Turiddru echó a correr.

Superado el cordón de los soldados a caballo dispuestos en círculo en torno a la zona que se había prendido fuego, el ingeniero Hoffer se persuadió con un vistazo de que por el teatro nuevo no había nada que hacer, el incendio ya se había comido la mitad. Corrió hacia la parte de atrás del edificio: un callejón de menos de tres metros separaba el teatro de una casa de dos plantas que también había sido atacada por las llamas.

—¡Aquí, aquí, por este lado! —gritó el ingeniero a sus hombres que llegaron en un santiamén con la máquina apagafuegos.

Se le acercó uno que sostenía un pañuelo mojado sobre la nariz para protegerse del humo.

—Soy el delegado Puglisi. ¿Quién es usted y qué quiere hacer?

—Yo ser y soy ingeniero Hoffer. Ingeniero de minas. Tengo aquí maquinaria inventada por mí que apaga fuego. ¿Usted ayuda mí?

—Desde luego —dijo el delegado abriendo los brazos, resignado, ante el desastre. Por tanto, cualquier cagadita de mosca podía servir.

—Ben. Usted hace hacer cadena de hombres desde aquí hasta el mar con muchos cubos. Ellos cogen agua de mar y ponen dentro maquinaria. Maquinaria necesita siempre agua nueva.

—De acuerdo —dijo Puglisi y se alejó a la carrera para dar las disposiciones.

El ingeniero, mientras sus hombres alimentaban el fuego de leña debajo de la caldera para hacer llegar la presión necesaria a la salida del agua fría, se percató de que a sus espaldas estaba, inmóvil, un grupo casi estatuario, compuesto por un hombre cincuentón, una mujer cuarentona, un muchacho veinteañero y una chiquilla de unos dieciséis años. Los dos varones estaban en camiseta de lana y calzoncillos: se ve que habían dado sus ropas a las mujeres que, en efecto, se cubrían las vergüenzas, dado que estaban en camión, con pantalones y chaquetas masculinas.

—¿Vosotros vivir en esta casa? —preguntó el ingeniero al grupo inmóvil.

El grupo se animó, cobró vida.

—Somos la familia Pizzuto —dijeron los cuatro a la vez.

Luego el cincuentón dio un paso hacia delante y habló.

—Me llamo Antonino Pizzuto —dijo con voz gangosa y lastimera—. Vivimos en la planta baja de esta casa que se prendió fuego. Estábamos durmiendo con las ventanas cerradas.

—Con las ventanas cerradas —dijeron los otros.

—Porque antes había sido un cagadero —prosiguió Antonino Pizzuto.

—Un cagadero —hicieron eco los otros.

El ingeniero Hoffer estaba atónito, poco avezado en estudios clásicos, no se daba cuenta de que la familia Pizzuto estaba compuesta esencialmente por un corifeo con su correspondiente coro.

—¿Por favor?

—Sí, señor, un cagadero. Con esta tontería de la inauguración del teatro han llegado a la plaza decenas y decenas de carrozas de Montelusa, de Montechiuso, de Cavara, de Fela y de donde carajo sea.

—De donde carajo sea —reafirmó el coro.

—El hecho es que sirvientes y cocheros, cuando tenían necesidad, venían a orinar o a cagar detrás del teatro, es decir, en el callejón. Y nosotros, por el olor, hemos tenido que cerrar las ventanas.

—Cerrar las ventanas.

—Y así no nos percatamos a tiempo de lo que estaba sucediendo. Menos mal que mi hijo Nene tuvo ganas de beber un vaso de agua, en caso contrario moríamos todos quemados.

—¡Moríamos todos quemados! ¡Ay! ¡Ay! —gimió el coro.

Entretanto habían llegado los primeros cubos de agua de mar, la cadena había sido rápidamente organizada por el delegado Puglisi. Ahora se podía empezar la obra. Según los diversos y extenuantes adiestramientos, los hombres de Hoffer se pusieron en posición. Dos sostenían firmemente la manguera de la bomba dirigiéndola hacia la entrada de la puerta de la casa en llamas.

—¡Atención! —gritó el ingeniero—. ¡Listos para apagamiento!

Miró a sus hombres y se le hizo un nudo en la garganta de la emoción.

—¡Abrir!

Nardo Sciascia, oída la orden, abrió con mano firme el volante del agua fría. Inmediatamente un violento chorro, que hizo trastabillar a los dos que sostenían la bomba, empezó a dirigirse hacia las llamas. Por la emoción, el ingeniero se puso a bailar ora sobre un pie ora sobre el otro, parecía un oso.

A furia de maldiciones, blasfemias y bramidos, Turiddru Macca consiguió superar el cerco de los soldados a caballo. Se encontró, con los ojos llenos de lágrimas, tanto por la pena como por la acre humareda, delante de la casa de su madre, que ardía. El fuego aún estaba casi todo en la planta baja, pero las lenguas malignas se elevaban hasta el ventanal de la primera planta, desde donde tantas veces su madre lo había saludado. Turiddru lloraba por miedo al peligro que su madre estaba corriendo, pero también por la hermosa casa que se estaba esfumando, aquella casa de tres cuartos y cocina donde él y su familia, después de la muerte de la señora Nunzia, pero a la hora exacta y santa, la querida por Dios, habrían podido ir a vivir, con más amplitud y comodidad que en la casucha donde ahora estaban.

—¿Dónde está mi madre, la señora Nunzia? —preguntó convulsionado al delegado.

—Aún no la hemos visto —aseguró Puglisi.

—Pero ¿está viva?

—¡Y yo qué sé! Habría que entrar en la casa, pero ya ves, aún no podemos ni acercarnos.

—¡Quietos! ¡*Stop!* ¡*Haití!* —gritó de repente el ingeniero a los suyos y Nardo cerró la manopla.

Hoffer se había percatado de que los cubos llenos llegaban con demasiada lentitud: el agua que salía de la manguera era, con mucho, superior a la que era introducida y, por tanto, el manómetro de la presión ascendía de manera peligrosa. Se corría el riesgo de que explotara la caldera.

—¡*Shnell!* ¡Pronto! ¡Más rápido! ¡Agua, agua! ¡Más agua! —gritó el ingeniero vuelto hacia la larga cadena humana. Los cubos de agua por fin volvieron a correr con más velocidad.

Fue en este punto que el ventanal del apartamentito habitado por la señora Nunzia se abrió de golpe y se asomó una figura de mujer anciana en camisón blanco. La aparición alzó los brazos hacia el cielo.

—¡Jesús bendito! ¡Virgen santa! ¡Fuego debía haber y fuego ha habido!

—¡Mamá! ¡Mamá! —llamó Turiddru.

La vieja no dio signos de haberlo oído. Desapareció de nuevo dentro de la casa.

—¡*Schnell!* ¡Pronto! —exclamó en voz alta Hoffer, exaltado—. ¡Es preciso salvar a la vieja señora!

Vio que el indicador del nivel de agua ahora estaba en un buen punto, quizá sería mejor esperar un poquito más, pero no había tiempo que perder. La alegría que sentía en aquel momento de poder salvar una vida humana con su invención, le hizo cometer un fatal error. En efecto, durante un instante Hoffer olvidó que se encontraba en Vigáta, en Sicilia, y no consiguió controlar la continua traducción que se veía obligado a hacer del alemán al italiano.

—¡*Schnell!* ¡*Kaltes wasser!* —espetó.

Nardo Sciascia, que estaba a punto de abrir la manopla del agua fría, se detuvo de pronto, mirándolo asombrado.

—¡*Kaltes wasser!* ¡*Kalt!* ¡*Kalt!* —rugió el ingeniero.

—¡Caliente! ¡Quiere la caliente! La presión —gritó entonces Sciascia a Cecé Consoló, que estaba cerca de él en la parte de atrás de la máquina.

Cecé giró la manopla de la bajada de presión y se apartó. En seguida un violento chorro de vapor y de agua hirviendo brotó desde atrás de la caldera. El grupo casi estatuario de los Pizzuto, que aún estaba detrás de la máquina, de súbito fue borrado por una nube blanca, de la cual se elevaron altísimos lamentos de coro griego.

—¡Error! ¡Error! ¡Agua fría! —se desgañitó Hoffer.

Cuando la nube blanca se disipó, los Pizzuto estaban en el suelo gimiendo y revolcándose con quemaduras de distinto grado. Junto a ellos corrió el delegado con

dos de sus hombres.

—¡Pronto! —exclamó Puglisi—. Dejad que os ayuden. Ponedlos despacio dentro de una carroza y llevadlos donde el doctor Gammacurta.

—El doctor Gammacurta no está —dijo uno.

—Entonces llevadlos donde el doctor Addamo.

—Addamo está hasta el gorro de señoras a las que les ha venido la regla por el follón que hubo en el teatro y también de gente que se hizo daño cuando don Memé se puso a disparar.

—No me deis la tabarra, no quiero oír historias. Llevad a estas personas donde Addamo, él mismo comprenderá que están graves.

Entretanto, en el ventanal había reaparecido la señora Nunzia. Sostenía una hoja en la mano que empezó a romper en muchos trocitos que poco a poco lanzaba lo más lejos posible, ayudada por el viento.

—¡A vosotras os ruego, bulas sagradas! ¡Jesús, José y María, alejad el fuego de mí!

—Pero ¿qué hacer la vieja? —preguntó Hoffer horrorizado.

—Nada. Son bulas de los Santos Lugares que venden los frailes de Tierra Santa. Deberían mantener alejados el fuego y el agua.

El ingeniero renunció a más explicaciones.

—¡Mamá! —gritó Turiddru.

Nuevamente la vieja pareció no verlo ni oírlo.

—¡El padre Virga había dicho que el teatro es cosa del diablo! ¡Había dicho que el teatro es cosa de Sodoma y Gomorra! ¡El padre Virga es un santo! ¡Fuego debía haber y fuego ha habido!

La señora Nunzia, agotadas las bulas, volvió a entrar. Turiddru reparó en que la máquina del ingeniero, mal que bien, había extinguido un poco el fuego. Sin decir ni mu, cogió carrerilla, entró en el portón y desapareció por las escaleras.

No pasaron ni cinco minutos cuando Turiddru Macca salió de entre el humo sosteniendo a la señora Nunzia inmóvil cargada sobre los hombros.

—¿Se desmayó? —se informó Puglisi.

—No, señor. Le di un puñetazo en la cara.

—¿Por qué?

—Decía que no quería salir en camión delante de todos estos hombretones.

—En esta casa fuego *kaputt* —dijo el ingeniero, que casi cantaba de felicidad—. ¿Quién vivir encima?

El delegado miró hacia arriba.

—En la segunda planta vive una viuda, la señora Concetta Riguccio. Pero no ha dado señales de vida. Con todo este alboroto, a esta hora, si hubiera estado en casa, habría pedido ayuda. Yo la conozco. Quizá esta noche se haya ido a dormir donde su hermana.

SÓLO UN MUCHACHO PUEDE TENER

«Sólo un muchacho puede tener sentimientos así», pensó don Pippino Mazzaglia con una punta de envidia y de compasión mientras escuchaba el razonamiento de Nando Traquandi, el joven que había llegado de manera clandestina de Roma y al que tenía escondido en su casa de campo desde hacía una semana. Enjuto, de cabellos rojizos y rizados, con las gafitas detrás de las cuales centelleaban los ojos pasmados, la mano izquierda rascándose de vez en cuando, como un tic, la rala barbita en torno al mentón y la mano derecha que cada cinco palabras llevaba un pañuelito de encaje a los labios para secar la manchita blanca que la saliva, al condensarse, formaba a los lados de la boca.

Traquandi había llegado a Sicilia con dos notitas, una de Napoleone Colajanni y una del honorable Pantano, que solicitaban a los amigos mazzinianos acogida, alojamiento, manutención y ayuda para el joven, señalado como el ejecutor de una tan secreta como peligrosa misión. Había obedecido, pero ya desde las primeras palabras que había intercambiado con él, Pippino Mazzaglia se había hecho una idea: del forastero, de su presencia, no podían venir más que desgracias. El muchacho veía la luz de una sola verdad: que el blanco era blanco y el negro era negro. Tenía muy pocos años para entender que cuando el blanco está muy cerca del negro, hasta tocarlo, se forma, entre los dos colores, una línea media, una línea de sombra, donde el blanco ya no es blanco y el negro ya no es negro. El color de esa línea se llama gris. Y dentro de esa línea, donde dos colores al casarse han parido un tercero, es difícil que cualquier cosa encuentre nombre y figura de clara visión. Es como cuando el sol se pone y la oscuridad, que aún no es densa oscuridad, noche, te hace confundir a una persona con un árbol. Pero el muchacho no tenía estas preocupaciones, se ve que sabía dónde poner los pies incluso cuando la luz menguaba.

«¡Qué antipático es! —se dijo Mazzaglia mientras el otro hablaba y hablaba—. Parece que fuera yo, treinta años atrás, delante del tribunal borbónico, antes de que me dieran por el culo con diez años de dura cárcel. El orgullo me comía vivo. Por tanto, quiere decir que también yo, en aquella época, era así de gilipollas.»

—Aquí tengo conmigo otros documentos que demuestran que la situación ya ha llegado a un punto extremo —espetó el muchacho sin coger aliento—. Os leo algunos pasajes de un informe al ministro que hemos conseguido procurarnos, no os diré cómo.

Se acomodó las gafitas, metió la mano con el pañuelo en la cartera llena de papeles y empezó a buscar. Fue en ese preciso momento que Niní Prestía, que desde que se habían reunido nunca había apartado los ojos del romano, habló por primera vez.

—Y yo no voy a preguntarle este *cómo*, dado que este *cómo* me importa un bledo. El muchacho lo miró asombrado, sorprendido por la violencia que advirtió en

aquellas palabras.

—No he entendido bien.

—¿Me permite una pregunta que no tiene nada que ver con todo lo que nos está diciendo?

Los ojos de Traquandi se convirtieron en dos fisuras, entendió que debía ponerse en guardia y respondió espontáneamente en dialecto.

—*Si nun c'entra gnente perché me la Ja?* (¿Si no tiene nada que ver por qué me la hace?)

—Porque me da la gana.

—Dígame, pues.

—Nosotros aquí, sentados en torno a esta mesa, somos cuatro personas, aparte de usted. Pippino Mazzaglia, Cosimo Bellofiore, Decu Garzía y yo. Si usted, pongamos por caso, descubre que uno de nosotros quiere ir a denunciarlo para hacerlo arrestar, ¿qué es lo primero que hace?

—Le disparo a la boca —respondió sin vacilar Traquandi.

—¿Sin preguntarle el motivo por el cual quiere hacerlo?

—¿Y qué me interesa a mí por qué quiere hacerlo? No me interesa, problema suyo, le disparo y basta. Pero, discúlpeme, ¿por qué me hace esta pregunta?

—Déjelo, no tiene importancia.

Pippino Mazzaglia sintió una llamarada de calor dentro del pecho, tan fuerte e intensa que le hizo lagrimear los ojos. He aquí a Niní Prestía, el verdadero amigo de siempre, aquel con quien en cualquier situación había podido hablar con toda sinceridad, aquel que había compartido con él treinta y pico de años de miedo, persecución, fugas, celadas, cárcel y escasas alegrías. Sintió posarse sobre su mano, en la memoria, la mano cálida de Niní mientras los jueces borbónicos leían la sentencia y cortaban las raíces de su juventud, borran libros que leer, palabras que decir, mujeres de las que disfrutar e hijos a los que acariciar. Como si se lo hubiese dicho de viva voz, Niní había seguido paso a paso sus pensamientos y sus impresiones respecto del muchacho romano. Mazzaglia miró a su amigo con los párpados entreabiertos para evitar que alguna lágrima saliera fuera: Niní se había vuelto viejo, tenía los cabellos blancos y las pupilas algo empañadas. En un instante entendió que estaba como mirándose a sí mismo en un espejo. Entonces se mosqueó y se alineó con Prestía.

—Tenga un minuto de paciencia, señor Traquandi, porque quiero preguntarle algo, a usted, que parece saberlo todo.

El forastero romano sacó las manos de la cartera, las posó sobre la mesa y se puso, sin hablar, en la posición de quien está dispuesto a escuchar. Pero lo hacía con condescendencia y la antipatía de Mazzaglia por él aumentó.

—Lo que quiero preguntarle no es una pura y simple pérdida de tiempo, como quizá le pueda parecer. Desde que comenzó esta historia de *Il birraio* pierdo el sueño

preguntándome por qué el prefecto de Montelusa se ha empeñado en querer inaugurar el teatro de Vigáta con esta ópera que nadie quería. He sabido que no tiene intereses económicos, que el autor no era pariente suyo y que no se acuesta con ninguna de las cantantes. ¿Entonces por qué lo ha hecho? Para obtener el resultado que quería ha obligado a dimitir a dos Consejos de Administración del teatro, hasta encontrar las ovejas adecuadas que hicieran *beee* a tiempo bajo su batuta. ¿Por qué?

—No me importa nada del porqué.

—Eh, no, disculpe. Si debemos tomar como pretexto esta historia para convocar una manifestación de protesta, es preciso que conozcamos los verdaderos motivos del adversario.

—Entonces le digo que el prefecto quería demostrar su poder e, indirectamente, qué poderoso es el gobierno al que él representa.

—Demasiado fácil.

—¿Lo ve? A fuerza de preguntarse por qué sí y por qué no, uno acaba con que ya no se mueve ni actúa. La verdad es que todo intento de entender al adversario es el comienzo de una negociación con el adversario. Hablar, discutir, entender, son cosas de...

—¿Viejos? —sugirió Mazzaglia.

—Lo siento, pero me parece que sí.

Agachó la cabeza, sacó una hoja de la cartera y la enseñó a los presentes.

—Éste es un informe secreto del jefe de policía de Palermo, Albanese, al ministro del Interior, Medici. Refiero, por tanto, las palabras de un feroz adversario nuestro.

—No —dijo sencilla y brevemente Niní Prestía que seguía mirándolo, lo mantenía en posición de tiro.

—¿Qué quiere decir?

—Quiere decir que mis feroces adversarios, como dice usted, no son gente como Albanese, porque Albanese no pertenece al género humano, sino a la mierda que el género humano produce durante el día.

—Explíquese mejor.

—Un solo ejemplo, querido amigo. Cuando el verdugo de los Borbones, Maniscalco, con el cual hemos tenido que vérnoslas mi querido amigo Pippino Mazzaglia y yo, se fue a reventar a Marsella, cuatro años después su viuda tuvo la caradura de pedir una pensión al gobierno italiano. El Tribunal de Cuentas pidió informaciones a Isidoro La Lumia, que dirigía los archivos sicilianos. La Lumia, que era un caballero, empezó así su respuesta: el que suscribe se honra en transmitir las siguientes noticias relativas al triste canalla que con el nombre de Salvatore Maniscalco fue durante diez años el flagelo de Sicilia. Así escribió La Lumia. Pero su enemigo, suyo de usted, egregio muchacho romano, el comisario Albanese, en aquella ocasión se apresuró a hacer saber que su opinión era distinta de la de don Isidoro. Debía concederse la pensión a la viuda, escribió, porque, no estoy cambiando ni una coma, Maniscalco, aparte de los excesos justificados por la situación y las

culpas de las que se había cubierto, había sido, de todos modos, un fiel servidor del Estado, poco importaba de qué Estado se tratara. ¿Ha entendido? Dos mierdas, aunque cagadas por culos diversos, siempre tienen el mismo olor, antes o después acaban por entenderse.

—Está bien, amigo mío. Entonces ¿qué hago? ¿No leo?

—Lea, lea —abrevió Mazzaglia.

—Leo saltándome algunos puntos. El espíritu público en general —son palabras de Albanese— y en especial en Palermo, es hostil al gobierno, no hay que hacerse ilusiones, o por lo menos acusa a los gobernantes de los gravosos impuestos, del desorden financiero y del inexistente desarrollo de la industria y el comercio.

Hizo una pausa, se secó los labios con el pañuelito, se ajustó las gafitas y continuó.

—Ni una industria nueva —habla siempre Albanese— ha encontrado desarrollo y demandado brazos para el trabajo, ni las obras públicas han dado, en gran medida, pan a los obreros. Aquí es más que nada una cuestión de pan y trabajo. También se empieza a pensar que no son los distintos hombres sino las instituciones mismas la causa de la situación; de modo que, si por una parte los enemigos de la monarquía adelantan los puñales, si los federalistas mazzinianos piensan en la federación o en las regiones, no es escaso el número de aquellos que invocan la dictadura. Los nuevos impuestos generarán un mayor descontento.

Acabó de leer la hoja, la volvió a poner cuidadosamente en la cartera y sacó otra.

—Éste, en cambio, es un informe del comandante de la plaza de Caltanissetta. Dice así: todos en esta tierra ponen sus esperanzas en la anarquía subsiguiente al momentáneo triunfo de las sectas mazzinianas y socialistas.

—Yo querría saber...

Había abierto la boca Cosimo Bellofiore, que durante toda la reunión había permanecido en silencio.

—Un momento —lo hizo callar el romano que ya tenía otra hoja en la mano—, leo una frase del prefecto de Siracusa, textual: la medida del descontento ya está colmada, ha invadido a todos los estratos de la sociedad, porque de los grandes y durísimos sacrificios que ha sufrido Sicilia por la Unidad de Italia, no le ha derivado ningún beneficio, después de más de una década, si se exceptúa el moral y abstracto de formar parte de una gran nación, magro consuelo para quien ya no tiene con qué matar su hambre y la de su familia.

Volvió a poner la hoja en su sitio, se quitó las gafitas y se pasó una mano por los párpados.

—He terminado, pero podría continuar, siempre con las palabras de nuestros enemigos, que son las mismas que podríamos usar nosotros. Entendámonos: Italia es un volcán a punto de estallar. Ellos lo saben y nos tienen miedo. Meten en chirona a los nuestros, descubren nuestros depósitos de armas, los secuestran y después les prenden fuego, pero al día siguiente aparecen otros nuevos, tantos como habían sido

destruidos. Nosotros, los mazzinianos, si no aprovechamos la ocasión de esta noche, aquí en Vigáta, somos unos imbéciles.

—¿Qué ocasión?

—La de esta noche, os digo, desde hace una hora. Cuando el pueblo de Vigáta se ha levantado contra el prefecto.

—¡Qué levantamiento! —espetó Mazzaglia—. Eso fue una bronca, una rabieta de la gente, algo momentáneo.

—Además, el pueblo, como dice usted —añadió Prestía—, estaba en su casa, no había ido al teatro. En el teatro había profesionales, comerciantes y propietarios de balandras. El pueblo, el que trabaja de verdad, se había ido a acostar.

—Así será. Pero tenemos que aprovechar la situación, agravarla sin remedio. Me explico mejor. Si la cosa se queda como está, os lo digo: después de dos días se habrán olvidado de todo. Pero si la cosa se agrava mucho, todos deberán hablar de ello, no sólo aquí en Vigáta. ¿Me explico? Es preciso que se convierta en un caso nacional.

—¿Cómo? —preguntó Decu Garzía súbitamente atento. Cada vez que había que organizar un follón estaba listo para ponerse en primera fila, incluso si las razones que habían provocado el follón no le importaban absolutamente nada.

Traquandi se secó los labios y los miró uno a uno.

—Prendiendo fuego al teatro.

Mazzaglia saltó de la silla.

—¿Bromea? Además, esta noche habrá viento fuerte, suponiendo y no concediendo que todos estemos de acuerdo en quemar el teatro.

—¿Qué quiere decir que habrá viento?

—Las llamas pueden extenderse a otras casas, donde hay gente que duerme.

—¿Y qué me importa a mí la gente que duerme? Si hay algún muerto, mejor, la cosa tendrá más resonancia.

UZTED ZABE COMO PIENZO

—Uzted zabe cómo pienzo —dijo con dureza el prefecto Bortuzzi, ofuscado y ceñudo, apoyándose en el alto respaldo del sillón. No le gustaba el razonamiento, lleno de argucias, que el otro le estaba haciendo desde hacía media hora sin apartarse un milímetro de sus posiciones, cortés pero firmemente.

«¡Piamontéz! —se dijo Bortuzzi—. Piamontéz falzo y cortéz.»

—Y usted también sabe qué pienso yo —respondió con animadversión el coronel Aymone Vidusso, comandante de la plaza militar de Montelusa, y siguió mirando a Bortuzzi a los ojos—: Yo encuentro absolutamente insensato lo que está sucediendo.

Si el prefecto quería que se hablara en latín, como decían los sicilianos, sería en latín, visto que Su Excelencia no entendía o no quería entender todo aquello que le estaba diciendo desde el inicio de aquel difícil encuentro.

—¿¡Inzenzato!?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—No se puede correr el riesgo de una sublevación popular sólo porque a usted se le ha metido en la cabeza hacer representar en Vigáta una ópera lírica que los vigatenses, por lo que parece, no tragan, no les gusta.

—No ez verdad.

—¿No es verdad, qué?

—Que a los vigatenzez no lez guzte. Loz vigatenzez no entienden un 'arajo de nada, imagíneze zi entienden de múzi'a. El hecho ez que alguien a quien aún no conozco lez ha dicho que ze comporten de ezte modo.

—¿Y cuál sería la razón?

—Muy zencillo, mi querido coronel. Oponerze a toda cozta a la voluntad del reprezentante del gobierno.

—Así sea, Excelencia. Pero usted, al insistir, corre el riesgo de provocar malestar en un momento en que no hay necesidad, usted debería saberlo al menos tan bien como yo. No debo ser yo quien le recuerde que la isla es un polvorín y que, si no ha explotado hasta ahora, se debe a la prudencia o, si le suena mejor, al miedo, de Mazzini. Por tanto, no pondré al ejército, a mis hombres, al servicio de un capricho, de un acto de cabezonería.

—Cabezonería de loz vigatenzez.

—Sí. Pero también suya.

—¡Mía! ¿Cómo ze permite?

Aymone Vidusso consiguió milagrosamente contenerse de darle un tortazo en la cara.

—Excelencia, tratemos de no perder la calma y razonemos.

—Yo razono, ¿zabe? Y digo, razonando, que cuando hay peligro de zubelevación

contra la autoridad, el Estado, todaz laz fuerzaz digo todaz, zin distinción de cuerpo y arma, Virgen zanta, deben eztar unidaz para reprimir zin tantoz rodeoz. Eztoz ziciliano z on una gente apeztoza, ¿lo zabe o no?

El coronel pareció que ni siquiera lo hubiera oído, no respondió a la pregunta y se ajustó el monóculo.

—Zí, zeñor, apeztan. Y loz vigatenzez más que loz otroz —insistió Bortuzzi.

—No entro en la cuestión de los olores —espetó diplomáticamente Aymone Vidusso, al cual desde hacía tiempo le parecía, en cambio, que apestaba, y cómo, Su Excelencia el prefecto—. Pero repito: nunca he entendido que sea lícito imponer a quien sea el disfrute de una ópera lírica a través del correspondiente decreto de la Prefectura.

En cuanto dijo estas palabras se quedó helado y se detuvo, extrañado. ¿De dónde le había salido esa frase irónica a él, férreo piamontés? Se ve que el prefecto le estaba poniendo los nervios de punta, como nunca antes había ocurrido. Se recompuso y continuó.

—Usted, si quiere, puede hacerlo. No tiene derecho, pero puede hacerlo. Y puede ser que alguien reconozca en su modo de actuar un abuso de autoridad. Son asuntos suyos. Pero el ejército italiano no puede ni debe verse implicado en una cuestión tan estúpida como ésta. De todos modos, pediré la opinión de quien corresponda. Discúlpeme.

Se levantó, alto y rígido, se encajó mejor la lente en el ojo y llevó la mano a la visera con una media inclinación. Bortuzzi observó la maniobra cada vez más ceñudo, de haber podido lo habría quemado con la mirada.

—Coronel —dijo—. Coronel, le avizo. He debido conztatar zu eplícito rechazo a la colaboración. Por tanto, me veré obligado a informar de ello a zu zuperior directo. ¿Ez el general 'azanova, verdad?

—Sí, señor, Avogrado di Casanova. Haga lo que considere oportuno, Excelencia.

Se giró sobre sus talones, salió y cerró la puerta a sus espaldas.

—¡Imbécil, más que imbécil! —murmuró Su Excelencia—. ¡Ezta me la pagaráz! ¡Te encontraráz en el vórtice de la tormenta con el viento helado encima! ¡Te llenaré de plomo como a una perdiz!

Bortuzzi podía murmurar cuanto quisiera, el coronel Vidusso tenía las espaldas cubiertas. Cuatro días antes de la invitación para el coloquio con el prefecto, al haber oído el viento que soplaba y previendo una solicitud de intervención del ejército en el caso de que las cosas fueran mal dadas, había escrito un amplio y detallado informe al teniente general Avogrado di Casanova, con sede en Palermo, donde explicaba que el prefecto era un incapaz y, lo que era todavía peor, un bufón dispuesto a las peores bufonadas. Mejor dicho, más que un payaso: un individuo al cual el poder se le había subido a la cabeza y que para ejercitar este poder no había vacilado en aliarse con un individuo de mala ralea, un conocido mafioso. El daño que ese hombre podía provocar, obstinándose en imponer a los vigatenses la representación de *Il birraio di*

Prestan, se habría podido revelar incalculable.

Luego había convocado a su mensajero de confianza.

—Lleva este mensaje a la Comandancia. Entrégalo en mano del general Casanova. Quiero la respuesta para esta noche. ¿Podrás hacerlo?

—¡Por supuesto! —exclamó el mensajero, ofendido por la pregunta de su superior: estaba seguro de que tendría la respuesta para la noche.

De hecho, hacia las diez de la noche, Vidusso lo vio aparecer delante suyo, sucio de fango, con los ojos llenos de felicidad. Le tendió un sobre. Curiosamente, el sobre no tenía ni membrete ni timbre, lo mismo que la hojita, absolutamente corriente, que estaba dentro. El escrito consistía en dos líneas firmadas con la sigla inconfundible del general Casanova. Decía:

«Dígale a su prefecto, con toda diplomacia, se lo ruego, que se vaya a tomar por culo.»

No sabía con cuánto tacto, pero siguiendo la orden y su propia inclinación personal, le había dicho claramente a Su Excelencia que se fuera a tomar por aquel sitio.

El prefecto, que desde el momento de la salida de Vidusso se había quedado sentado con la cabeza entre las manos lanzando blasfemias cada vez más complicadas a medida que se las iba inventando, miró sombrío a Emanuele Ferraguto, que entraba en su despacho con una sonrisa de oreja a oreja.

—Laz cozaz no van demaziado bien, Ferraguto. Con Viduzo he fallado el tiro. No quiere.

—¿Qué pasó, Excelencia? —inquirió presuroso don Memé.

—No zé qué hacer. Ezte bocazaz de Viduzo me ha dicho y confirmado que el ejército, en cazo de nevezidad, no intervendrá.

—Pero nosotros podemos pasar perfectamente de él.

—¿Le parece?

—Desde luego, Excelencia. Nos basta y sobra el capitán Villaroel con sus soldados a caballo. ¿Cuánto ruido cree que pueden armar cuatro piojosos de Vigáta? Villaroel se ocupará de ponerlos en su sitio.

—¡No importa cuánta bulla hagan, Ferraguto, ez nevezario que no la hagan! En todo cazo, zi zucediera algo, la intervención del ejército daría a la coza un nivel, cómo decir, menoz privado. ¡En cambio, eze gilipollaz de Viduzo ze ha burlado de mí!

—Excelencia, no se altere. En Vigáta, palabra de Emanuele Ferraguto, cuando representen *Il birraio* no sucederá nada de nada. El mismo capitán Villaroel y sus veinticuatro jinetes podrán dedicarse, discúlpeme Excelencia, a pelársela antes, durante y después de la música. ¡No tendrán nada que hacer! En cambio, escúcheme a mí, que le traigo algo hermoso.

Sacó del bolsillo una gran hoja plegada en ocho, la alisó y la posó sobre la mesa

delante del prefecto.

—Está recién impresa. La tinta aún ensucia las manos.

Era un ejemplar de la *Gallina Faraona*, el semanario satírico de Montelusa, constituido por una sola página, que siempre había criticado la política del prefecto. Don Memé posó el índice sobre un artículo de la primera columna, debajo de la cabecera, que se titulaba vistosamente «Carta seria a los vigatenses».

Bortuzzi se precipitó ávidamente sobre él.

La carta abierta decía, en síntesis, que «esta vez los vigatenses tenían que ser corteses» y escuchar, por una vez, las palabras de un periódico montelusano. El autor del artículo, el mismo director, Micio Cigna, sabía muy bien «cómo los vigatenses, en numerosas ocasiones, habían desdeñado los consejos y exhortaciones que generosamente se les daban desde la capital de la provincia, Montelusa, a los fines de un civilizado progreso del embarcadero de Vigáta, dependiente de ella». Pero, en el caso del que se trataba en el artículo, Micio Cigna les suplicaba la debida atención. Era archisabido que en ocasión de la inauguración del nuevo teatro de Vigáta «después de una discusión dilatada en el tiempo, que a veces fue muy acalorada y que vio a honestos hombres de valía lanzados el uno contra el otro, pero siempre en el común y decidido propósito de ofrecer a la ciudadanía cuanto de mejor podía darse en el campo, siempre opinable, del arte» se había llegado, por mayoría, a la representación de una ópera lírica desafortunadamente no conocida y apreciada por todos como *Il birraio di Presión*, de Luigi Ricci, que «tantos éxitos ha cosechado en otros teatros de Italia». Ante el anuncio de este espectáculo inaugural —continuaba Micio Cigna— «inusitados malhumores, malintencionadas murmuraciones y no tan sofocados propósitos de irreflexivo rechazo se habían puesto en marcha con el fin de provocar un escandaloso fracaso». El autor no tenía la más mínima intención de adentrarse «en las razones tic tal estado de ánimo» y menos aún de proporcionar un análisis de los «altos valores de la ópera», sólo pretendía apelar a la «inteligencia y urbanidad» de los vigatenses para que juzgaran el «verdadero valor» de la ópera sólo después de la representación «de la misma».

Micio Cigna no pedía nada más a los vigatenses: un juicio «aunque sea severo, pero justo», como los vigatenses, por lo demás, habían sabido hacer en otras ocasiones «de más grave alcance».

La carta abierta concluía así:

«El prejuicio siempre llevó a daños y a inclementes fortunas mucho mayores de cuanto el juicio sensato y la prudente opinión, aunque sea negativa, habrían podido conducir».

Acabada la lectura, a Su Excelencia se le iluminó un poco la cara. Don Memé amplió la sonrisa.

—Menez mal. Ezta *Gallina Faraona*, que me ha dado tanto el coñazo, ze ha

comportado bien. ¿Quiere que le diga la verdad, Ferraguto? No me lo esperaba. ¿Ha zido uzted quien lez ha hecho entrar en razón?

—Ha sido muy fácil, Excelencia. Don Micio Cigna es un hombre que sabe usar la cabeza.

—Ezte artículo noz dará mucho juego. Gracias Ferraguto.

Con Micio Cigna, era algo sabido, no se podía razonar cara a cara. Cuando hacía el cretino, hacía el cretino y no había modo de hacerle cambiar su terquedad de calabrés. Conociendo su propósito, es decir, que la *Gallina Faraona* aparecería con un buen artículo invitando a los vigatenses a mearse en la ópera, en los cantantes y en el prefecto, don Memé se había anticipado sin perder tiempo ni palabras. Micio Cigna estaba prometido con la hija de don Gerlando Curto, se casarían durante el año.

Seis días antes de la prevista aparición del artículo contra *Il birraio*, mil ovejas propiedad de don Gerlando habían sido robadas durante la noche por personas embozadas que habían apaleado, dejándolos sin sentido, a los tres guardianes. A pesar de todos los esfuerzos de Curto, de las ovejas no se había encontrado ni un pelo. Dos días antes de que saliera el artículo, don Memé, ceremonioso, melifluo y sonriente, se había aparecido delante de don Gerlando.

—Don Gerlando, me he permitido recuperarle sus ovejas.

Curto no había manifestado ninguna alegría, es más, se había preocupado. ¿Qué le pediría a cambio don Memé? Porque estaba clarísimo que quien le había jodido las ovejas había sido precisamente el que estaba diciéndole que las había encontrado. No dijo nada. Don Memé continuó.

—No podía permitir que a una persona íntegra y honorable como usted se le hiciera semejante desaire.

—¿Sabe quién ha sido?

—Forasteros, hombres que no conocen las cosas de aquí.

—Gracias —se vio obligado a decir entre dientes don Gerlando.

—Era mi deber. Sus ovejas están en la comarca de Inficherna, hay dos personas amigas mías que se ocupan de ellas. Mande cuando quiera a alguien a buscarlas. Esté tranquilo de que nunca jamás volverán a ultrajarle.

—Dígame qué debo hacer para pagar mi deuda con usted.

Don Memé se llevó de golpe una mano a la altura del corazón, como si le hubieran disparado justo en aquel punto, y puso cara de sentirse dolido.

—¿Usted quiere ofenderme?

—En absoluto, don Memé. También yo quiero cumplir con mi deber.

—Está bien. Pero se trata de una nimiedad. Es preciso que usted diga dos palabras a su futuro yerno, que me parece verdaderamente un botarate, alguien que puede hacer mucho daño.

—A sus órdenes.

—Humildísimos ruegos.

Y don Memé explicó a Curto lo que debía decir a Micio Cigna. Los bramidos

entre los dos futuros parientes, suegro y yerno, mantuvieron despiertos durante toda la noche a los vecinos de casa.

—¡Tú, si no haces lo que te digo, de ahora en adelante a mi hija tendrás que verla con prismáticos!

—Pero ¿quién se cree que es para darme órdenes a mí? Yo escribo lo que me parece y place.

Un follón que se calmó sólo con las primeras luces del alba. La conclusión fue el artículo que Su Excelencia había leído con evidente satisfacción.

LECHOSO Y EMPAÑADO

Lechoso y empañado por estratos de nubes, el sol de la mañana empezó a despuntar sobre Vigáta: parecía que no tuviera demasiadas ganas de hacerlo. En el aire había estancado un olor castaño, de un marrón oscuro tirando a negro. Quien tenía esta manía de dar un color al olor era el delegado Puglisi. Una vez que le había dicho al comisario que había sido golpeado, durante una vigilancia, por un olor amarillo de trigo segado, por poco no lo había mandado derecho al manicomio.

El teatro aún ardía, con más humo que fuego, pero sólo dentro de su perímetro, los muros exteriores habían resistido, aunque el techo se había derrumbado y se consumía lentamente dentro de aquella especie de horno. El ingeniero Hoffer, con su máquina y sus hombres muertos de cansancio, seguía disparando agua, el suministro estaba ahora asegurado por una decena de grandes toneles transportados por cinco carretas puestas a disposición por el comendador Restuccia. Era uno de los conjurados, desde luego, contra la representación de la ópera, pero se había sentido indignado por el incendio, según él doloso, del teatro. Por eso colaboraba con el ingeniero. De la carga y descarga de los toneles se ocupaban los soldados a caballo, que no tenían otra cosa que hacer, dado que casi toda la población hacía tiempo que se había ido a acostar. Puglisi no pudo resistir la tentación de seguir su ejemplo, pero el sentido del deber le hizo elegir una solución intermedia. Sentía la carne pesada, los huesos rotos y la cabeza confundida, pero lo peor era la sensación de inmundo, de sucio, que el humo y el fango le producían en la piel. Pensó que podía permitirse una lavadita, para luego volver a controlar las operaciones. Como mucho perdería media hora.

—Tú, quédate aquí —le dijo al agente que había puesto de guardia en la casa medio quemada de la señora Nunzia y de los Pizzuto para evitar que algún hijo de puta entrara a robar—. En seguida vuelvo. El tiempo de ir a casa a lavarme.

Se encaminó hacia su vivienda: dos habitaciones con retrete y uso de cocina que le había alquilado la señora Gesualda Contino, una setentona que lo trataba como a un hijo.

Ruina y desolación reinaban en la plazuela que estaba delante del teatro y que el alcalde había querido embellecer con un jardincillo y una hilera de farolas en torno. Todo este estropicio había sido hecho, antes de que estallase el incendio, por los caballos de los soldados y por la huida de la gente asustada. El jardincillo prácticamente ya no existía, tres de las farolas habían caído al suelo, desarraigadas. En el límite de la plazuela había una carroza destrozada con las ruedas hacia arriba y otra estaba a su lado apoyada sobre un costado, con el caballo muerto aún enganchado. Puglisi miró hacia la fachada del teatro: el humo apenas la había manchado, los hombres de Hoffer estaban entrando por el portón principal para ir a combatir el fuego residual precisamente dentro de su madriguera.

Una desproporción, una diversidad, algo que no cuadraba se abrió lentamente camino dentro de la cabeza de Puglisi. Con las piernas rotas, volvió atrás, hacia la parte posterior del teatro. A medida que se acercaba, rozando el muro, se percataba de cómo los signos de la devastación se hacían cada vez más evidentes. Llegó al callejón posterior, el que estaba entre el teatro y la casa de la señora Nunzia. El agente lo vio reaparecer.

—¿No se había ido a casa?

—Aún no. Se me ha ocurrido algo.

—¿Qué pasa, delegado?

—Se me ha ocurrido tomar el aire, ¿está bien? —fue la respuesta brusca. A Puglisi le gustaba hacer preguntas, pero no que se las hicieran.

Miró atentamente la fachada posterior del teatro. A ras del suelo había seis tragaluces, esas ventanas en forma de boca de lobo que sirven para dar aire y un poco de luz a los lugares situados bajo el nivel de la calle.

Quedaban pedazos del armazón, sin vidrios, el fuego se los había comido. En medio de los seis tragaluces había una puerta de madera, o al menos lo que quedaba de ella, totalmente quemada. De allí partían seis peldaños de piedra que bajaban hacia el interior, hacia el foso. A los lados y encima de la puerta estaba marcada la señal de un fuego rabioso y devorador, mucho más fuerte que en otras partes. Puglisi se detuvo delante de esta puerta, intrigado. Luego se percató de que el último tragaluz, a la derecha, se había salvado casi de milagro, se agachó para mirarlo bien. El vidrio del tragaluz se había roto, pero los trozos habían caído hacia el interior. Puglisi se levantó y retrocedió lentamente, hasta encontrarse con la espalda casi apoyada en la casa de la señora Nunzia. La visión de conjunto le confirmó la opinión que estaba formándose: el fuego no había comenzado en el salón de entrada, donde estaban la taquilla y la escalinata que llevaba a los palcos, a la platea y al gallinero, debido a un espectador que hubiera dejado un cigarro encendido cerca de una cortina, sino que había empezado justo del lado contrario.

Era probable que la culpa fuera de un maquinista que hubiera ido al foso para fumarse un pitillo. Pero entonces ¿por qué romper los vidrios de los tragaluces y dejar abierta la puerta? En efecto, no había duda de que la puerta de atrás estaba abierta en el momento del incendio, lo testimoniaban los restos de las jambas aún pegadas a los goznes. Entonces ¿por qué la puerta había sido abierta por completo para que naciera una fuerte corriente de aire que atizara el fuego? El sabueso que había en Puglisi se despertó, paró las orejas y olfateó el aire, pero el cansancio era enorme, decidió que después de la lavadita volvería a estudiar la cuestión con la cabeza más ligera y despejada.

Pero aquella mañana lavarse no era su sino. Estaba introduciendo la llave en la cerradura del portón de casa, cuando lo paralizó una pregunta: ¿qué lo hacía estar tan seguro de que la viuda Lo Russo, que vivía encima de la señora Nunzia, hubiera ido a

dormir donde su hermana Agatina? Durante toda la duración del incendio y del correspondiente follón no había dado ninguna señal de vida, desde luego, pero también podía haberse sentido mal desde el principio y estar aún allí, desmayada o herida, necesitada de ayuda. Volvió a ponerse la llave en el bolsillo y permaneció un momento en el rellano pensando qué debía hacer: desfondar la puerta de la casa de la viuda o ir donde su hermana a preguntar si la señora Concetta había dormido allí.

Se decidió por esta segunda solución, también porque Agatina Riguccio, casada con Totó Pennica, de oficio pescador, le había hecho hervir la sangre desde la primera vez. Y eso que precisamente aquella primera vez la había visto en pésimas condiciones: el marido, durante una disputa por celos, suyos propios, le había roto un pómulo de un castañazo.

Llamado por los vecinos, el delegado se había encontrado a Agatina con la cara hinchada pero los ojos oscuros y vivos que parecía que pidieran siempre algo, los labios rojo violeta (olían a azafrán y canela, pensó Puglisi) temblorosos, las tetas ligeras y danzarinas bajo el corpiño desatado.

—¿Quién llamó a vucencia? No hubo ninguna disputa. Fui yo que me caí y, al resbalar, me golpeé contra el armario.

—Entonces ¿por qué daba voces?

—¿Vucencia no da voces cuando se hace daño?

No sólo era guapa, sino también lista. Seis meses después, otra llamada. La había encontrado con un horrible moretón en torno al cuello.

—¿Esto? ¿Este moretón de aquí? Pero ¿qué cosas piensa, vucencia? Me lo hice con una bufanda que se enganchó en la manilla de la puerta.

Pero lo miraba a los ojos, mientras decía aquellas palabras y en aquella mirada había una demanda distinta, que le produjo un escalofrío en la espalda.

—Entonces ¿puedo irme tranquilo?

—Desde luego, delegado. Gracias —y le cogió la mano para saludarlo.

No esperaba el modo con que ella se la estrechó: fue como si le hubiese envuelto en torno a los dedos no sólo la mano sino todo su cuerpo y como si la mano del hombre, convertida en otra cosa, hubiera entrado en lo más profundo de ella, hasta su esencia de mujer.

Debió golpear tres veces antes de que Agatina respondiera somnolienta.

—¿Quién es?

—Soy yo, el delegado Puglisi.

En un instante se abrió la puerta. Agatina estaba delante de él en camisón, su piel olía a tibieza de cama. A Puglisi se le representó inmediatamente el color rosa tembloroso de un erizo de mar recién abierto.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede? ¿Le ocurrió algo a mi marido?

—No. Cállese. No le ocurrió nada a su marido.

Agatina pareció aliviada, las tetas subieron y bajaron en un largo suspiro.

—Entre.

Puglisi entró, dejándose aturdir por el color de erizo abierto de par en par que se había hecho más fuerte.

—¿Entonces qué pasa?

—¿Su hermana Concetta durmió aquí esta noche?

—No, señor. ¿Por qué?

Puglisi sintió que se le helaba la sangre. Si estaba en casa, ¿por qué no había pedido ayuda?

—¿Tiene una llave de su casa?

—Sí, señor.

Fue hasta una cómoda, abrió un cajón con cautela para no despertar a su hijo de tres años que dormía en la cama de matrimonio, cogió una llave y se la dio. Luego empezó a temblar.

—¿Qué ha ocurrido, delegado?

—¿No ha oído nada esta noche?

—No, señor, nada. Aquí estamos casi en el campo. Ayer por la tarde nos fuimos a acostar hacia las siete, después del Ave María. Luego mi marido se levantó esta mañana antes del alba porque debía salir con su balandra. ¿Qué sucede? ¡No me asuste!

Se tambaleó, para no caerse se apoyó en él. Instintivamente, Puglisi le ciñó la cintura con un brazo. Ante el contacto, ella se le estrechó un poco más. El delegado sintió un ligero mareo, esa mujer era muy peligrosa, debía salir en seguida de aquella casa.

—Hagamos una cosa. ¿Tiene alguna vecina a la que pueda decir que se ocupe del chiquillo?

—Sí, señor.

—Después de haberlo instalado, reúname conmigo en la casa de su hermana. Pero, se lo ruego, no haga un escándalo ni empiece a dar voces por aquello que vea.

—Pero ¿qué hay para ver?

—Esta noche hubo un incendio.

—Está bien —dijo Agatina, resignada.

Menos de diez minutos después, tras hacer el camino siempre a la carrera, Puglisi se encontró otra vez delante del hombre al que había puesto de guardia en la casa quemada. El centinela lo miró perplejo:

—Delegado, a mí me parece que está más sucio y embadurnado que antes.

—No me fastidies y no te hagas el gracioso. ¿Has oído voces dentro de la casa?

—No. ¿Quién debía hablar? La señora Nunzia está donde su hijo y los Pizzuto están en el hospital.

—Oye, yo subo, a la segunda planta.

—¿Por qué? La segunda planta no se ha quemado. Si había alguien, a esta hora

habría salido fuera.

—No te he preguntado qué pensabas.

El agente enmudeció, era raro que su superior fuera tan descortés, quería decir que ocurría algo serio.

—Dentro de poco vendrá una mujer. Déjala subir, pero dile que en la escalera se mantenga del lado del muro. Es menos peligroso.

Tenía ganas de subir los peldaños de tres en tres, pero debía moverse con cautela porque verdaderamente la escalera no era fiable.

La puerta de la casa de la viuda había pasado de verde a marrón a causa del humo. Abrió y entró en una antecámara negra, porque allá dentro todo se había vuelto negro. Avanzó algunos pasos y se encontró en el dormitorio. No conseguía ver nada, el olor se había vuelto color pescado. Un tenue rayo de luz entraba por el postigo mal ajustado del ventanal. Se acercó y lo abrió del todo. La luz irrumpió y lo primero que vio fue dos estatuas de ébano, de tamaño natural, sobre la cama. Representaban los cuerpos desnudos de un hombre y una mujer, estrechamente abrazados.

TARDE, COMO DE COSTUMBRE

—Tarde, como de costumbre, siempre tarde —chilló Angélica Gammacurta a su marido, que se estaba sentando a su lado después de haber molestado, de vuelta del vestíbulo, a las cuatro personas que lo separaban de su sitio.

El segundo acto ya había comenzado.

—Hace rato que ha empezado el segundo acto —confirmó enfadada la señora Gammacurta—. ¿Te parece de personas civilizadas hacer lo que estás haciendo?

—Me importa un pimiento. Además, ¿qué hará el prefecto, mañana me interrogará como en la escuela? Ya es bastante que haya venido a esta lata de teatro. ¿Los otros te parecen más atentos que yo?

En efecto, apenas entrado en la sala, al médico Gammacurta le había parecido encontrarse en el mercado del pescado después del regreso de las balandras cargadas. La gente, tanto en la platea como en los palcos o en el paraíso, hablaba en voz alta de sus asuntos, importándole un bledo lo que sucedía en el escenario donde los cantantes se estaban quedando sin voz para hacerse escuchar por encima de todo aquel vociferar del público.

—¿Quién fue? ¡No he oído bien! ¿Quiere explicármelo mejor? —preguntaba un señor de la segunda hilera de palcos a un fulano de la platea—. ¿Qué dijo don Simone? ¿Está hablando de Simone Alfano?

Y el fulano de la platea, puesto de pie en medio y dando voces:

—Sí, señor, don Simone Alfano. Dijo —y se refería a lo que había dicho un viejo sentado cinco filas adelante y del que se hacía portavoz— que su nieto Tanino se cortó un dedo en el aserradero.

Era todo un gran condolerse por lutos y desgracias y un complacerse por matrimonios, nacimientos y compromisos. El pueblo, por una vez insólitamente reunido, visto que la ópera no le atraía, había aprovechado la ocasión para intercambiarse hechos y noticias. Gammacurta supo así que el precio de las almendras, como, por lo demás, el de las habas, estaba subiendo, mientras que bajaba el del trigo, que el azufre estaba estable, que la nave de Francia que debía llegar para cargar sal se retrasaba por el mal tiempo que había encontrado cerca de Córcega, que la señora Tabbisi al fin había tenido el suspirado hijo varón, que al perito agrícola Salamone hacía un mes que le habían salido los cuernos, que la hija mayor de los Vinci era inequívocamente una puta y que el capitán Cumella había sido llamado por Dios y que Dios se lo había pensado, según la común opinión, un poco demasiado antes de llamarlo junto a él.

En su palco real, que le correspondía por derecho en ausencia del rey, el prefecto Bortuzzi estaba blanco como el yeso mientras su señora se había puesto roja como un pimentillo. El alcalde Bennici, en cambio, estaba pálido, tirando al amarillo; los únicos del color adecuado parecían ser don Memé Ferraguto, con una sonrisa

peligrosamente ancha, y el capitán de los soldados a caballo, Liborio Villaroel, una pestilente carroña a los ojos de Dios y no sólo de los hombres, sino también de los gusanos. Bortuzzi se agitaba en su butaca dorada con el emblema de los Saboya, parecía que tuviera brasas en el culo, volvía la cabeza ora a la derecha ora a la izquierda, movía las manos como las aspas de un molino y hablaba sin parar ora con el mañoso ora con el representante de la ley de uniforme. A Su Excelencia todo le estaba saliendo al revés, sin necesidad de que aquellos que estaban abiertamente en contra de la ópera hubieran intervenido con silbidos de cabreros y algaradas diversas, de la risotada al pedo. Las cosas estaban saliendo mal porque *Il birraio* caía en la indiferencia general, no atraía. Miró a don Memé y éste abrió los brazos. Contra diez lo habría conseguido, pero ¿contra un pueblo entero?

Una vez sentado, Gammacurta decidió interesarse un poco por lo que estaba sucediendo en el escenario.

La escena había cambiado, ahora representaba el muro exterior de una hostería de campo, ante el cual había mesas, sillas y bancos. Al fondo estaba pintada la vista de un campamento militar y, en efecto, algunos oficiales y soldados estaban delante de la hostería y cantaban.

—¿Quiénes son? —preguntó el médico a su mujer.

—Son soldados ingleses.

—Eso ya lo veo. Pero ¿qué hacen?

—Buscan al hermano gemelo del cervecero. Este gemelo se entendía con una tal Anna, hermana de un capitán de barco. Pero luego se escapó. Me parece que esto acabará en una confusión.

—Explícate mejor.

—Una confusión de identidades. Los soldados que buscan al gemelo arrestarán al cervecero tomándolo por el otro.

Una confusión. Si la historia era como incluso aquella cretina de su mujer, Angélica, pensaba, una ópera semejante no habría podido tener ninguna posibilidad de éxito. ¿Cuál era, en Sicilia, la proporción de cosas que sucedían por confusión respecto de aquellas que, en cambio, acaecían sin confusión de identidades o cosas? Para no salir de Vigáta, y limitándose a los últimos tres meses, Artemidoro Lisca había sido asesinado al ser confundido con Nirino Contrera en una noche sin luna; Turiddruzzu Morello se había casado confundido con Filippa Mancuso, a la que había desvirgado durante la noche, sin percatarse de que no se trataba de su hermana Lucia que, en cambio, era la predestinada; y Pino Sciacchitano había muerto porque su mujer había confundido el veneno para las ratas con el reconstituyente que su marido tomaba después de cada comida. Existía también la duda de que todo este confunde que confunde no fuera un falso confunde que confunde, que no había habido ningún error, que la confusión había sido solamente una coartada, incluso un hábito. Entonces ¿de qué podía reírse por una confusión más falsa que las falsas, gente que,

por el contrario, vivía en la confusión cotidiana?

Gammacurta, después de la reflexión, volvió a mirar hacia el escenario.

Allí estaban un tal Tobia, Daniele el cervecero y su novia, Effy.

Este Tobia quería enseñar a Daniele cómo parecer un verdadero militar, con el porte rígido de quien se ha tragado un palo de escoba, con la cabeza escayolada sobre el cuello y con el paso de quien camina con dos piernas de madera. Tobia imitaba con la voz el sonido del tambor, rataplán... rataplán, pero Daniele no parecía capaz de aprender, mientras que, en cambio, quien estaba dispuestísima a marcar el paso era su novia, Effy, a la que le resultaba fácil, al ser más hombre que mujer. Tobia se alegraba mucho de esta habilidad de Effy:

En un momento lo ha asimilado,
del regimiento parece un soldado.

«Pero entonces —se preguntó Gammacurta, interesado durante un momento es él, Daniele, el que quiere ser confundido con su hermano, el militar. ¿Por qué?»

Se volvió hacia Angélica, que parecía hipnotizada por aquello que sucedía en escena.

—¿Por qué Daniele quiere que lo confundan con su gemelo?

—No lo entendí.

—¿Pero entonces qué coño estás mirando con esos ojos tan desorbitados que pareces completamente hechizada?

—Los vestidos —espetó Angélica.

Ante aquella respuesta Gammacurta sintió que se le revolvía el estómago. Comprendió que no conseguiría quedarse en el teatro hasta el final.

—Me marcho.

—¿Adonde?

—¿Adonde quieres que vaya a esta hora de la noche? Me voy a casa.

—¿Y antes no pasas por tu consulta? —le preguntó Angélica con una sonrisita.

Una provocación, a la cual reaccionó rápidamente.

—No, esta noche no hay nadie que necesite cuidados. Hasta luego.

Se puso en movimiento, pidió disculpas por la molestia a los cuatro que lo separaban del corredor y que esta vez se pusieron de pie mirándolo con mala cara y murmurando imprecaciones. Aún no había conseguido entender cómo había hecho su mujer para enterarse de que desde hacía tiempo tenía una relación con la comadrona del pueblo y de que cuando regresaba tarde a casa diciendo que se había quedado en la consulta era mentira. Al menos dos veces a la semana los muslos frescos y las tetas duras de Ersilia Locuratolo, partera, lo consolaban de su cotidiano sufrimiento, pero eran poquísimos los que estaban al tanto de la historia. Aunque se ve que entre estos poquísimos había habido un cornudo que había informado a la propia mujer, la cual, a su vez, se había apresurado a hablar con Angélica. Pero aquella noche estaba

verdaderamente cansado, sólo tenía ganas de meterse en la cama sin compañía.

Estaba a punto de levantar el pesado cortinaje de terciopelo que ocultaba la puerta de la platea que daba al vestíbulo, cuando una voz altísima superó el parloteo de la sala, el canto de los cantantes, la música de la orquesta, y lo detuvo.

—¡Señor prefecto! ¡Señor prefecto! —invocaba desesperada la voz que provenía del gallinero.

De golpe se hizo un atónito silencio, incluso los cantantes se quedaron paralizados en el movimiento y con la boca abierta, el director se quedó petrificado con los brazos medio levantados.

—¡Señor prefecto! —prosiguió la voz—. ¿Cómo debo comportarme ante esta escena? ¿Hay que reírse? ¿Tengo que reírme? Dígame sus órdenes que yo obedeceré. ¡Háganos saber su pensamiento, señor prefecto!

Gammacurta levantó el cortinaje y lo dejó caer a sus espaldas, sofocando la carcajada del público y los sonidos y las voces de la ópera que continuaba su vía crucis. Sacó del bolsillo el resguardo y se lo entregó al encargado del guardarropa.

—Abrigo y sombrero.

Niní Nicosia, el del guardarropa, que era paciente suyo, se los dio en seguida, sonriéndole.

—¿Cómo te sientes, Niní? ¿Aún te duele la barriga?

—No, señor.

Acercó el rostro al del médico. Dijo despacio:

—Doctor, esté atento.

—¿Atento? —se maravilló Gammacurta—. ¿Atento a qué, a qué cosa?

—Esté atento, doctor —repitió el otro sin explicarse.

El médico se puso el abrigo, se encaminó hacia la gran puerta de cristal y madera del teatro y salió. Pero no había dado ni tres pasos cuando fue detenido por dos soldados armados con mosquetón.

—¿Adonde va? —le preguntó uno de los dos con la típica voz policial que ponía de los nervios a Gammacurta, aunque nunca había tenido nada que ver con la ley y sus representantes. Por eso respondió con descortesía.

—Son cosas mías.

—No puede —dijo el segundo soldado.

Pero ¿qué les pasaba a esos dos gilipollas? Vio con el rabillo del ojo que se estaba acercando otro hombre de uniforme, tenía la graduación de teniente. Saludó correctamente llevándose la mano a la visera.

—Discúlpennos, pero es por orden de Su Excelencia el prefecto. Nadie puede dejar el teatro antes del final de la ópera.

—¿Bromea? —gritó Gammacurta.

—No, señor. O usted vuelve en seguida dentro o me verá obligado a llevarlo a la cárcel. Y, por una nimiedad así, no me parece que merezca la pena pasarse una noche en chirona.

El teniente, estaba claro, no quería complicaciones. Extrañado, el médico se dio vuelta y entró. Niní Nicosia, que había seguido la escena desde atrás de los vidrios, le hizo señas de que mantuviera la calma. Pero una ira ciega hacía temblar a Gammacurta como un árbol bajo una ráfaga de viento. Por fuerza, debía de haber otra salida en aquel teatro de mierda. Impulsado por una especie de instinto y resuelto a no dar el brazo a torcer a los soldados y al prefecto, en vez de regresar a la sala y sentarse en su sitio (entre otras cosas, aquellos a los que debía molestar esta vez seguramente la habrían emprendido a palos), tras recorrer el corredor en forma de media herradura que iba en torno a aquel lado de platea, se encontró frente a una portezuela, la abrió y entró. Daba a un pequeño rellano desde el que salían dos escaleras de madera: una subía al escenario y la otra bajaba al foso. Eligió esta última, no podía acabar en medio de los cantantes, se habría producido otro cuarenta y ocho. Se sentía cada vez más atenazado por una rabia sorda, quería irse a casa y allí se iría. Se encontró en una gran habitación, a duras penas iluminada por alguna lámpara de petróleo: había escenografías enrolladas, cuerdas, viguetas, trajes, yelmos, toneles y sables. En la pared del fondo entrevió una puerta cerrada. Las voces y los pasos de los cantantes le llegaban desde arriba de su cabeza, sofocados. La puerta estaba al final de seis peldaños, los subió, tiró el pestillo y se encontró fuera, en el callejón que estaba detrás del teatro. Sonrió, les había dado por el culo a los soldados y al prefecto. Intentó cerrar la puerta a sus espaldas pero lo consiguió a medias, algo obstaculizaba el giro de los goznes. La dejó ajustada y dio algunos pasos. Fue en aquel momento que una voz gritó:

—¡Detente! ¡Ladrón!

Miró a su alrededor, esta vez verdaderamente asustado. Un soldado a caballo estaba parado en la esquina del callejón y le apuntaba con el mosquetón.

—¡Arriba las manos, ladrón!

Una confusión. El soldado estaba persuadido de que era un ladrón que se había introducido en el foso para robar algo. Sonrió, pero en vez de detenerse y dar una explicación, escapó. Se puso a correr, perdiendo el sombrero y oyendo a sus espaldas los cascos del caballo, que estaban cada vez más cerca.

—¡Detente o disparo!

Siguió escapando con la respiración afanosa, superó la casa de la señora Nunzia y se encontró detrás de ella, en el gran depósito de sal. Entró decididamente en él, pensando que el caballo del soldado no habría podido moverse en aquel mar de sal fina como la arena. De hecho, el soldado no entró, detuvo a la bestia, apuntó cuidadosamente hacia la sombra negra que destacaba sobre el blanco de la sal a pesar de la oscuridad y disparó.

OJALÁ MI PADRE

—Ojalá mi padre o mi madre, o mejor dicho ambos, se lo hubieran pensado un poco antes de traerme al mundo —dijo despacio, como si hablase consigo mismo, Decu Garzía. Hizo una pausa, tomó aire y siguió.

—Lo digo de verdad. En conciencia.

Se habían quedado solos, Traquandi y Garzía, en el despacho de Pippino Mazzaglia. Ante la propuesta de prender fuego al teatro, Niní Prestía se había retirado con cara de indignación y se había hecho acompañar a casa por Cosimo Bellofiore, que era de su misma tajante opinión.

Ahora los dos estaban esperando el regreso de don Pippino, que había ido a buscar aquello que el muchacho romano le había pedido. Ante las palabras de Garzía, Nando Traquandi pareció interesado, pero sólo por simple cortesía hacia el único aliado que le había quedado.

—¿Por qué?

—Porque ni yo mismo sé qué es lo que me coge cuando oigo que hay que montar un cirio, armar follón. ¿Queremos quemar el teatro? ¡Quemémoslo, Decu está listo! ¿Queremos prender fuego al pueblo? ¡Dad una antorcha a Garzía! ¿Queremos mandar a la porra al mundo? ¡Aquí estoy en primera fila! ¿Por qué? ¿Cómo?

¿Por qué motivo? No me importa nada de nada. En cuanto se presenta la oportunidad de causar daño, ruina y destrucción, me pongo inquieto, debo estar también yo.

—¿Me estás diciendo que quieres venir conmigo sin que haya una razón clara para hacer lo que tienes ganas de hacer? ¿No te sostiene otra idea que la de armar bulla?

—Exacto.

—Debo decírtelo de corazón, amigo: a mí no me importa por qué haces una cosa, me basta con que la hagas.

—La hago, la hago, puedes poner los cojones en el fuego. No era para echarme atrás que te he dicho lo que te he dicho.

Entró don Pippino con una lata que apestaba a petróleo en la mano. La posó sobre la mesa, junto con una corta barra de hierro.

—¿Basta con esta lata de petróleo?

—Pienso que sí.

—Entonces, de acuerdo. Mañana por la mañana, mandaré a un sirviente a casa de Decu Garzía con la maleta con sus ropas. Después del hecho, no debe volver a poner los pies aquí.

Traquandi le clavó la mirada.

—Yo sé que usted es un hombre valiente —dijo—. Por tanto, no me echa porque tenga miedo de las consecuencias. ¿Por qué lo hace? Yo tengo una idea: usted me

desprecia.

—Sí —dijo firmemente Mazzaglia.

—¿Se puede saber por qué, o bromea?

—No, no bromeo, imagínese si éste es el momento adecuado. Yo he visto al ejército italiano, en varias ocasiones, y cada vez más a menudo, disparando sobre gente que protestaba porque estaba muriéndose de hambre. Han disparado incluso sobre mujeres y chiquillos. Y yo he sentido rabia y vergüenza. Rabia porque uno no puede quedarse tan pancho viendo matar a personas inocentes. Vergüenza porque yo mismo, con mis palabras, con mis actos y con los años de chirona, he echado una mano para hacer esta Italia que se ha convertido en lo que es, una parte que sofoca a la otra y, si se rebela, le dispara. Por eso, ahora ya no tengo ganas de pasar más vergüenza dando apoyo a personas como usted, que incluso piensan como yo, pero que no tienen escrúpulos de provocar más sangre. Eso es todo. Fin del sermón.

Nando Traquandi se levantó de la silla sin responder, seguido por Decu Garzía.

—¿Tendría un trocito de cuerda?

Don Pippino sacó de un cajón un ovillo de sogas gruesas, lo desenrolló y cortó un largo trozo. Traquandi hizo pasar un cabo por el asa de la lata, lo anudó al otro cabo y se puso la lata en bandolera. Se encaminaron hacia el portón y se pusieron los abrigos. Don Pippino abrió, miró a su alrededor, vio que no había nadie y les hizo señas para que salieran. El tiempo, fuera, estaba desapacible.

—¿Queréis una lámpara?

Garzía estaba a punto de decir que sí, tenía miedo de romperse los cuernos por el callejón lleno de piedras y pozos, pero Traquandi fue más rápido que él.

—No, gracias. Es mejor que vayamos en la oscuridad.

Se marcharon, sin saludar a don Pippino.

Dieron los primeros pasos en silencio. La noche era verdaderamente tan cerrada que era fácil romperse no sólo los cuernos, sino también las piernas. Caminaron todavía un poco, cautelosos, temiendo poner un pie en falso, luego lentamente los ojos se acostumbraron a la oscuridad. Entonces el muchacho romano preguntó:

—¿Hay alguien en el pueblo que venda alcancías?

—¿Qué son? —preguntó atónito Garzía. Ante el estupor de Decu, Nando se puso a hablar de poesía.

La alcancía es un objeto pequeño,
hecho de terracota y casi redondo:
es hueco por dentro y arriba tiene un botoncito,
y una amplia base, para mantenerse derecho.
Hay un corte, justo al lado del capitel:
bastante grande para que la calderilla pase,
aquí los chicos guardan sus ahorros,

cuando les dan propinas.

—Ya entiendo —dijo Decu—. Vuestras alcancías son nuestras huchas, ésas donde los chiquillos ponen las moneditas, la calderilla, como dices tú.

—¿Dónde podemos encontrar estas alcancías?

—Ahora te lo digo. Pero antes quítame una curiosidad. ¿Tú escribes poesías?

Traquandi emitió su risita de tísico, llevándose el pañuelo a los labios.

—Me hubiera gustado, pero no sé. Estos versos son de Giuseppe Berneri, un poeta romano que ha escrito *Mi pataca*. Es él quien me ha dado la idea de prender fuego al teatro. Dice Berneri que cuando en Roma se atacaba el gueto donde estaban los judíos, se cogían las alcancías, se llenaban de pólvora pírica, se ponía una mecha encendida en la hendidura y se arrojaban dentro de las casas de los judíos. Las alcancías se rompían, la pólvora se esparcía y se prendía fuego. Una buena idea.

Se quedaron en silencio, la calleja era muy pestilente y al hablar se distraían.

Blasfemando, resbalando, tropezando, cayendo, tambaleándose y trastabillando, dejaron por fin la callejuela y llegaron a una calle empedrada. Nando se apoyó en una farola apagada para recobrar un poco el aliento. Sudaba, tenía las gafitas empañadas.

—¿Cómo está regulada la iluminación en el pueblo? —preguntó.

Decu respondió en seguida, contento de no haberse partido el cuello durante el descenso.

—En las calles de las afueras hay algunas farolas como ésta, de aceite, en las del centro las farolas son más y funcionan a petróleo.

—¿A qué hora se encienden y apagan?

—Depende.

—¿Qué quiere decir «depende»?

—La contrata de la iluminación la ha ganado un tío mío y por eso te puedo explicar cómo está la cosa. En verano se mantiene encendida hasta tarde, porque a la gente le gusta callejear y pavonearse por ahí, dado que hace calor, en invierno, en cambio, se apaga antes.

—Está bien, estamos en invierno, ¿qué significa ese «antes»?

—Según lo que quieran ganar mi tío y Vanni Scoppola, que es concejal suplente en el ayuntamiento. Voy al grano y me explico. Pongamos por caso que Scoppola necesita pasta, entonces le dice a mi tío: declaremos que las luces se apagan a las nueve y tú, en cambio, las apagas a las siete. Esas dos horas de petróleo no desperdiciado, no consumido, nos las repartimos. ¿Está claro?

—Resplandeciente —respondió Traquandi y sonrió por el involuntario juego de palabras—. ¿Y la iluminación del teatro cómo es?

—De petróleo.

—¿Hay luces fijas? No quiero decir en la plaza del teatro, porque allí hay un montón.

—Hay farolas delante de las casas de los dos médicos, de la comadrona, del

alcalde y del delegado Puglisi.

—Este delegado Puglisi, me ha dicho Mazzaglia, se lleva a muerte con el prefecto, porque Bortuzzi lo ha hecho investigar con la acusación de que protegía el juego de la lotería clandestina.

—Es verdad.

—¿Por lo tanto Puglisi es alguien con quien se puede razonar?

—No me he explicado bien. Es verdad que el prefecto lo ha denunciado, pero también es verdad que Puglisi ha salido limpio. Pero eso no significa...

—¿No significa qué?

—Que Puglisi te deje ir de rositas si quemas el teatro. Sigue siendo un poli, un buen poli. Ésta es la casa de Pitrino, el que fabrica objetos de arcilla.

Traquandi miró la construcción apenas más grande que una caseta de perro.

—Pero él ¿dónde duerme?

—¿Dónde quieres que duerma? Ahí dentro.

—¿Y las cosas que vende dónde están?

—Detrás.

En efecto, en la parte de atrás de la casucha había una pequeña explanada rodeada por una baja empalizada. Saltarla para Decu fue cosa de broma. Cogió con la mano dos huchas de tamaño mediano y se las enseñó a Nando, que dijo que estaban bien. Siguieron caminando.

—¿Cuál es la farola que está más cerca del teatro?

—La de la comadrona.

—Vamos.

Antes de llegar, debieron ocultarse detrás de un carro desenganchado porque estaban pasando dos soldados a caballo de inspección. Pero no fue demasiado peligroso. Luego vieron la luz de la comadrona. Se detuvieron en los márgenes del cono de luz, agazapándose detrás de un portón abierto. Con santa paciencia, Traquandi llenó de petróleo las dos huchas a través de la hendidura por donde entraba la calderilla, luego se arrancó un trozo de camisa que rompió en otros dos trocitos metiendo uno en cada hendidura. Por último, mojó de petróleo los dos trozos de tela que sobresalían.

—Ahora podemos ir allí —dijo.

Se movieron con mucha cautela, porque en la plazoleta delante del teatro oían, aunque no lo veían, que habían quedado soldados de guardia. Cogieron una callejuela paralela al muro lateral del teatro y se encontraron a espaldas del edificio. Aquí no se oía ni veía un alma.

—Ya estamos —dijo Traquandi en voz baja—. Tú ve hacia la derecha. Rompe todos los vidrios de los ventanucos y luego echa dentro la alcancía. Yo haré lo mismo del otro lado. Espera que te la enciendo.

Prendió fuego a la mecha de Garzía y luego encendió la suya.

—De prisa.

Traquandi había roto el primer vidrio con la barra de hierro, intentando hacer el menor ruido posible, cuando oyó la voz sofocada de Decu.

—Nandu, ven aquí, corre.

Traquandi llegó en un instante. Decu le señaló, sin hablar, la puerta medio abierta que daba al foso.

—Dame también tu alcancía —espetó el romano—. Tú, entretanto, rompe todos los vidrios, harán corriente de aire.

Con las dos huchas en la mano y la mecha humeante, Traquandi bajó la escalerita de piedra y se encontró en el foso. Entrevió en un rincón cuatro cestas de trajes y sin vacilar lanzó contra ellas la primera hucha, que se rompió en seguida. En un momento las cestas se prendieron fuego. A la luz más fuerte de aquel principio de incendio, el romano miró a su alrededor con calma. Percibió en otro rincón, apoyados en la pared, muchos rollos con escenografías plegadas. La segunda hucha lanzada con fuerza empezó a transformarlas en gigantescas antorchas. Volvió a subir resoplando los peldaños.

—Larguémonos, de prisa.

—¿Adonde?

—A tu casa, Garzía. Me ha dado hambre y también sueño. ¿Tienes buen vino?

TODOS LO CONOCÍAN

Todos lo conocían como don Ciccio y, por lo demás, él no se oponía a ello, a pesar de que su nombre de pila era Amabile y el apellido Adornato, Amabile Adornato, llamado don Ciccio. Había llegado a Vigáta unos diez años antes de los hechos que ocurrieron en el pueblo por la inauguración del teatro, desde Palermo, donde desempeñaba el oficio de carpintero y se había hecho conocer como un fino artesano.

Al quedar viudo, se había trasladado a Vigáta para estar cerca de su único hijo, Minicuzzo, que era maestro de primaria. Puesto que con su arte en Palermo había hecho bastante dinero, el cual le había permitido dar estudios a Minicuzzo, cuando llegó al pueblo pudo comprar un almacén, una especie de cobertizo donde continuar con su trabajo, y también una casita donde estar solo para no molestar a su hijo, que entretanto se había casado y tenía dos hijos pequeños. Tardó poco y nada en hacerse estimar por su maestría, no sólo en Vigáta, sino también en Montelusa, en Fela y en Sfiacca. De modo que nunca le faltó trabajo.

Don Ciccio tenía una peculiaridad: no sólo había estudiado música, sabía leer el pentagrama, sino que también era capaz de tocar la flauta travesera con la misma maestría con la cual se contaba que sabían tocarla los ángeles cuando el padre eterno les ordenaba que dieran un concertito. Tras hacerse rogar por aquellos que habían descubierto su peculiaridad y capacidad, se había decidido a hacer cada domingo por la tarde dos horas de música para sus pocos amigos verdaderos: el encargado de las admisiones postales, un pescador, el capitán del vapor para Palermo que cada domingo hacía escala precisamente en Vigáta, un aldeano que también sabía tocar la flauta, pero la de caña de los cabreros, y algún otro que, de paso por las inmediaciones del almacén, porque era allí donde don Ciccio celebraba la dominical sonata, tenía ganas de escuchar música.

No había duda de que don Ciccio era una persona que hacía que uno se planteara, si pensaba en ello, algunas preguntas. Sobre todo una: ¿dónde y cómo había aprendido a tocar y a entender tanto de música? Porque no había duda alguna de que en cuestiones de música don Ciccio tenía una gran competencia, muy profunda. Pero él, ante cada pregunta, hacía como la mariquita, que en cuanto la rozas se cierra como una bolita. A lo sumo, si se decidía a abrir la boca, respondía con un monosílabo variable: sí, pero, si, no. Pero el día en que cumplía setenta años y los amigos le habían organizado una fiesta hasta hacerlo emborrachar, el capitán del vapor se lo preguntó directamente:

—Don Ciccio, ¿cómo fue?

Y él, sin que nadie se lo esperase, explicó cómo la música había entrado en su existencia y ya no había salido. Fue un relato bellissimo, que uno se quedaba oyéndolo con la boca abierta y los ojos desorbitados, un relato que parecía de aquellos que se cuentan y vuelven a contar a los chiquillos para que cojan el sueño. Se corrió la voz y,

cada tanto, alguien preguntaba:

—Don Ciccio, ¿cómo fue?

Y don Ciccio, desde aquella vez, ya no ponía reparos en contarlo, embelleciendo en cada ocasión hechos, situaciones, personas y cosas. Así se ganó un mote, un apodo, «Don Ciccio cómo fue».

Una semana antes de que se inaugurase el teatro, era domingo y don Ciccio estaba a punto de llevarse la flauta a los labios para dar inicio a su pequeño concierto, cuando vio entrar en el almacén a todo el estado mayor del círculo Familia y progreso, del marqués Coniglio della Favara al médico Gammacurta, del canónigo Bonmartino al presidente Cozzo. Las sillas no alcanzaron para todos. Don Ciccio se sentía conmovido y honrado, no sabía qué decir ni qué hacer, los miraba a todos con ojos interrogantes. El marqués, el primero en nobleza y patrimonio, comenzó sin perder tiempo.

—Don Ciccio, debe disculparnos por esta invasión, pero tenemos urgente necesidad de su estimada opinión.

Don Ciccio se sintió confundido, hizo dos o tres inclinaciones a los presentes.

—A sus órdenes, señores.

—Don Ciccio, ¿conoce esta ópera que el señor prefecto de Montelusa quiere hacernos escuchar a toda costa? Me parece que se llama *Il birraio di Preston*.

—Sí, señoría la escuché hace unos veinte años, en Palermo.

—¿Qué le pareció?

Se hizo un silencio de tumba, parecía que don Ciccio estuviera tomándose su tiempo. En aquel silencio, sólo el marqués tuvo el valor de apremiarlo:

—¿Quiere darnos su opinión, si no es molestia?

Don Ciccio se agachó hacia el suelo despacio, llevando el brazo izquierdo a la espalda, que le hacía daño, con la mano derecha cogió una viruta de madera y se levantó. Enseñó a todos lentamente la cepilladura, como un prestidigitador o un cura que en la iglesia muestra la hostia consagrada.

—Esta ópera es así —dijo.

Apretó la cepilladura entre los dedos, la desmenuzó y arrojó los diminutos fragmentos al aire.

—Ésta es la consistencia de la ópera.

Al día siguiente por la mañana don Memé llegó a la prefectura de Montelusa a toda pastilla, subió de dos en dos los peldaños, entró furioso en la antecámara y, sin golpear, abrió la puerta y se precipitó en el despacho del prefecto. Bortuzzi, que estaba mirando con una lupa el dibujo del templo de la concordia, casi se asustó y preocupó al ver que Ferraguto tenía media cara sonriente y la otra mitad seria.

—Dioz del cielo, Ferraguto, ¿qué ocurre?

—Ocurre que ese gran cornudo de carpintero de Vigáta, don Ciccio Adornato, no

está de acuerdo. La ópera no le gusta, se lo ha dicho a los del círculo y ahora lo va diciendo a todos.

Su Excelencia se tranquilizó, sonrió.

—¡Venga, Ferraguto! ¡Un 'arpintero! ¿Qué quiere que diga un 'arpintero? ¡No eztamoz en Belén!

—Perdóneme, Excelencia, pero se equivoca. Ese carpintero entiende mucho de música. Mucho, mucho. Cuando habla de música sabe lo que dice. Todos lo escuchan como si fuera la sibila de Cumas.

—¿Ah, zí?

—Sí, señor.

—¿Entoncez qué hacemos?

—Es preciso quitarlo de en medio.

Bortuzzi se puso lívido, las cenizas del cigarro que sostenía en la mano cayeron sobre el chaleco.

—¿Virgen zanta, Ferraguto, qué eztá diciendo? ¡Me ziento un poco abuzado!

Don Memé se lo tomó a mal.

—Nadie quiere abusar de usted, Excelencia.

—Por Dioz, Ferraguto, ¡zin malentendidoz! Entre nozotroz zentirze abuzado quiere decir, como decir, de-zorientado, 'ara a 'ara, Ferraguto: ¿le parece verdaderamente nevezario recurrir a eztoz medioz eztremoz?

—Pero ¿en qué está pensando, vucencia?

Ferraguto al fin reunió la mitad de la cara sonriente con la seria y prevaleció la sonriente.

—Yo decía quitarlo de en medio durante algún tiempo, con el acuerdo de la ley. Vucencia debe hablar con el capitán Villaroel y decirle que haga lo que le pido, sin discutir.

—Zi laz cozaz eztán azi, de acuerdo.

—Un último ruego, Excelencia. ¿En qué punto está el trámite para la concesión de la contrata al comendador Lumia?

Bortuzzi buscó entre las carpetas que tenía sobre el escritorio, cogió un expediente, lo abrió, lo estudió, levantó la *cabeza* y miró a don Memé.

—Ferraguto, recuerdo muy bien ezta contrata.

—¿Entonces?

—La coza ez muy difícil. Ezte Lumia no tiene derecho, ¿zabe?

—Excelencia, hablemos claro. La cuestión está así: el alcalde de Vigáta ya le había concedido la contrata a Lillo Lumia, con quien juega al tres sietes y a la brisca un día sí y otro no. Pero usted ha detenido la adjudicación diciendo que había irregularidades. ¿Correcto?

—Correcto.

—Bien. Ahora querría poder ir donde Lumia y decirle estas exactas palabras: don Lillo, le debo dar una buena noticia. El señor prefecto me ha dicho que está

reconsiderando todo lo referente a la contrata. Ni una palabra más ni una menos.

Bortuzzi siguió mirándolo con perplejidad. Don Memé decidió que había llegado el momento de poner toda la carne en el asador.

—Excelencia, si no le digo así no podré hacer lo que tengo en la cabeza hacer. Don Ciccio, el carpintero, puede continuar enmerdando la ópera y poniendo a los vigatenses en contra de ella. Piénselo bien, Excelencia. A Lumia, sólo le digo que vucencia lo está pensando, y basta: si luego dentro de quince días decide algo distinto de lo que espera don Lillo, entretanto la ópera ya se ha hecho y muchos saludos a todos.

El prefecto dio un profundo suspiro.

—Eztá bien. Pero actúe con 'autela, Ferraguto, por 'aridad.

Tocarle el culo a las gallinas para ver si ponían huevos era el pasatiempo favorito del comendador Lillo Lumia y, en efecto, esto era lo que estaba haciendo en el gallinero de su villa situada en la falda del monte, sobre Vigáta, cuando un sirviente vino a la carrera para decirle que en el patio estaba el tío Memé, que acababa de llegar a caballo. Lumia salió corriendo del gallinero y se lanzó con los brazos abiertos hacia Ferraguto, que estaba desmontando.

—¡Don Memé! ¡Qué alegría!

—¡Comendador reverenciado!

Se abrazaron, luego extendieron los brazos para mirarse a corta distancia sonriendo felices y se abrazaron de nuevo.

—Don Lillo, vengo en persona a traerle una buena noticia.

—No quiero ni oír esa noticia si antes no me hace el honor de entrar en mi casa, refrescarse y beber un vaso de vino.

—Don Lillo, el honor es siempre mío, y grandísimo —espetó don Memé siguiendo a pies juntillas el ceremonial—. Pero debo regresar de prisa. Sólo me hacía gracia venir en persona a darle la buena nueva.

—Escuchémosla, entonces —dijo don Lillo abriendo los brazos resignado porque don Memé no podía hacerle el honor.

—No faltará ocasión —lo consoló don Memé—. La buena nueva es que esta mañana hablé, por casualidad, con el prefecto de su trámite de la contrata. Y lo recomendé, dado que el prefecto me tiene bien considerado. En resumen, que Su Excelencia me ha dicho que le diga que se está replanteando todo el asunto. Tenga, dice, un poco de paciencia y todo se ajustará a su favor.

Lillo Lumia dio literalmente un salto de alegría, se frotó las manos y confesó:

—Había perdido la esperanza.

—¡Nunca hay que perder la esperanza si estoy yo de por medio! —le reprochó dulcemente don Memé levantando un índice admonitorio.

Se echaron otra vez el uno en brazos del otro. Luego don Lillo retomó la ruta marcada por el ceremonial.

—Por nada en el mundo querría ofenderle, don Memé. ¿Hay algo que modestamente pueda hacer por usted o por algún amigo suyo?

—¿Me toma el pelo, don Lillo? No hay ninguna necesidad. Hónreme siempre con su amistad y me sentiré más que pagado.

Había usado el verbo pagar. Esto significaba que don Lillo debía insistir.

—Mi amistad será eterna, de eso ni siquiera se debe hablar. Pero ahora y aquí, ¿qué puedo hacer?

La sonrisa de don Memé se transformó en una carcajada cordial.

—Me está haciendo recordar algo. Sólo si quiere, podría echarme una mano para una tontería, una chanza a un amigo.

—Felicísimo, basta con que se explique.

Y don Memé se explicó. Luego, para estar más seguro, se volvió a explicar.

A las tres de la tarde, mientras don Ciccio estaba abriendo el almacén, vio que llegaba un sirviente de la casa de los Lumia. Don Lillo, al que le gustaba tener su casa bien amueblada, había sido un buen cliente suyo en diversas ocasiones.

—¿Es preciso? —preguntó.

—Sí, señor. Don Lillo quiere que venga a buscar un tanger.

—*Étagére* —corrigió el carpintero.

—Se llame como se llame. Quiere que venga a casa ahora mismo, sin pérdida de tiempo.

—Vaya, ¿qué soy?, ¿el médico?

Dos horas después don Ciccio, ayudado por dos sirvientes de Lumia, cargó con todo cuidado el *étagére* en su carro y se lo llevó al almacén. Había explicado a don Lillo que se necesitaban al menos dos semanas de trabajo. Don Lillo se había declarado de acuerdo.

A las siete de la mañana del día siguiente, don Ciccio, que acababa de abrir, vio entrar en el almacén al teniente Pillitteri, de los soldados a caballo, con dos de sus hombres. Sin mediar palabra, los esbirros lo empujaron contra la pared, mientras Pillitteri iba directamente hacia el *étagére*. Lo abrió, levantó un cuadrillo de madera que escondía un ángulo muerto, metió la mano, tanteó y sacó dos anillos de brillantes y un collar cuya desaparición había denunciado la noche anterior la señora Lumia. Pillitteri le puso las esposas y le hizo atravesar toda Vigáta a pie en medio de dos soldados a caballo.

—¡Ladrón, no! ¡Ladrón, no! —gritaba desesperadamente don Ciccio y lloraba, se sentía morir de rabia y de vergüenza.

EL VIENTO SE LEVANTÓ DE OCCIDENTE

El viento se levantó de occidente, de la zona de Montelusa, un viento irritado porque nunca conseguiría barrer las pesadas nubes que se estancaban sobre Vigáta. Una ráfaga más furiosa que las otras elevó algunos milímetros la tabla de madera, el pesado tablón que el muerto desconocido había echado como puente entre la montaña de sal y el tejado de la casa para alcanzar la vivienda de Concetta Lo Russo, y la dejó caer con un ruido sordo sobre el alero. En el ventanal el delegado Puglisi acabó de mirar el tablón, luego dirigió la mirada al dormitorio y lo que vio lo turbó. El viento había desprendido de las paredes, del suelo y de cualquier otro lugar del cuarto la humareda, el hollín, y ahora un nubarrón de polvo gris flotaba en el aire y daba la impresión de que los dos muertos sobre la cama hubieran recobrado la vida y empezado nuevamente a hacer el amor, moviéndose lentamente. Dejando las persianas abiertas para ver mejor, el delegado cerró los vidrios del ventanal y justo en ese momento el viento se dio por vencido, se calmó de golpe para dar paso a una lluvia densa y cerrada que rebotaba tamborileando sobre el tejado. Puglisi sintió frío, un estremecimiento detrás de la espalda, y otro más, lo hicieron temblar.

Desde la escalera una voz empezó a llamarlo, era la de Agatina.

—¡Delegado! ¡Delegado!

Salió a la carrera del dormitorio atravesó en dos pasos la antecámara y se detuvo en el rellano.

—Estoy aquí, señora Agatina. Suba y preste atención a los escalones.

Cuando la muchacha llegó, jadeando, adonde estaba él, la cogió de la mano y la hizo entrar en la antecámara. Lo primero que hizo Agatina fue abrir bien grandes los ojos y preguntar:

—¿Por qué pintó la casa de negro?

—No es pintura, es el humo que se ha pegado. Es una humareda que intoxica y mata.

Estaba tratando de decirle las cosas con tacto y prudencia, pero Agatina era espabilada y en seguida llegó a la conclusión.

—¿Y mi hermana dónde estaba, en su cuarto?

—Sí.

—¿Dormía?

—Sí.

No era humanamente posible que una criatura desorbitara más los ojos y, sin embargo, ella lo consiguió. Abrió la boca para dar voces. Precisamente esto era lo que Puglisi, por su carácter, no era capaz de soportar, los berridos y las lágrimas de las mujeres. Violenta y repentina, la torta del delegado torció la cara de Agatina hacia un lado e hizo que la muchacha fuera a golpear contra una pared. Simultáneamente Puglisi se le puso encima con todo el cuerpo, aplastándola.

—Cállate. No te menees, no des voces. Quieta, o te doy otra bofetada que te arranco la cabeza. ¿Me oyes? Estáte quieta o te rompo la cara. Mírame, ¿me entiendes?

Aturdida, ella lo miró durante un momento, luego bajó varias veces la cabeza para decir que había entendido, que no se movería.

—Estáte atenta: te llevaré al otro cuarto para que veas lo que ha sucedido, pero tú no hables, no hagas nada.

La giró de cara al muro como si fuera una marioneta carente de vida propia, la abrazó desde atrás por las caderas, la levantó en el aire y la llevó al otro cuarto. Agatina apenas tuvo tiempo de ver las dos estatuas en la cama cuando un ataque de vómito imparable le salió de la boca y ensució los zapatos del delegado. Empezó a pronunciar palabras sin sentido. Siempre sosteniéndola en el aire, Puglisi se la llevó a la cocina, la hizo sentar en la única silla que estaba cerca de la mesa, cogió una jarra de greda, la metió en el ánfora, la llenó de agua y se puso a lavar concienzudamente la boca y la cara de Agatina.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, señor.

—Entonces escúchame: tu hermana murió contenta, en el sueño, mientras hacía el amor. ¿Me escuchas?

—Sí, señor.

—No se dio cuenta de que se estaba muriendo, créeme, no sufrió dolor ni miedo. Te lo aseguro: tengo experiencia en estas cosas.

Ella pareció calmarse, al punto que se levantó de la silla y continuó lavándose la cara, siempre temblando.

—¿Quién es él, lo conoces? —preguntó Puglisi.

—Es uno de los Inclima. El que tiene un solo ojo.

—Si hubiera tenido los ojos abiertos lo habría reconocido —espetó el delegado—. Se llamaba Gaspáno Inclima. ¿Desde cuándo duraba?

—¿Qué?

—¿Desde cuándo estaban liados?

—No estaban liados.

—¿Ah, sí? Entonces ¿cómo me explicas que tu hermana y Gaspáno Inclima estuvieran desnudos en la cama y follando?

—Debía de ser la primera vez, delegado. La primera y última vez.

La primera vez. La primera, después de cinco años de viudedad estrictamente observada, un poco de felicidad pagada con el precio de la vida.

«Pero ¿qué coño de justicia hay en las cosas de Dios y de la tierra?», se preguntó Puglisi sin abrir la boca.

Como si le hubiera leído la mente, Agatina le hizo eco.

—Pero ¿qué justicia es ésta? ¡Ahora mi hermana lo pagará no sólo con la vida, sino también con la honra!

Esta vez se puso a llorar de una manera larga y desolada, tanto más compasiva porque era casi silenciosa, nada de palabras ni de lamentaciones. Cada tanto se sorbía los mocos.

—¿Qué justicia es ésta? —y seguía murmurando—. ¿También la honra?

Puglisi levantó una mano y se la posó sobre el cabello. La mantuvo, sin esbozar una caricia, sólo para hacerle sentir que estaba allí, a su lado. Entonces Agatina hizo una cosa extraña. Se levantó, cogió con la suya la mano que tenía sobre la cabeza, la miró, la vio negra de humo, sucia, se la llevó a los labios, la besó, la volvió a mirar, se la acercó a los labios y empezó a lamerla, largamente, a conciencia, como un perro. Cuando la hubo limpiado completamente, se la puso sobre la cara y la mantuvo presionada con las manos. Estuvieron en silencio, luego Puglisi tomó una decisión.

—Tú quédate aquí —dijo—. No te muevas, incluso si oyes ruido no te dejes llevar por la curiosidad. Te llamaré en cuanto todo esté listo.

Volvió al dormitorio, se acercó a los dos muertos, alargó la mano y tocó los cuerpos. Aún estaban mórbidos y flexibles, se ve que el calor de la humareda había retrasado la rigidez de la muerte. Se quitó la chaqueta, los pantalones y la camisa: se quedó en calzoncillos y camiseta de lana. Dio un profundo suspiro y se puso a trabajar.

Volvió a la cocina cuando no había pasado ni media hora, se detuvo al lado de Agatina abotonándose la camisa y después la obligó a levantar la cabeza cogiéndola por debajo del mentón.

—Lo arreglé todo —dijo—. Anímate y ven conmigo. Debes decirle a todos lo que ahora verás, debes contar que estaban así apenas has entrado.

La mujer se levantó pero se volvió a sentar en seguida, le fallaban las piernas y no conseguía mantenerse erguida. Agarrándola por debajo de las axilas que sintió mojadas de sudor, Puglisi la puso de pie, la giró y la empujó hacia el cuarto, forzándola a caminar a pesar de que a Agatina le parecía que sus piernas, de requesón, se habían vuelto de madera.

—Mira —dijo sencillamente, pero manteniéndole, de todos modos, una mano delante de la boca.

En el cuarto la escena había cambiado por completo. Concetta estaba en la cama, ya no desnuda sino en enaguas. Era como si estuviera durmiendo tranquilamente. El muchacho, en cambio, estaba estirado en el suelo, completamente vestido, los pies vueltos hacia el ventanal y un brazo encima de la cama. Estaba de cara a tierra.

—¿Lo ves? Recuerda lo que estás viendo —dijo el delegado con los labios dentro de las orejas de Agatina—. El muchacho, que estaba de paso, se percató del incendio y al no poder entrar por la puerta principal de la casa, porque había fuego, tuvo la buena idea de entrar por la parte de atrás. Echó una tabla entre la montaña de sal y el tejado, trepó, saltó sobre el ventanal, abrió las persianas que tu hermana había dejado ajustadas y entró en el dormitorio, pero lo cogió de lleno la humareda. Le faltó el aire,

cayó, por desgracia, por culpa del viento, los vidrios se cerraron, el cuarto volvió a quedar estanco y el muchacho se ahogó. ¿Lo has entendido todo? Te lo explico mejor: Gaspáno no estaba follando con tu hermana, vino a parar a este cuarto sólo porque quería salvarla. ¿Has entendido? ¿Puedo estar tranquilo?

Ella no respondió, Puglisi se preocupó y pensó que aquélla no estaba bien de la cabeza.

—Escúchame. Si no has entendido lo que te he dicho y cuando te lo pregunten dices algo distinto, a mí me joden la carrera. Estoy haciendo todo este teatro sólo porque me parece justo y, además, porque tú me lo has pedido.

Agatina volvió la cabeza de golpe y le mordió los labios hasta hacerle sangre. Instintivamente Puglisi la dejó, sorprendido. Entonces fue ella la que lo aferró por los brazos y lo empujó hacia la cocina. —¡Ven aquí! ¡Ven aquí!

Temblaba, pero desde dentro, como hacen a veces los gatos. En la cocina, se estiró sobre la mesa y tiró hacia sí a Puglisi sujetándolo por las solapas de la chaqueta.

—¡Por favor! ¡Por favor! —imploró con la respiración afanosa.

—No —dijo Puglisi e intentó hacerle abrir las manos. Lo consiguió, pero fue peor, porque Agatina, dejada la presa, le apretó los brazos detrás de la nuca, jadeando —. Déjame —espetó Puglisi, que sentía que le temblaban las piernas y no sólo por la posición en que se encontraba.

Ella empezó a besarle en la cara y en el cuello, como un ave cuando come: un picotazo, la cabeza atrás, otro picotazo, la cabeza de nuevo atrás.

—Por favor —dijo Puglisi.

—No —respondió ella—. No.

—Ahora llamaré a Catalanotti y te haré acompañar a casa —dijo Puglisi—. Tú, entretanto, arréglate.

Agatina, después del asunto entre ellos dos, que se habían mordido y arrancado la piel a arañazos y se habían caído de la mesa al suelo mientras seguían follando, parecía un poco más calmada.

—Está bien —dijo.

Puglisi fue al descansillo y llamó a su hombre de guardia. Catalanotti llegó disparado, sentía curiosidad por todo aquello que había podido suceder desde que el delegado y luego la mujer habían subido a la casa. Había pasado mucho tiempo. Apenas vio a los dos muertos, se puso lívido, el color que tenían en la cara y en las manos le impresionó, parecían falsas marionetas.

—¡Oh, coño!

Luego miró a la cocina y vio a Agatina con la cabeza entre los brazos apoyados en la mesa.

—El muchacho, que aún no sé quién es —explicó con calma Puglisi—, ha intentado salvar a la viuda pero ha muerto ahogado por el humo.

—¡Pobrecitos! ¡Pobrecitos los dos! —se apiadó Catalanotti, que entretanto no dejaba de mirar en torno con los ojos del buen poli que era. Había algo que no lo convencía, pero no sabía qué.

—Sí. El muchacho ha sido valiente pero desafortunado, ha puesto un tablón entre la montaña de sal y el tejado de la casa, ha subido, ha roto el vidrio para abrir el ventanal...

—Alto ahí —intimó Catalanotti en voz baja.

—¿Por qué? —preguntó maravillado el delegado.

—Porque todos los vidrios están sanos. Si están sanos no podía entrar en el cuarto, a menos que la mujer le hubiera abierto desde el interior.

Puglisi se sintió como un chiquillo descubierta diciendo una mentira, si no hubiera sido por aquello que había hecho con la mujer, no se hubiera dejado pillar desprevenido como un principiante.

—Eh, sí... —espetó empachado—. Entonces ¿cómo se explica?

—No hay problema —dijo Catalanotti—. Se explica así.

Dio cuatro pasos, esquivó al muerto, llegó a la altura de los vidrios, los abrió, salió al ventanal bajo el aguacero, un verdadero diluvio, sacó del bolsillo un gran pañuelo a cuadros rojos y blancos, envolvió en él la mano derecha, dio un puñetazo al vidrio más cercano a la manilla haciendo de modo que los trozos cayeran todos hacia el interior y entró en el cuarto.

—Continúe, delegado —dijo socarrón—. Ahora su discurso funciona que es una belleza.

Puglisi no tuvo tiempo de volver a hablar porque Catalanotti, cambiando de idea y poniéndose sombrío, había salido de nuevo fuera, al ventanal, y clavaba la vista en un punto de la montaña de sal.

—¿Qué pasa? —preguntó Puglisi saliendo también bajo el chaparrón.

—Allá —espetó Catalanotti indicando un lugar a media altura de la montaña—. Allá. Lo he visto antes con el rabillo del ojo y no le he prestado atención. Después me he dado cuenta. Mire.

Puglisi observó hacia el punto que el otro le indicaba con el brazo tendido. En medio del blanco ence-guecedor de la sal, se destacaba una especie de bola de color rosa y negro.

—Antes no estaba —dijo Puglisi.

—¿Antes cuándo?

—La primera vez que me asomé desde aquí no estaba. Se ve que la lluvia la está haciendo asomar, la está poniendo a la vista. ¿Qué crees que es? —pero dado que ya sabía la respuesta, comenzó él—. En mi opinión...

—Es una cabeza, delegado. Es la cabeza de un cadáver —afirmó Catalanotti—. La cabeza de un cadáver puesto en salmuera.

Mientras Catalanotti, antes de acompañar a casa a la señora Agatina, que le parecía extrañamente tranquila dada la desgracia, pasaba por el despacho y le decía a

su colega Burruano que corriera donde el juez de primera instancia para advertirle el descubrimiento, el delegado Puglisi, que no se esperaba esta nueva faena, empezó a subir la montaña bajo el diluvio.

Se llenó de salmuera, que le había entrado bajo la ropa, de la cabeza a los pies, las mordeduras y los rasguños de Agatina le quemaban como fuego, resbaló varias veces hasta la base de la montaña, recomenzando siempre la subida, cada vez más difícil, los ojos le lagrimeaban por la sal, pero al fin consiguió llegar a tiro de la cabeza. Reconoció al médico Gammacurta.

—¡Doctor! ¡Doctor! —llamó, sin esperanza.

En cambio, se produjo una especie de milagro. Gammacurta abrió los ojos, lo miró fijo y lo reconoció.

—¿Ah, es usted? —articuló con dificultad pero claramente—. Buenos días.

Ladeó la cabeza, cerró los ojos y murió.

Puglisi lo escudriñó: no se veía ninguna señal de herida. Entonces se puso a raspar la sal en torno a la cabeza y al pecho y al fin vio asomar una pasta rosa, hecha de agua, sal y sangre.

AL DISPONERME A DESCRIBIR

«Al disponerme a describir los acontecimientos, verdaderamente dolorosos, que tanto daño y revuelo han acarreado a la ciudadela de Vigáta, dependiente de la provincia de Montelusa, provincia en la que indignamente ocupó el cargo de representante de la Prefectura del Estado, tengo la obligación de recordar a Vuestra Señoría Ilustrísima cuál ha sido siempre mi sentir en relación a los problemas que afligen a Sicilia. Entre los prefectos de esta isla que en agosto pasado fueron consultados, en especial entre los cuatro reunidos en Palermo, no fui, desde luego, de aquellos que por mayoría se manifestaron favorables al mantenimiento de los medios ordinarios para obtener la tan en vano deseada y buscada pacificación de esta isla. Puesto que, valiéndome de la experiencia que me fue transmitida por mi predecesor en el cargo, el iluminado comendador Saverio Foá, que durante tanto tiempo rigió los destinos de esta provincia, me veía, desesperado, en el caso de verificar que la misma era en todo igual a cuanto me había contado, después de haber decepcionado las fatigas y arruinado la reputación de tantos hábiles y celosos funcionarios mandados a gobernarla. Por consiguiente, Vuestra Excelencia, que conoce perfectamente mi pensamiento y que en su calidad de ministro del Interior ha querido abrumarme con tan alto cargo, no se maravillará si yo, que conozco de manera directa e indirecta la perversión moral de esta población, para la cual las ideas de justicia, honestidad y honor son letra muerta, y que, por ende, es rapaz, sanguinaria y supersticiosa, soy de la opinión, como muchos otros, de no renunciar a ninguna de las leyes restrictivas extraordinarias que el Gobierno puntualmente propone sin ponerlas, no obstante, en ejecución con la debida y necesaria firmeza.

»El caso ocurrido precisamente ayer en Vigáta es una confirmación, aunque sea penosa, de cuanto desde hace tiempo estoy pensando, porque, aparte de cualquier otra consideración, lo que ha sucedido con ocasión de la apertura al público del nuevo teatro de Vigáta, es una verdadera sublevación popular, azuzada por unos pocos facinerosos, contra mi persona de representante del Estado. Se ha tratado, por más que se pueda decir y sostener otra cosa, sólo con vanas habladurías, de un movimiento sedicioso puesto en marcha para revolucionar y derrotar a la Autoridad del Estado en esta provincia siciliana. Paso al hecho puro y simple, que valga con toda la fuerza de su verdad.

»Cuando tomé posesión de mi alto cargo, el teatro de Vigáta ya había sido casi edificado, sólo faltaban algunos embellecimientos de poca monta. A mí me correspondía la designación de los miembros del Consejo de Administración: decidí nombrar a dos personalidades de Vigáta y cuatro de Montelusa, pareciéndome que la cercanía de la capital de provincia con seguridad habría contribuido a la prosperidad del teatro mismo de manera, desde luego, superior a cuanto los vigatenses, gente escasamente interesada en las cosas del arte, habrían podido hacer. Conocida la

composición del Consejo, los dos miembros de Vigáta dimitieron de inmediato, aduciendo razones miserablemente pueblerinas. Con el fin de evitar perjudiciales retrasos y vanas diatribas, sustituí a los dos miembros designados de Vigáta por dos probas personalidades de Montelusa. El Presidente del Consejo de Administración, marqués Antonino Pió di Condó, persona de elevado sentir y de exquisita sensibilidad, un día tuvo a bien preguntarme si tenía alguna sugerencia sobre la ópera a elegir para la velada de inauguración, velada que habría tenido, desde luego, un carácter solemne. Entonces se me ocurrió mencionar, del todo casualmente, un título, el de *Il birraio di Presión*, ópera de la que había disfrutado en mis años juveniles y, para ser exactos, en su primera ejecución triunfal ocurrida en Florencia en el año 1847. Mencioné ese título, desde luego, no por razones personales, sino porque consideraba que esa ópera, en su vaga ligereza, en su simplicidad de palabra y de música, era adecuada para la retardada comprensión de los sicilianos, y de los vigatenses en particular, de cualquier suprema manifestación artística. Se trató, insisto, de una simple sugerencia, pero el marqués, buen patriota y conocido representante del partido del Gobierno, lo interpretó, erróneamente, como una orden, orden que, en verdad, no estaba en posición ni tenía la intención de dar. Algunos componentes del Consejo de Administración, francmasones y mazzinianos conchabados con francmasones y mazzinianos de Vigáta, al saber que la sugerencia provenía de mí, se opusieron resuelta y denodadamente, haciendo correr de mala fe la voz de que se trataba no de mi humilde opinión sino de una orden precisa. El marqués Antonino Pio di Condó, humillado por la vil acusación de que era un hombre dispuesto a doblegar la espalda ante las Autoridades, dimitió irrevocablemente. En su puesto fue elegido el comendador Massimo Pero, persona sensata y equilibrada. Entonces fue el profesor Artidoro Ragona, miembro del Consejo, el que repropuso la ópera, que entretanto había tenido ocasión de apreciar durante una estancia en Nápoles.

Esto sucedió, es bueno repetirlo, sin ninguna intervención mía. También sobre éste se empezaron a decir maledicencias, sosteniendo una relación no casual entre la propuesta del comendador Pero y la victoria obtenida por su hijo, el doctor Achille Pero, en la oposición para primer secretario de la Prefectura de Montelusa. En este punto debo declarar con firmeza que el merecido éxito del competente joven Achille Pero es del todo ajeno al interés del señor Emanuele Ferraguto, como malévolamente se ha querido hacer creer. Ferraguto, persona de altos sentimientos, de notables dotes sociales, de ánimo generoso...»

«Al señor prefecto Bortuzzixcelencia

»Montelusa

»Querido prefecto, tú eres un gran capullo. ¿Por qué no vuelves a Florencia? Tú no eres un prefecto sino un tonto que apestas y un asesino. Tienes tres muertos sobre las espaldas por el

fuego del teatro. Tú eres el peor delincuente. No tienes conciencia.

Firmado: un ciudadano.»

*«A Su Excelencia Bortuzzi, prefecto de Montelusa
»No nos des la tabarra a los vigatenses. La ópera que tú
quieres no se hará. Déjalo, es lo mejor para ti.*

Los vigatenses.»

«Hijos míos, mis queridísimos feligreses en el Señor. Como el de Jesús clavado en la cruz, también mi costado está perdiendo en estos días más hiel que sangre, creedme. Un consejo municipal ateo y blasfemo ha hecho erigir en esta ciudadela laboriosa y honesta de Vigáta un teatro y mañana lo abre con la representación de una ópera. ¡No vayáis, hijos amados! ¡Porque en el instante mismo en que vuestro pie entre en esa construcción, vuestra alma estará perdida para la eternidad! Vosotros quizá no creáis lo que está diciendo vuestro viejo párroco, vosotros, desde luego, pensaréis que estoy bromeando o que me he vuelto gaga. Quizá sea cierto que ya no estoy del todo bien de la cabeza, pero no hablo con mis palabras, sino con las palabras de gente que tiene más cabeza que yo y que todos vosotros juntos. Os digo y os repito: ¡el teatro es la casa preferida del diablo! San Agustín, que también había llevado una vida perversa y malvada, que iba a los burdeles con mujerzuelas corruptas y se emborrachaba como una cuba, san Agustín, digo, cuenta que una vez en Cartago, que es un pueblo que está aquí cerca, hacia África, una vez entró en un teatro y vio la representación de mujeres y hombres desnudos que hacían cochinas y cuando volvió a su casa, no pudo coger el sueño en toda la noche, ¡de tan amargado que estaba! También os quiero contar una cosa que cuenta Tertuliano, que no es una cagadita de cabra sino una cabeza así de grande. Cuenta Tertuliano que una vez una mujer devota, honesta y buena madre de familia, se empeñó en ir a toda costa al teatro. Ni marido, ni padre, ni madre, ni hijos pudieron evitarlo. La mujer testaruda miró el espectáculo, pero cuando salió ya no era la misma. Blasfemaba, decía palabrotas, quería que cada varón que encontraba se la tirase en plena calle. Por la fuerza marido e hijos se la llevaron a casa y llamaron a un cura de prisa. El cura bañó a la mujer con agua bendita y dijo al diablo que saliera fuera. ¿Sabéis qué respondió el diablo?

»—Tú, cura, ¡no te metas en mis cosas! ¡Cogí a esta mujer porque ella de su voluntad vino a mi casa, que es un teatro!

»Y la mujer murió condenada porque el santo cura no pudo hacer nada. Y vosotros, feligreses míos, ¿queréis dejaros atrapar por el diablo? ¿Condenaros el alma? ¡El teatro es la casa del diablo! ¡Es el lugar del diablo! ¡Y ese lugar merece el

fuego que Dios lanzó contra Sodoma y Gomorra! ¡El fuego! ¡El fuego!»

«Reverendísimo canónigo

»G. Verga - Catedral - Vigáta

»Ayer estuve en la iglesia oyendo su sermón contra el teatro. Y se me ocurre una pregunta: ¿la mujer que usted ha tenido en la parroquia y en su cama durante veinte años y de la cual incluso ha tenido un hijo varón de nombre Giugiuzzo, de quince años, a qué categoría de puta pertenece? ¿Mujer de teatro, mujer de Sodoma, mujer de Gomorra o simple zorra?

Un feligrés que cree en las cosas de Dios.»

«...y en relación a la compañía de soldados a caballo, empleada en Vigáta por S. E. el prefecto Bortuzzi para su ilegal represión, mi opinión sólo puede coincidir con la de la mayoría del pueblo siciliano que estima a tal cuerpo conchabado desde siempre con la mafia y con la mala vida de los campos. En una situación ya de suyo delicada, la intervención de la compañía de soldados a caballo ha excitado aún más los ánimos de los vigatenses, que la han reputado como un atropello añadido, dado que ni el Ejército, según las órdenes que tan claramente me ha impartido usted, señor teniente general Casanova, ni las fuerzas policiales, representadas en el pueblo por el delegado Puglisi, hombre de recto proceder, según la opinión unánime, ni aún menos el Arma de los Reales Carabineros, desde hace tres días prudentemente acuartelados por orden del mayor Santhiá, su comandante, habían participado en el servicio de orden considerado indispensable por el prefecto.

»No es mi deber expresar un juicio sobre la actuación de Su Excelencia Bortuzzi antes y durante los dolorosos acontecimientos de Vigáta.

»Pero no puedo dejar de señalar que junto al prefecto se ha encontrado siempre una persona, un tal Emanuele Ferraguto, que la Benemérita ha propuesto varias veces para el confinamiento policial, que nunca ha podido llevarse a cabo por expresa voluntad del prefecto y de la magistratura local.

»Le hago presente, además, aunque la cuestión no es de nuestra competencia, que al mismo Emanuele Ferraguto se le ha concedido, por directa intervención del prefecto ante el comisario en persona, el permiso de portación de armas.

»Coronel Armando Vidusso - Comandante de la Plaza militar de Montelusa.»

«A S. E. doctor Vincenzo Spanó

»Presidente del Tribunal de Montelusa»

¿Sabe usted que el empresario de la ópera Il birraio di Presión, que será representada pasado mañana en Vigáta, es el señor Pilade Spadolini, hijo de una hermana del cuñado del

prefecto Bortuzzi? Suficiente para tomar las debidas providencias.

»Un grupo de leales habitantes de Vigáta.»

«A Su Excelencia el prefecto Bortuzzi

»Prefectura de Montelusa

»Confidencial

»Habiéndome llegado esta mañana a Vigáta para un reconocimiento ocular sobre dónde disponer mejor el servicio de orden para la velada de mañana, he tenido ocasión de percatarme de que algunas de las paredes de los edificios que daban a la avenida estaban embadurnadas con la siguiente pintada, repetida varias veces:

No lo dejemos prefectar

mandémoslo a cagar

»He deducido, por tanto, del (primer) verbo que la injuriosa pintada tenía como objeto a su Excelentísima Persona.

»He dispuesto, pues, que dieran una mano de albayalde sobre las vergonzosas pintadas.

»Devotísimo de Su Excelencia —Villaroel.»

«Al señor comisario doctor caballero» Everardo Colombo - Montelusa

«Excelencia, esta mañana he recibido su nota en la que me ordena un preciso y detallado informe sobre los hechos ocurridos ayer por la noche en Vigáta. Para una indagación seria y escrupulosa necesitaré al menos una semana. Como usted sabrá los muertos confirmados hasta el momento son tres (dos como consecuencia del incendio, uno por disparo de arma de fuego). Los heridos son veinticinco entre quemados y gente incluso gravemente contusionada durante la disputa ocurrida en el teatro. Pero la cuestión, en mi humilde opinión, no afecta tanto a la indagación como al modo de exponerla. Necesito, por tanto, su previa e indispensable orientación, dado que la cosa parece a simple vista muy complicada, al punto de poder perjudicar a Altas Autoridades del Estado. Siempre fielmente a sus órdenes.

»Delegado Puglisi.»

«Al delegado Puglisi

»que manda la bofia de Vigáta

»Eres un hombre de mierda que se aprovecha de las mujeres.»

«A Totó Pennica - Vigáta

»Cerca de la escuela - ese que hace de pescador, Totó, tu cuñada era una puta que ha muerto quemada sobre un hombre también él quemado en la casa. Tu mujer, a la que tú cada tanto das una paliza, y haces bien, es tan puta como su hermana. De hecho, en la mañana que fue a casa de su hermana y la encontró quemada con un hombre en casa, ¿por qué en vez de dar voces y de desmayarse como hacen todas las mujeres del mundo, se quedó callada y estuvo dos horas encerrada en el cuarto con el delegado?

»Un amigo que te quiere.»

¡OH QUE HERMOSO DÍA!

—¡Oh qué hermoso día! ¡Qué cielo de primavera! —exclamó en voz alta, tras correr las cortinas del dormitorio, Everardo Colombo, comisario de Montelusa.

En los nueve meses que llevaba en la isla casi siempre había llovido, ora diluviando como en los tiempos del arca de Noé ora rociando tan fino que parecía agua de hisopo. La cosa lo había fastidiado mucho, pese a que en Milán la lluvia era algo familiar. Eso es: en Montelusa el agua del cielo parecía completamente ajena, las casas, los campos, los hombres y los animales mismos se veía que estaban hechos para disfrutar del sol y de la luz.

Miró hacia la cama donde dormía la señora Pina, saboreó con ojos deseosos las colinas y los vallecitos que el cuerpo de su mujer hacía bajo la manta. Decidió intentarlo: si por un milagro su propósito tenía éxito, disponía de una media horita antes de descender al piso de abajo, donde tenía su despacho. Se sentó al lado de la cama, a la altura de la cara de su mujer, le hizo una caricia ligera sobre la mejilla como si el dedo fuera una pluma, un soplo de viento.

—¡Pina! ¡Cielo!

La señora, que hacía un cuarto de hora que lo observaba disimuladamente, fingió despertarse con estudiada lentitud, abrió un ojo, miró durante un momento a su marido, frunció aquellos labios que se la habrían puesto dura a un muerto y se volvió del lado opuesto sin decir palabra. A causa de aquel movimiento, de aquel levantarse y bajarse de la manta, llegó a la nariz del comisario un olor a mujer tan fuerte que lo hizo sudar.

—¡Por favor, cariño! —espetó Everardo con apropiada voz de cama.

—¡Maricón!

El comisario no hizo caso.

—¡Vamos, querida, levanta la cabeza! ¿No oyes el péndulo? ¡Son las nueve y tú aún estás en la cama!

—¡Cagón!

Una vez más el comisario fingió que no pasaba nada, se inclinó a rozarle una oreja con los labios. Esta vez la señora volvió un poco la cabeza hacia él.

—¡Mátate, estúpido patán!

A pesar de la clara oposición de la señora, Everardo decidió hacer un último intento. Empezó a acariciar el amplio trasero de la mujer que se le ofrecía por completo, primero con la mano ligera, luego cada vez más pegada, despacio como el camino de un caracol.

—¡Alma, mi alma!

—Ése es el culo, no el alma —afirmó con frialdad la señora Pina sacándose con un golpe de cadera la mano de la grupa.

—¡Me lo merezco! ¡Me lo merezco, sí, por haberme casado con la hija de una

lavandera! —declaró airado el comisario poniéndose de pie. Y por si fuera poco añadió—: ¡Voy a mear!

Salió del dormitorio dando un portazo. En el retrete, quizá porque se encontraba en el escaso espacio de un cuartito, su rabia pareció crecer en proporción inversa. Empezó a golpear la pared. La cuestión con su mujer duraba desde hacía unos diez días, desde cuando le había comunicado que ellos dos no irían a la inauguración del nuevo teatro de Vigáta.

—¿Por qué?

—¿Qué te importa? Tengo mis razones.

—¿Cómo? ¡Me he hecho un vestido aposta! ¿Lo comprendes, desgraciado?

—Tú no entiendes nada, Pina. Esta historia que el prefecto tiene con la gente de Vigáta no me gusta nada. ¡Más vale estar lejos de sus persecuciones e intrigas! ¡Bortuzzi está loco! Con él, hagas lo que hagas, estás siempre entre la espada y la pared. Déjalo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y basta.

La señora, que estaba sentada dándose brillo a las uñas, se había levantado despacio. Con el índice de la mano derecha había señalado aquel sitio de su cuerpo donde Everardo Colombo encontraba, dos veces por semana, el oro, la mirra y el incienso.

—Esto es mío —había dicho doña Pina, alta, firme y terrible como un oráculo—. Y no te lo daré nunca más. Por mí, de ahora en adelante, puedes quedarte con los cojones al aire.

Y había cumplido con su palabra.

El enojo del comisario empezó a evaporarse mientras bajaba la gran escalinata que lo llevaba de la cuarta planta de la Jefatura de Policía a la tercera, donde estaban esperándolo coñazos, es verdad, pero también los símbolos tangibles de su poder, de aquello que había sabido conseguir en el transcurso de pocos años.

—Buenos días, caballero —lo saludó a los pies de la escalinata el agente Alfonso Salamone, asignado al servicio de protección de los apartamentos privados del comisario por dos razones: primero, porque tenía las piernas destrozadas por algunos tiros de mosquetón que un fugitivo le había disparado y, segundo, porque la señora Pina desde hacía seis meses se había empeñado en quererlo a él y sólo a él de centinela. En efecto, la señora sostenía que, quién sabe por qué, con Salamone estaba segura de que ningún malintencionado lograría entrar en su vivienda.

—¿Pero quién quieres que venga aquí? ¡Un ladrón en la jefatura, figúrate!

No había habido manera, quería a Salamone y había tenido a Salamone.

—¿Cómo van las piernas, Salamone?

«¿Y tus cuernos?», habría querido preguntar a su vez el agente, pero se contuvo.

—Hoy mejor, caballero.

En el rellano, giró a la derecha, donde estaban la antecámara, la secretaría y su grandísimo despacho. Cinco o seis personas, que desde el alba esperaban a ser recibidas, apenas lo vieron aparecer se levantaron e inclinaron.

—Buenos días, Excelencia —espetaron a coro.

Colombo levantó la mano con tres dedos abiertos, no se sabe si para saludar o para bendecir paternalmente, entró en la secretaría, donde no había nadie, y empujó la puerta entornada de su despacho. Lo cogió de lleno un golpe de luz, las cortinas del amplio ventanal habían sido abiertas, el sol se derramaba desde las vidrieras.

—¡Qué mañana tan espléndida!

—Si no se estropea, caballero.

El tono de voz y la frase de su primer secretario, el doctor Francesco Meli, siempre vestido de negro, siempre con la cara como si toda su familia hubiera sido borrada por un terremoto el día anterior, de pie al lado de su escritorio, le hicieron desistir de continuar su himno al día. ¿Aquel hombre que parecía el compendio del día de los muertos, se refería al tiempo o aludía a alguna mala noticia?

—¿Qué pasa? —preguntó el comisario sentándose y cambiando de expresión.

—En Fela alguien a quien nadie ha reconocido ha entrado en la sede del círculo local y ha disparado, matándolo, contra Nunzio Peritore, de profesión agrimensor, sin antecedentes penales, que estaba jugando al tres sietes y a la brisca con otras tres personas.

—¿Me está diciendo que los otros no han reconocido al que lo mató?

El primer secretario dio un profundo suspiro antes de responder, parecía que un sufrimiento aún mayor que el habitual lo apenaba.

—Caballero, uno estaba agachado debajo de la mesa porque se había dado cuenta de que tenía el cordón del zapato suelto y se lo estaba atando, el segundo recogía, siempre debajo de la mesa, una carta que se le había caído al suelo y al tercero, justo en aquel momento, se le había metido una mosquita en el ojo.

—¿Una mosquita?

—Un mosquito, caballero.

—¿Todos sicilianos, los jugadores, eh?

—No, caballero. El del zapato desatado se llama Giulio Vendramin, es veneciano y viajante de comercio.

—¿Algo más?

Meli exhaló otro angustiado suspiro.

—El delegado Puglisi de Vigáta nos ha señalado la presencia en el pueblo del peligroso republicano romano Nando Traquandi, para el cual hay una orden de búsqueda y captura emitida por el ministerio.

—Ese hijo de puta de Mazzini ha sido detectado en Nápoles. Se ve que quiere venir a la isla para armar revuelo y entretanto manda a alguien de avanzada para estudiar el terreno. ¿Puglisi ha descubierto quién da acogida a Traquandi?

—Sí, señor. Vive en casa de don Giuseppe Mazzaglia, quien, desde luego, no

oculta lo que piensa.

—Diga a Puglisi que los arreste en seguida, a Traquandi y a Mazzaglia. Que los saque de circulación.

Meli pareció precipitarse en un abismo de desesperación.

—¿Qué pasa, Meli?

—Mire, caballero, don Pippino Mazzaglia no es un pobre diablo. Es alguien a quien toda Vigáta se estima. Es un hombre siempre dispuesto a darlo todo para hacer el bien. Nos ganaremos la enemistad de toda Vigáta. En Vigáta no son buenos tiempos, estos días, gracias al prefecto Bortuzzi. ¿Queremos crear otra línea de fuego? ¡Entretanto se podría arrestar sólo a Traquandi!

—Ése no es el problema —afirmó pensativo el comisario.

Se levantó, se puso la mano en el bolsillo, se acercó a la vidriera y se bañó de sol.

—Hagamos así —dijo luego volviéndose—. Diga a Puglisi que arreste a Traquandi al día siguiente de la puesta en escena de la ópera en Vigáta. Al día siguiente, ¿me he explicado bien?

—Clarísimo —espetó Meli—. Pero, si me permite, ¿por qué al día siguiente? Quizá sea tarde, quizá se haya desplazado a otro pueblo y lo perdamos de vista.

—¿Tarde? ¡Craso error! Los vigatenses son muy parlanchines, si les damos otra ocasión, armarán más bulla. Repita: ¿qué le he dicho?

—Arrestar a Traquandi al día siguiente de la puesta en escena de la ópera en Vigáta. Por ahora no tocar a don Pippino Mazzaglia.

—Muy bien. ¿Hay algo más?

—Sí, caballero. Pero permíteme la insistencia: ¿por qué hacer arrestar a Traquandi dentro de tres días?

—Tú no entiendes ni jota —cortó el comisario.

Hacia las diez de aquella misma mañana delante del agente Salamone se presentó Tano Barreca, joven representante de la palermitana casa de perfumes y cosméticos La parisienne.

Venía una vez cada quince días, desde hacía seis meses a esta parte.

—¿Puedo subir? ¿La señora está sola en casa?

—Está en casa, sube.

—Te lo ruego, en caso de peligro, silba.

—Silbo, silbo, ve tranquilo y seguro.

El eventual silbido acordado con Salamone, que era perfumadamente pagado por la señora Pina, habría ahorrado tanto a la comisaría como al muchacho Barreca una escena por lo menos embarazosa.

El encuentro quincenal se desarrollaba siempre de la misma manera. Barreca, sin golpear a la puerta, entraba en el cuarto de la señora Pina que lo esperaba preparada, con las piernas abiertas, desnuda sobre la cama. Barreca lanzaba de cualquier manera sobre el tocador los perfumes y las cremas que había llevado consigo, se quitaba

zapatos, pantalón, chaqueta, camisa, camiseta y calzoncillos y de un salto se zambullía en la carne dura y tensa de la mujer. En silencio se echaban el primero en dos minutos, que el muchacho mentalmente dedicaba a su padre, Santo Barreca, arrestado unas veinte veces por gente como el marido de la señora Pina a la que él en aquel momento se estaba beneficiando, luego se tendía al lado de ella respirando hondo y manteniéndole la mano sobre el coño, mano que no se quedaba quieta sino que sobaba sin pausa, contaba hasta doscientos y se acomodaba de nuevo entre las piernas de la señora y se echaba el segundo en tres minutos dedicándolo esta vez a su hermano Sarino Barreca que había sido muerto mientras se escapaba de la cárcel de la Vicaria por culpa de gente como el marido de la señora Pina a la que él en aquel momento se estaba beneficiando, luego se tendía al lado de ella respirando hondo y manteniendo la mano sobre el coño, mano que no se quedaba quieta sino que sobaba sin pausa, contaba hasta trescientos y se acomodaba de nuevo entre las piernas de la señora, dedicando el tercer polvo a sí mismo, que un día u otro acabaría en chirona por culpa de gente como el marido de la señora Pina a la que él en aquel momento se estaba beneficiando. El tercero era largo, insistente, asfixiante. Luego llegaba el momento en que Tano comenzaba respetuosamente a preguntar:

—¿Se está corriendo? ¿Se está corriendo, señora?

La señora nunca había querido responder. Pero aquella mañana, extenuada por la abstinencia conyugal, ante la sofocada y repetida pregunta que ritmaba las entradas y salidas:

—Sí... Sí... ¡Me corro! Me co...rro... ¡Ya estoy! —respondió la desventurada.

A las doce en punto, el caballero Colombo puso la última firma a un trámite, apoyó la pluma, levantó los brazos y se estiró con un largo suspiro. La mañana de trabajo había finalmente terminado. Intercambió una mirada con Meli.

—Entonces me marchó —dijo el secretario—. ¿Tiene alguna orden, caballero?

—Nos vemos a las tres, querido Meli —lo despidió el comisario.

Mientras Meli se alejaba, Colombo lo miró. Era incluso un poco cojo. Había tenido la tentación de mandarlo a paseo después de menos de una semana de que hubiera tomado posesión del cargo, pero luego había entendido toda la utilidad de aquel hombre. En efecto, en una ocasión, al haberle dado una orden en milanés, Meli había entendido todo al revés y en consecuencia había hecho lo contrario de lo que le había ordenado.

Colombo, en ese momento, se había cabreado pero luego se dio cuenta de que el secretario sería una coartada perfecta: siempre podía echarle la culpa de no entender lo que se le decía. Se levantó, atravesó la secretaría y la antecámara desiertas, se encontró en el rellano delante del agente Salamone.

—¿Cómo está?

—Bien, Excelencia. ¿Y usted?

—Bien, bien.

«Menos mal —pensó Salamone—, que tus cuernos aún no han llegado a la altura de la araña.»

En la mesa, el comisario se percató de que su señora tenía los ojos centelleantes y la tez sonrosada. Parecía de buen humor. Entonces, para darse importancia, se puso a contarle la historia del mazziniano Traquandi. No lo había hecho arrestar en seguida, explicó, porque él, el comisario, podía sacar provecho. En efecto: si la ópera impuesta por el prefecto a los vigatenses iba mal, él podía ganar un doble punto de ventaja sobre el otro representante del estado haciendo arrestar al peligroso agitador. En cambio, si la ópera iba bien, siempre podía igualar la cuenta metiendo en chirona, con gran revuelo, a aquel abyecto mazziniano. En suma, Traquandi representaba un verdadero as en la manga, que había que jugar en el momento oportuno.

—¿Qué piensas, Pina?

La respuesta llegó violenta y brutal.

—Yo no pienso. Sólo sé que te veo y me vienen ganas de matarte. ¡Que te jodan!

¿CUANTO MAS DURARA?

—¿Cuánto más durará? Miremos el reloj —dijo el comendador Restuccia. Más o menos, vista la hora, se persuadió de que faltaba poco para el final del segundo acto. Se volvió hacia su mujer, que había caído en un profundo sueño, y la sacudió por un brazo. La señora se sobresaltó y abrió los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó espantada.

—Nada, Assunta. En cuanto acaben de cantar, entre el segundo y el tercer acto, nos ponemos de pie, cogemos los abrigo y nos volvemos a casa.

Justo en aquel momento, desde el paraíso, se elevó la voz encolerizada de Lolló Sciacchitano.

—A mí nadie me toma por tonto, ¿entendido? ¡Nadie, ni en el cielo ni en la tierra! ¡Aún tiene que nacer el hombre capaz de darme por el culo! ¡Venga! ¡Cuatro gilipollas que cantan y quieren tomarme por tonto!

La tenía tomada con los que estaban cantando en el escenario, que a su vez lo miraban con los ojos desorbitados.

Fulminante, el delegado Puglisi desde la platea donde se encontraba en aquel momento se desplazó hacia el corredor para subir al paraíso y ver en persona qué coño estaba pasando por la cabeza de Lolló. En cambio, chocó literalmente contra un soldado de Villaroel, que lo agarró y lo empujó contra la pared.

—Suéltame en seguida o te rompo los cuernos —dijo temblando de ira Puglisi—. Soy el delegado.

—Discúlpeme, no lo había reconocido —espetó el otro quitándole rápidamente las manos de encima.

Entretanto Puglisi se percató de que una decena de soldados armados estaban de guardia en el corredor que iba en torno a la platea.

—¿Qué hacéis aquí?

—Orden del prefecto, nadie debe salir del teatro.

«¡Cristo santo, este gilipollas del prefecto hará que suceda un cuarenta y ocho!», se dijo Puglisi y se puso a subir los escalones que llevaban al gallinero de dos en dos. Una vez en el paraíso, también rodeado de soldados, al igual que los corredores de atrás de los palcos, se precipitó hacia Lolló Sciacchitano que aún vociferaba y se debatía mientras algunos amigos intentaban calmarlo.

—¿Qué sucede, Lolló? ¿Te hicieron alguna afrenta? —preguntó Puglisi, que sabía cómo tratar a aquel loco furioso. Al verlo, Lolló pareció calmarse un poco, los dos se caían simpáticos, aunque luego no se lo decían.

—¡Sí, señor! ¡Me quieren tomar por tonto!

—¿Quiénes?

—Éstos del teatro. ¡Dice que hay dos hermanos gemelos, uno que se llama Giorgio y el otro Daniele! No es verdad, delegado, ¡se lo juro por mis ojos! ¡Es

siempre la misma persona que se cambia de traje y finge que es ora uno ora el otro!
¡Pero yo tengo buena vista!

—Discúlpame, Lolló, ¿pero a ti qué te importa?

—¿Cómo qué me importa? ¡Yo pagué una entrada para ver a dos gemelos! ¡En cambio, sólo hay uno que simula! ¿No me cree? Llámelos a los dos a la vez al escenario y verá que sólo se presenta uno.

Puglisi estaba a punto de responder, buscando una solución que estuviera a la altura de la férrea lógica de Lolló cuando, con un último zum... zum de la orquesta, terminó el segundo acto.

El telón aún estaba bajando y la gente ya se disponía a ponerse de pie, quien para regresar a casa, quien para ir a fumarse un cigarro, las señoras para charlar un rato, cuando en el escenario apareció como una marioneta el capitán Villaroel, en uniforme de gala, con el penacho, los guantes y el sable de desfile. Levantó una mano para detener el movimiento de la gente.

—Un momento de cortés atención —comenzó.

La aparición los paralizó a todos, que se quedaron congelados en el gesto que estaban haciendo justo en ese momento.

—Por mandato de Su Excelencia el prefecto Bortuzzi, con el fin de evitar desórdenes públicos, se determina que todos aquellos que están aquí se queden donde están. O sea, quiero decir, que no se puede salir ni a los corredores. Cada uno tiene la obligación de quedarse en su sitio.

Esta vez Puglisi se espantó de verdad. Desde la platea, los palcos y el paraíso empezó a oírse un ruido extraño. Parecía que una gigantesca olla, cubierta con una tapa igualmente gigante, hubiera llegado al punto de ebullición. Entendió que se trataba del murmullo amenazante del público.

Villaroel volvió a levantar la mano.

—Su Excelencia el prefecto invita a todos los ciudadanos de Vigáta a que permanezcan oyendo esta...

Y se detuvo. Con espanto se percató de que no le salía la palabra.

—¿Tontería? —sugirió con fraternal premura una voz desde el paraíso.

—¿Cagada? —reforzó otro desde la platea.

Pero a Villaroel le había vuelto la memoria y pudo empezar desde el principio, con voz más firme.

—Su Excelencia el prefecto invita a todos los ciudadanos de Vigáta a que permanezcan oyendo esta ópera lírica con atención, sin ponerse a hacer o a decir cosas que puedan ofender a la alta y suprema Autoridad del Estado que está aquí presente en persona.

Y se dio vuelta para irse. En el mismo momento, como un grillo, Puglisi saltó dos filas de asientos y se precipitó hacia Mommo Friscia, que, lo había advertido un instante antes con el rabillo del ojo, estaba introduciendo aire en los pulmones

mientras la cara se le ponía redonda como un melón. Consiguió meterle una mano sobre la boca impidiéndole hacer lo que pretendía.

Los pedos, o pedorretas, de Mommo Friscia eran legendarios en el pueblo y fuera. Tenían la fuerza, la consistencia y la brutalidad de un devastador terremoto, de una calamidad natural. El honorable Nitto Sammartano había visto destruida una brillante carrera política que, con seguridad, lo habría llevado a convertirse en ministro, por un pedo inesperado de Friscia en medio de un mitin abarrotadísimo. No es que Mommo estuviera en contra suya, lo había hecho porque sí, lo llevaba en la sangre. Cuanto más aladas, estentóreas y vibrantes eran las palabras, más imparable le nacía el pedo. Desde aquel memorable pedo durante el mitin, Sammartano ya no se había recuperado: en el momento de abrir la boca en público, le daba una especie de *shock*, se volvía necio y balbuceante.

Ahora, en aquel instante, en el teatro, con la agitación que había, un pedo de Friscia habría sido como el sonido de una trompeta incitando a la revolución. Puglisi le mantuvo la mano en la boca hasta que lo vio ponerse violeta por falta de aliento, entonces la quitó, sintiendo que la palma de la mano le quemaba como si hubiera apagado la mecha de una bomba. Entretanto a los oídos le llegó un coro poderoso, compuesto no por los artistas que cantaban, sino por los mismos espectadores.

—¡Agua! ¡Agua! ¡Agua! ¡Fuego!

Miró extrañado hacia el escenario. Villaroel no conseguía encontrar la abertura central del telón que le permitiera salir.

Iba ora a la derecha (¡agua!, ¡agua!), ora a la izquierda (¡agua!, ¡agua!) y sólo cuando se encontraba en el medio oía que la gente le gritaba «¡Fuego! ¡Fuego!». Pero si intentaba separar con las manos el pesado terciopelo, éste demostraba que sólo estaba constituido por pliegues y más pliegues, sin revelar nunca una abertura. Por fin vino en su ayuda un maquinista que le mantuvo separados los dos lados del telón. Villaroel salió mientras el público estallaba en un caluroso aplauso, el primero y el último de la velada, mezclado con gritos de «¡Bien! ¡Bravo!». El alcalde de Vigáta, que se espantaba más de la ironía de sus convecinos que de un tiroteo, se levantó, lívido como un muerto.

—Amigos, paisanos —empezó con voz temblorosa—. Os ruego, os suplico, en nombre de Dios...

No consiguió terminar. El prefecto lo agarró a la vista de todos por una manga y lo obligó a sentarse nuevamente.

—¿Qué mozca le ha picado? ¿Qué coño ruega? ¡A ezta gente hay que pazarla por laz amaz! ¡Quédeze quieto y no dé la lata!

Al otro lado del telón estaban cambiando la escena a toda velocidad. A pesar del espesor del terciopelo, llegaban a la sala grandes bramidos, blasfemias, pasos a la carrera, martillazos sobre martillazos. En la sala todo parecía haberse calmado, cuando de nuevo se oyó la voz altísima de Lolló Sciacchitano.

—¡Quiero mear! ¡Quiero ir a mear y no me dejan, estos soldados cornudos!
¡Ahora me pongo a mear sobre la platea!

En seguida, como si fuera una orden, a todo el público, varones y mujeres, le vino la necesidad de hacer sus necesidades. Dos o tres señoras empezaron a contorsionarse en las butacas, manteniéndose las manos sobre la barriga.

El comendador Restuccia, al ver que a su señora se le escapaba, se levantó, empuñó el bastón de paseo, del cual no se separaba nunca, y ordenó a su mujer:

—¡Ven conmigo!

En el corredor un soldado le cerró el paso.

—¿Adonde va?

—Llevo a mi señora a mear. ¿Hay algo en contra?

—Sí. El prefecto no quiere.

—Hablemos de ello —espetó con calma el comendador Restuccia mientras sacaba con la derecha el puño del bastón: salió una espada de unos cuarenta centímetros. No se trataba de un bastón de paseo, sino de un estoque afiladísimo.

—Adelante —dijo el soldado haciéndose a un lado.

Entretanto el alcalde, por sugerencia del prefecto, se había levantado de nuevo y hacía gestos de que lo escucharan.

—¡Conciudadanos! —dijo—. Todos aquellos que tengan necesidad, que se lo expliquen a los soldados: ellos los acompañarán a las letrinas.

Medio teatro se vació de golpe. Delante de los baños estallaron disputas y riñas por las precedencias. Luego, finalmente, empezó el tercer acto. La escena mostraba la galería de un castillo, con la sala del trono que se entreveía a través de una ancha puerta al fondo. Todos, cantando, decían que esperaban la llegada del rey.

—¿Qué rey? —preguntó la señora Restuccia que, al haberse aligerado, sentía interés por las cosas del arte y de la vida.

—¿Pero qué coño me preguntas? ¡Qué rey! ¡Yo qué sé! —explotó el comendador, y añadió—: Vuelve a coger el sueño, que es mejor.

¡Honor! ¡Honor! ¡Honor!

¡Al valiente vencedor!

Por eso Inglaterra

acabó la larga guerra

Cantaban entretanto en el escenario los mismos que antes habían cantado como cervecedores, luego como soldados y ahora aparecían todos vestidos con ricos trajes de nobles, pero siempre con las mismas caras. Preocupado, Puglisi miró hacia el gallinero, por el lado de Lolló Sciacchitano, que se había puesto a disputar con un vecino y no se daba cuenta de las cosas del escenario.

Dentro del teatro, vete a saber por qué, todo estaba calmo y sereno. Quizá la gente se había cansado de hablar y reír, sólo esperaba con santa paciencia que todo

terminara. El prefecto parecía un poco menos airado. Villaroel había vuelto a su lado y estaba medio agachado, pues el penacho era tan alto que tocaba el techo del palco real. Don Memé, con una sonrisa de oreja a oreja, que lo hacía semejante a un granado, estaba del otro lado del prefecto. Pero entre él y Su Excelencia estaba doña Giagia, la prefecta, firme como una estatua. El alcalde, el único huésped del palco real, se sostenía la cabeza entre las manos y movía silenciosamente los labios. Rezaba.

Puglisi salió de la platea sin ser detenido por los soldados, que ahora lo reconocían, atravesó medio corredor, abrió una puerta y se encontró en un rellano del que partían dos escaleritas, una llevaba al escenario y otra bajaba al foso. Cogió la primera y llegó entre bastidores, a un paso de los que cantaban. Vio a un hombre en chaqué, nervioso y sudado, que se pasaba un pañuelo antes blanco por la frente.

—Buenas noches —dijo—. Soy el delegado Puglisi. ¿Falta mucho para que acabe?

—Digamos que una media hora. Pero estoy muy preocupado.

—Yo también —espetó Puglisi.

—Estoy inquieto por Maddalena, la soprano que hace el papel de Effy. Está muy nerviosa, ¿sabe? Por lo que está sucediendo en el teatro. En el intervalo se ha desvanecido y he debido darle las sales. Luego no quería volver a escena. No sé si aguantará hasta el final.

—Estamos bien. Perdóneme, ¿usted quién es?

—Soy el empresario. Me llamo Pilade Spadolini. Soy el sobrino de Su Excelencia, el prefecto.

«Todo queda en familia», pensó Puglisi, pero no dijo nada.

—He aquí, mire, ahora viene el momento más delicado, el dúo entre Effy y Anna: aquí Maddalena se compromete al máximo.

—*Pues bien, ¿qué decís?* —cantó Effy con aire sarcástico vuelta hacia la otra mujer, Anna, y luego, dándole la espalda y mirando al público—: (*me quiero divertir un poco*).

Pero por la cara que tenía, por cómo le temblaban las manos, estaba claro que no se estaba divirtiendo en absoluto.

—*¡Que yo seré su esposa!* —le respondió Anna resuelta, mirándola con ojos encandilados y con las manos en la cintura.

—*Quizá sí, quizá no. Ja! Ja!*

—*¿Os reís?* —preguntó Anna entre turbada y enfadada.

—*Sí, me río porque aún no os habéis persuadido* —cantó Effy que parecía cada vez más resuelta a volver loca de rabia a su rival.

—*¡No! ¡No!* —dijo, en efecto, aquélla con voz desesperada.

—*Os doy un consejo para vuestro...*

La palabra que debía decir Effy era «bien», «para vuestro bien», pero dado que la música se lo permitía, entre «vuestro» y «bien» se detuvo, se llenó los pulmones de

aire para disparar el agudo y abrió la boca.

Justo en ese preciso momento el soldado Tinuzzo Bonavia, que padecía de ataques de sueño tan imprevistos como imparables, se durmió de golpe, de pie, en el sitio donde montaba guardia, es decir, justo delante de la puerta, entreabierta, que daba al escenario y al foso. Apenas adormecido, las manos que sostenían el mosquetón se aflojaron, el arma resbaló, golpeó con la culata contra el suelo y estalló. El golpe del disparo repentino, ampliado en virtud de la acústica teatral, hizo saltar a todos por el aire, cantantes, músicos de la orquesta y público, mientras la bala rozaba la nariz del mismo Bonavia que empezaba a perder sangre como un cerdo degollado y a dar voces como el mismo animal un instante antes del degüello. No obstante, Effy, que ya tenía tanto aire en los pulmones como para hacer navegar un velero, dio paso a su «bien» una fracción de segundo después del disparo. Por el espanto, en lugar del «bien», le salió de la garganta una especie de sirena de vapor, ronca y potentísima, al punto que a algunos de los presentes, que habían navegado por los mares del norte, les pareció incluso el terrorífico chillido que hace la ballena cuando es cogida con el arpón. La señora esposa del comendador Restuccia, despertada en medio de un sueño profundo y sin entender lo que estaba sucediendo, puso toda la carne en el asador. Gritó. Ahora bien, el grito, el bramido de la señora Restuccia no era cosa de broma: cuando le dijeron que su señora madre había muerto, la mujer del comendador dio un grito, uno solo, pero bastó para romper los vidrios de las casas vecinas.

La suma del disparo, los gritos del soldado herido, el terrorífico «bien» de la soprano y el bramido de la señora Restuccia, desencadenaron el pánico incontrolado, también porque ninguno de los presentes estaba mirando al escenario: si lo hubieran hecho, habrían podido comprender la situación, en cambio, así, todo aquel bullicio los cogió de sorpresa. Todos se levantaron de sus puestos, impresionados, luego bastó que el primero se pusiera a correr para que otros hicieran lo mismo. Gritando, blasfemando, bramando, llorando, suplicando y rezando, algunos se precipitaron fuera de la sala a la carrera, chocando con la oposición de los soldados.

Entretanto la soprano que había desafinado caía con un golpe sordo sobre las tablas del escenario, sin sentido.

SOY UN MAESTRO DE ESCUELA ELEMENTAL

—Soy un maestro de escuela elemental y tengo familia —dijo Minicuzzo Adornato, el hijo del carpintero. Y precisó—: Una mujer y dos hijos.

El comendador Restuccia encendió el cigarro con una lentitud que a Minicuzzo le pareció deliberada.

—¿Y es por eso que no ha abierto la boca contra el arresto de su padre, sabiéndolo tan inocente como Cristo? —preguntó después de la primera calada.

—Sí, señor, por eso —respondió el maestro ruborizándose por la cólera contenida—. Yo, comendador, no tengo poder, soy un don nadie, un pelagatos. Y el hecho de que tengo familia significa que apenas me muevo, me remuevo, me meneo, apenas protesto o doy voces, el Estado me lo hace pagar con creces, en demasía, el todo por el todo, lo que el Estado quiera. Y yo, al día siguiente, me encuentro enseñando cómo se escribe la palabra Italia en un pueblo perdido de Cerdeña. ¿Me explico?

—¿El Estado? —espetó con calma Restuccia mirándolo a los ojos.

—El Estado, el Estado. ¿O cree que el prefecto representa a la Sociedad para el Desarrollo Agrícola? ¿Al consorcio de Saneamiento? ¿A la Asociación del Bel Canto? Es el Estado, comendador, con sus leyes, los carabineros, los magistrados y la fuerza. Y todos juntos nos dan por culo. Aunque sepan que Bortuzzi es un hijo de una jodidísima zorra, siempre le darán la razón, porque es uno de ellos, uno de los que forman el Estado.

—Tiene razón, pero permíteme una pregunta. ¿Su padre forma parte de su familia?

—Desde luego.

—¿Entonces por qué no lo defiende, como haría, yo qué sé, con sus hijos o su señora?

Minicuzzo Adornato no respondió, herido en lo más profundo por aquella pregunta. El comendador no sintió pena por él, continuó:

—Una familia es una familia, estimadísimo amigo. Se debe defender. Y aquí estoy yo, he venido a verle para echarle una mano.

—¿Por qué?

—En primer lugar, debido a mi nieto Mariolo. Y, en segundo, porque no me gusta que si uno piensa que el Estado es una cosa, hablando con respeto, de mierda, se resigne a quedarse con esa mierda hasta el cuello.

—Dejemos el Estado —espetó el maestro—. ¿Pero qué tiene que ver su nieto, Mariolo?

—Usted recordará que vine a verlo hace cinco años para agradecerle lo que hizo por mi nieto.

—Cumplí con mi deber. Era un niño travieso y yo...

—Usted lo enderezó. Había perdido a su padre y a su madre en una desgracia y

nosotros, los abuelos, no sabíamos cómo tratarlo. A veces tenía ganas de meterle la cabeza en la bañera y ahogarlo, como se hace con los cachorros de perro que no se quieren criar.

—¿Pero qué dice?!

—La verdad, queridísimo amigo, la cruda y desnuda verdad.

—¡No diga tonterías! ¡Su nieto, Mariolo, es un muchacho excelente!

—Desde luego, excelente. Pero usted lo ha hecho así, primero a palos y luego haciéndolo razonar, con paciencia, sudor y esfuerzo. Y no era ni su hijo ni su nieto.

—Es mi trabajo.

—En materia de trabajo, perdóneme, conozco las cosas mucho mejor que usted. Estoy a la cabeza de la sociedad que suministra los estibadores portuarios. No hay trabajo del puerto, tanto cargar azufre, almendras o habas, como descargar mercancías y maquinarias que no hagan mis hombres. Por tanto, de quién trabaja bien y quién trabaja mal, sé mucho más que usted.

El maestro sacó del bolsillo pequeño del chaleco el reloj, lo miró.

—Gracias por su solidaridad —dijo—. Pero se ha hecho tarde y debo volver a clase.

—Perdóneme un momento más. Estoy aquí porque me han contado que el otro día, cuando arrestaron a su padre, usted se puso a llorar delante de toda la clase.

—Es verdad. En seguida pedí disculpas a mis alumnos, que se habían quedado impresionados. No debía hacerlo.

—Al contrario, debía hacerlo. Así ha demostrado que su padre forma parte de su familia. Por eso estoy aquí. Maestro, su padre, don Ciccio, es un probo gentilhomme que ha tropezado con una cagada, perdonando lo presente, como el prefecto Bortuzzi, sólo por haber dicho públicamente qué pensaba de esta tontería de *Il birraio di Preston*. Y yo me he tomado la libertad de ocuparme. He escrito dos líneas sobre la cuestión al honorable Fiannaca.

—¿A Fiannaca? ¡Pero el honorable no querrá ni oírme!

—A usted, desde luego, no, pero a mí sí.

Al maestro se le ensombreció la cara, abrió dos o tres veces la boca como para hablar y la cerró.

—¿Qué pasa? —preguntó el comendador.

—Perdóneme una pregunta, y no lo digo por decir, perdóneme de verdad la pregunta. ¿Pero el tío Memé no se lo tomará a mal?

Los ojos del comendador se helaron.

—Memé es la mosca que se posa sobre la mierda. No se preocupe por Ferraguto. Usted mañana por la mañana coge el tren de las cinco para Misilmesì. Llega a las siete y media, a las ocho golpea a la puerta del honorable y éste lo recibe en seguida.

—¿Qué ha escrito en esa carta?

—Nada. He escrito que usted es una persona de valía, que ha sufrido una injusticia y que es amigo mío.

A las ocho en punto, Minicuzzo Adornato se encontró en la antecámara del abogado honorable Paolino Fiannaca, en Misilmesì. Apenas se presentó, el honorable, delgadísimo, altísimo, con los bigotes a la tártara, los ojos estrábicos detrás de los quevedos, bata y pantuflas en los pies, levantó los brazos y los mantuvo delante de sí como para poner distancia entre él y Minicuzzo.

—Discúlpeme, pero es extremadamente necesaria una premisa. La carta del amigo Restuccia no lo especificaba. ¿Con quién quiere hablar usted?

Minicuzzo lo miró extrañado, se había levantado a primera hora de la mañana y se sentía confundido.

—Yo querría hablar...

—¿Con el abogado Fiannaca? —interrumpió rápido el otro.

—Con Fiannaca, sí, pero no con el abogado —dijo Adornato recuperando una cierta lucidez.

—¿Con el honorable Fiannaca, entonces?

Minicuzzo estaba perplejo. Fiannaca decidió ayudarlo.

—¿Es una cuestión política?

—No, señor. Al menos no creo.

La cara del honorable se iluminó.

—¿Entonces quiere hablar con el Fiannaca presidente de la Sociedad de Socorros Mutuos Honor y familia?

—Con él —espetó Adornato, que no era tan gilipollas.

—En ese caso, debemos salir de aquí, éste es el despacho del honorable.

Blandió una llave que había cogido entre las muchas que estaban colgadas de la pared e hizo una seña a Minicuzzo de que lo siguiera. Vestido como estaba, el honorable salió del portón y giró a la derecha. No se detuvo delante de un portoncito al lado del cual había una placa esmaltada con la inscripción «Paolo Fiannaca, abogado» y delante del cual había cinco o seis personas que al paso del honorable se inclinaron devotamente murmurando saludos y bendiciones. Algunos metros más allá había otro portoncito con su plaquita al lado, que esta vez ponía: «sociedad de socorros mutuos & familia». Apoyado en la jamba había un hombre de dos metros, vestido de cazador, sombrero, escopeta al hombro y cartuchera en torno a la barriga.

—Deme a mí —espetó en cuanto el honorable estuvo a tiro.

Fiannaca le entregó la llave. Él empujó la portezuela, entró y abrió de par en par la ventana de la única habitación que constituía la sede de la Sociedad de Socorros Mutuos.

—¿Necesita algo más, Excelencia?

—Nada, espera fuera.

La habitación, aparte de una decena de sillas, dos escritorios, detrás de uno de los cuales se sentó el honorable, y algunas lámparas de petróleo, no tenía otro mobiliario. No se veía ni una hoja de papel, una carpeta o un archivador: en aquella Sociedad todo se hacía de palabra.

—Mi queridísimo amigo Restuccia me ha escrito que usted está padeciendo una injusticia. ¿Entonces por qué no se ha dirigido a la justicia?

—Porque si la justicia comete una injusticia, no puede ser la misma justicia la que haga justicia jodiéndose a sí misma.

—El razonamiento funciona —afirmó el honorable—. ¿La injusticia la está padeciendo usted?

—No, honorable, mi padre. Que ha sido arrestado bajo la acusación de robo por orden del prefecto Bortuzzi.

—¡Ah! —comentó lacónico Fiannaca.

—Y el prefecto ha echado mano de esa injuria de que era un ladrón sólo porque a mi padre no le gusta la ópera de canto que el prefecto quiere hacer presentar en el nuevo teatro de Vigáta. Ha puesto de por medio al capitán Villaroel y a don Memé Ferraguto.

—Alto ahí —intimó repentinamente el honorable, atentísimo. Y gritó:

—¡Gaetanino!

El cazador se materializó como por arte de magia.

—¿Qué pasa?

—Por favor, repita a Gaetanino lo que acaba de decirme.

Minicuzzo se encolerizó, ¿qué querían de él aquellos dos? ¿Era una amenaza?

—Lo repito incluso delante de Cristo. El prefecto ha metido en chirona a mi padre con el engaño y la complicidad del capitán Villaroel y de ese gran cornudo de don Memé Ferraguto.

—¿He oído bien? —preguntó con calma el honorable—. ¿Ha dicho que don Memé es un cornudo?

Minicuzzo comprendió que su vida, la de su padre y la de toda su familia estaban pendientes de la respuesta que daría. Descubrió un valor que no creía tener y fue más el descubrimiento que la tensión lo que lo hizo sudar.

—Sí, señor. Don Memé es un gran cornudo.

El honorable lo miró un momento, luego se volvió al cazador.

—Gaetanino, tú mismo lo has oído. Este señor, que me ha sido presentado por el comendador Restuccia, es de los nuestros. Desde ahora si, pongamos por caso, sale un día de lluvia y resbala sobre el suelo mojado, no quiero que toque el pavimento, quiero que a su lado haya alguien que lo coja al vuelo. ¿Me explico?

—Perfectamente.

Gaetanino se tocó el sombrero con dos dedos y salió.

—Y ahora a lo nuestro —espetó Fiannaca—. Empecemos por el principio. Hace tres meses que falto de Sicilia, estoy siempre comprometido en el Parlamento. Y sobre esta cuestión sólo me han llegado voces de las cuales yo, honestamente, no he entendido un carajo. ¿Me quiere explicar qué está sucediendo en Vigáta?

Hacia las tres de la tarde don Memé, tan enfadado que parecía que echara humo y

fuego de la nariz, estaba vigilando a los que pegaban en las paredes de Vigáta los carteles de la próxima representación. Porque, mientras que en Montelusa y en los pueblos cercanos, los carteles permanecían pegados, los pegados en Vigáta, en cambio, después de media hora ya no estaban y no se sabía adonde habían ido a parar. Don Memé había determinado seguir en persona el pegado (¡el tercero!, hijos de puta), hasta que la cola hubiera cogido, porque una vez que la cola había cogido, arrancar los carteles ya no sería tan fácil para aquellos que tenían la intención de hacerlo. Su atención al trabajo de los carteleros fue distraída por un trote de caballo que se atenuó una vez llegado a su altura. Don Memé levantó la cabeza y vio que sobre el caballo estaba Gaetanino Sparma, guardián de los campos del honorable Fiannaca de Misilmesì. Guardián es un decir, porque era universalmente sabido que, primero, Gaetanino no era capaz de distinguir un olivo de una vid y, segundo, que el honorable no tenía ningún huerto.

Era un eufemismo: significaba que Sparma era el encargado de otros «campos» de los que Fiannaca se ocupaba. Esto don Memé lo sabía muy bien.

—¡Don Gaetanino! ¡Qué placer! ¿Qué lo trae por aquí?

—Tengo prisa, estoy de paso.

—Baje un momento, lo invito a un vaso de vino.

El otro bajó, sujetando la escopeta que llevaba al hombro, y se estrecharon con fuerza las manos.

—Usted, don Memé, debe perdonarme si no acepto. Pero verdaderamente no tengo tiempo. Me encuentro aquí de paso.

Y ya no dijo nada, limitándose a ajustar las riendas. Don Memé, de golpe, comprendió que la cosa era seria y que le correspondía hablar a él.

—¿Qué pasa? ¿El honorable...?

—El honorable —abrevió el otro—, me dijo precisamente esta mañana que si tenía el placer de encontrarme con usted le dijera unas palabras.

—A sus órdenes.

—¿Órdenes? Siempre ruegos humildísimos. El honorable quiere hacerle saber que el asunto del carpintero arrestado con seguridad fue un error. Un error suyo, don Memé.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y que también es un error su excesiva amistad con el prefecto.

Don Memé se puso lívido.

—Querría explicarle... —empezó.

El otro lo miró hecho de hielo.

—¿A mí? ¿Usted quiere explicarme a mí? Yo no entiendo nada de estas cosas, sólo hago lo que me ordenan. Si tiene algo que explicar, debe explicárselo al honorable.

Volvió a montar de prisa sobre el caballo y partió al galope sin saludarlo.

Después de que don Memé, pálido pero decidido, echara un encendido discurso a los Lumia, marido y mujer, la señora mandó llamar al capitán Villaroel. A su vez pálida pero igualmente decidida, explicó al capitán cómo san Antonio, que se le había aparecido en sueños, la había iluminado haciéndole volver la memoria: había sido ella quien había escondido las joyas, asustada de que una sirvienta nueva se las pudiera robar. Había que actuar en seguida, un inocente como el carpintero, acusado por error, no debía estar en la cárcel ni un minuto más. Ella estaba dispuesta a pagar los daños y perjuicios por la falsa acusación.

—Eztoy contento de que zu inocencia haya zido reconocida —dijo Bortuzzi al viejo tembloroso que tenía delante—. Pero antez de que vuelva a caza, querría pedirle algo zin importancia.

—Su humildísimo siervo —consiguió farfullar el carpintero.

—¿Me quiere ezplicar por qué eztá tan en contra de la representación de *Il birraio di Prezton*?

El carpintero lo miró extrañado, se esperaba cualquier cosa menos esa pregunta, rápidamente se persuadió de que el prefecto se mofaba de él.

—¿Vuecencia habla en serio?

—En zerio, amigo mío.

El carpintero se lo pensó un instante y luego empezó, sin temor.

—Excelencia, yo nací en mil ochocientos cinco. Mi padre era pobre, en casa a veces nos moríamos de hambre. En cuanto tuve seis años fui cogido como aprendiz del carpintero Foderá, que era pariente lejano de mi madre. Foderá era un maestro de hacha conocido en toda Palermo, un artista. Empezó a tomarme cariño, y me llevaba siempre consigo. Una vez, cuando tenía unos diez años, el maestro Foderá me llevó al palacio de un alemán que se llamaba algo así como Marsan y que necesitaba que le ajustaran dos armarios antiguos. Pero era muy celoso de su mobiliario y se empeñó en que el trabajo debía hacerse en su palacio, aunque le costara más. Dado que le gustaba venir a vernos trabajar, el alemán se ponía a tocar la flauta en nuestro mismo cuarto y un día lo vino a ver un barón que se llamaba Pisani. Este barón siempre contaba que, algunos años antes, había escuchado en el Real Teatro Carolino una ópera, me parece que se llamaba «fannu tutte accus» de un tal Mozzat y que esta ópera, que a él, al barón, le había parecido magnífica, no había gustado a ningún palermitano. Entonces el barón se había decidido a hacer representar otra ópera del mismo Mozzat, llamada «u flautu magicu», completamente a sus expensas. Hizo venir cantantes, orquesta, escenografías y todo lo demás de Nápoles pagándolo de su bolsillo. Así, el barón le dijo al alemán que al día siguiente se haría esta representación y que en el teatro no quería a ninguna persona de Palermo, sólo al alemán. Aún no sé por qué, dejando a medias el trabajo, me planté delante del señor Marsan y le pregunté si podía llevarme también a mí a la representación. El alemán

se echó a reír, miró al barón y él dijo que sí con la cabeza. Al día siguiente en el teatro estábamos sólo nosotros tres: el barón y el señor Marsan estaban sentados en el palco más grande que había, yo me fui bien arriba, cerca del techo. Después de menos de cinco minutos que la orquesta tocaba y los cantantes cantaban, a mí con seguridad me dio la fiebre. El corazón me latía con fuerza, ora sentía mucho calor ora mucho frío, la cabeza me daba vueltas. Después, como si me hubiera convertido en una pompa de jabón, de esas que los chiquillos hacen con una cañita, para jugar, comencé a volar. Sí, señor, a volar. Excelencia, debe creerme: ¡volaba! Primero se me apareció el teatro de afuera, luego la plaza con todas las personas y los animales, luego la ciudad entera que me pareció pequeña, luego vi los campos verdes, los grandes ríos del norte, los desiertos amarillos que dicen que hay en África, luego vi todo el mundo, una bolita coloreada como la que hay dentro de un huevo. Después llegué cerca del sol, subí más y me encontré en el paraíso, con las nubes, el aire fresco pintado de azul claro, algunas estrellas todavía apagadas. Luego la música y el canto acabaron, yo abrí los ojos y vi que me había quedado solo en el teatro. No tenía ganas de salir, aún sentía la música dentro de mí. Cogí el sueño y me desperté, me desvanecí y volví en mí, me reí y lloré, nací y morí, siempre con aquella música que sonaba dentro de mí. Al día siguiente, aún bajo los efectos de la fiebre, le pedí al señor Marsan que me enseñara a tocar la flauta, y él lo hizo. Esto es todo, Excelencia. Después de aquel día voy a escuchar música y óperas, cojo incluso el tren y busco, busco siempre sin encontrar nunca.

—¿Qué busca? —preguntó el prefecto que sin darse cuenta se había puesto de pie.

—Una música, Excelencia, que me produzca la misma felicidad, que me haga ver cómo está hecho el cielo. Ahora bien, este *Birraio*, Excelencia, quizá sea buena música, no digo que no, pero...

—Déjelo —dijo brusco Bortuzzi.

UN JOVENCITO DE ASPECTO SENCILLO

Un jovencito de aspecto sencillo y corriente se presentó en el despacho de Puglisi hacia las tres de la tarde, cuando el delegado aún echaba fuego por los cojones por las palabras que había intercambiado con el hijo del médico Gammacurta, media hora antes.

—¿Pero por qué ni tú ni tu madre os habéis inquietado por el hecho de que tu padre, el doctor, esta noche no volviera a casa?

—Mi madre estaba persuadida de que mi padre se había ido a pasar la noche con la puta, la comadrona, como hacía a menudo.

—Está bien, pero sé que la comadrona, no la puta, como dices tú, visto que el doctor no había ido a verla por la noche y que tampoco se había dejado ver por la mañana por la consulta, se preocupó y vino a vuestra casa a preguntar si por casualidad Gammacurta estaba enfermo. ¿Es verdad o no?

—Sí, señor, es verdad, vino la puta.

—¿Entonces?

—Mi madre le respondió a la puta que dónde se encontraba mi padre no era un asunto que le interesara a una puta como ella.

—Pero, Cristo santo, si tu padre había desaparecido, dado que también la pu... la comadrona estaba preocupada, ¿cómo es que no habéis corrido aquí, para decirme que no teníais noticias del doctor?

—Discúlpeme, delegado, pero si mi madre y yo hubiéramos venido antes donde usted, pongamos que esta mañana al amanecer, ¿mi padre se hubiera salvado?

—No. Cuando lo encontré aún estaba vivo, pero había perdido demasiada sangre.

—¿Entonces?

Puglisi dio un puñetazo sobre la mesa, se hizo daño en la mano, maldijo, se levantó del asiento, dio dos vueltas al cuarto y consiguió calmarse.

—Discúlpeme, delegado, ¿pero qué significa lo que está haciendo?

—Significa, hijo mío, que tu padre hizo muy bien en dejarse disparar, dado que estaba condenado a vivir al lado de gente como tu madre y tú. Te saludo.

El jovencito de aspecto sencillo y corriente que entró en el despacho después del hijo de Gammacurta, en cuanto había dicho una decena de palabras, ya no pareció, a los ojos de Puglisi, ni tan sencillo ni tan corriente.

—Me llamo Mario Filastó —espetó el muchacho—, soy perito de la Fondiaria Assicurazioni de Palermo.

Puglisi lo miró, tenía el traje arrugado, un bolsillo le colgaba desgarrado de la chaqueta, las manos y la cara sucias de negro de humo. Filastó comprendió la curiosidad del delegado.

—Disculpe que esté reducido en tan mal estado, pero haciendo la inspección ocular me he ensuciado de esta manera.

—¿Y yo cómo me encuentro? —rebatí brusco Puglisi, que no había conseguido cambiarse de traje. Las ropas, empapadas de sal mojada, poco a poco se secaban, se le pegaban y solidificaban sobre el cuerpo como si estuvieran hechas de cemento de fraguado rápido.

—Mire, delegado, según la común opinión, en cuanto llegué a Vigáta, me dijeron que el teatro se había prendido fuego accidentalmente, porque alguien había arrojado al suelo la colilla de un cigarro encendido. Si las cosas son como dice la voz popular, la sociedad a la que represento debe pagar los daños, no hay nada que hacer, debe pagarlos sin demora, como cuando se juega al sacanete. Pero si por casualidad las cosas no son así, y al teatro se le prendió fuego con la intención de prenderle fuego, entonces el problema cambia y mi sociedad no tiene que pagar ni una falsa moneda. ¿Me explico?

—Se explica. ¿Y usted qué piensa?

—Que prendieron fuego al teatro intencionadamente.

—Usted está obligado a pensar eso, discúlpeme, porque ese pensamiento, si se demostrara, haría que su sociedad se ahorrara un montón de pasta. La cuestión es que no basta sólo con el pensamiento.

—Delegado, yo no tengo pensamiento. Tengo la precisa y convencida opinión, corroborada por ciertos hechos. La cosa, créame, es criminal. Por eso vengo a verlo, para rogarle que me acompañe al teatro. Debo enseñarle algo. Verá que no hablo por hablar.

—¿Ahora?

—Ahora mismo —afirmó implacable el muchacho Filastó.

Caía una lluvia fina, esa llovizna rala que ni siquiera parece que está lloviendo y el campesino, el aldeano, sigue trabajando en su campo hasta el atardecer y al final se encuentra más empapado que en el diluvio universal. Mientras iban hacia el teatro, Puglisi sentía que el traje se le aflojaba, los pantalones le permitían un paso más suelto.

—Créame —dijo Filastó—. Tengo bastante experiencia en asuntos de fuego. Sé cómo nace, cómo crece, cómo es de caprichoso: basta una nadería para hacerlo cambiar de idea, dirección y fuerza. El fuego en el teatro empezó por el lado de atrás, desde atrás, y no desde el salón donde estaba la gente.

—Sobre esa historia de dónde había empezado el fuego, también yo había estado pensando —dijo Puglisi.

Habían llegado delante de la portezuela que daba al foso, toda quemada y con aquel signo negro y blanco de la llamarada que se alargaba por la pared, sobre el recuadro de la abertura.

—El fuego, como puede verse, tiraba desde aquí —dijo el perito—. Es desde aquí

que tomó cuerpo. Luego hizo una media curva de regreso y empezó a atacar la parte de atrás del escenario. Desde allí se movió hacia el salón. Al revés de lo que cree la gente. Quien prendió fuego, rompió también los vidrios de los tragaluces para que tirara mejor. ¿Lo ve, delegado? Los vidrios rotos de los tragaluces han caído dentro del entepiso, y no fuera. Ahora venga conmigo.

Entraron bajando los peldaños que habían resistido. Apenas entrado, Filastó encendió una lámpara de petróleo que había apoyado, en la primera inspección, a los pies de la escalera.

—Mire aquí —dijo indicando un sitio justo al lado de la portezuela—. Aquí los maquinistas me han dicho que estaban las escenografías enrolladas y puestas junto a la puerta, listas para ser sacadas fuera y cargadas cuando acabase el espectáculo. Mire. ¿Qué son estos trozos de greda, en su opinión?

—Me parecen los restos de un jarro, yo qué sé, de un cántaro. Con seguridad, algo para poner el agua para beber.

—No, señor, se equivoca. Sígame.

El jovencito apoyó la lámpara, se agachó y empezó a ordenar los trozos de greda, ensamblándolos. Cuando terminó, se volvió hacia el delegado, sosteniendo entre las manos el objeto de greda que amenazaba con volver a reducirse en pedazos en cualquier momento.

—No es un jarro ni un cántaro. No está hecho para poner agua dentro, mírelo bien.

—Es una alcancía, ¡una hucha! —exclamó Puglisi asombrado.

—Correcto —espetó Filastó—. Y los trozos de una segunda hucha se encuentran más allá, donde estaban los trajes de la compañía.

—Desde luego que es curioso que a toda la gente del teatro le haya venido, de repente, un impulso de ahorro —comentó Puglisi que no acababa de convencerse.

Filastó dejó caer los trozos de la hucha por el suelo, en la mano sólo le quedaron dos que puso bajo la nariz de Puglisi.

—Huela.

Puglisi acercó la nariz, olió, una arruga le apareció en la frente.

—Sabe a petróleo —dijo.

—¿Me creará si le digo que también los otros trozos de la segunda hucha huelen a petróleo?

—Le creo. ¿Pero qué significa?

Filastó no respondió, dejó en su sitio los dos trozos y se limpió las manos sobre el traje que ahora ya no se comprendía de qué color había sido.

—¿Hay alguien en el pueblo que fabrique o venda objetos de greda?

—Sí, está don Pitirino.

—Vayamos a verlo.

—Hicimos treinta, hagamos treinta y una —dijo resignado Puglisi extendiendo los brazos.

De camino, el delegado sintió la necesidad de felicitar al jovencito.

—Desde luego hace falta ojo para caer en la cuenta de que esos trozos de greda no eran objetos rotos por el fuego.

—Hace falta ojo, sí. Pero es como un juego, una apuesta. Uno mira todo el daño que ha hecho el fuego, mira con atención, mira y vuelve a mirar, y luego dice: hay algo que no cuadra. Y vuelve a mirar desde el principio hasta que descubre qué es lo que no cuadra.

El tío Pitirino saludó con una sonrisa al delegado: Puglisi le caía simpático.

—Mi amigo —dijo el delegado—, querría comprar una hucha para su hijo pequeño. —Tengo de todos los tamaños—. A él le interesa una hucha más o menos así. Y con las manos indicó el tamaño. —Así de grandes tengo media docena— dijo el viejo—. Venid al recinto.

Detrás de la caseta, el recinto estaba atiborrado de jarros y jarritas, cántaros grandes y pequeños, ánforas, tinajas y tinajillas, macetas, braseros y tejas. El viejo, mientras les indicaba el lugar donde estaban alineadas las huchas, se quedó tarumba.

—¿Qué pasa? —preguntó Puglisi—. Pasa que ayer después de comer conté las huchas como las que quiere su amigo y había seis, ahora hay sólo cuatro. ¿Ve el espacio vacío y esos dos circulitos en el suelo que indican el sitio en que estaban? Se ve que algún asqueroso hijo de puta esta noche saltó el recinto y me las birló.

Filastó y Puglisi intercambiaron una mirada rápida de complicidad. El viejo se agachó para coger una de las cuatro huchas que quedaban. —¿Así está bien?

Estaba bien. Entonces Filastó pidió que la hucha fuera rellena de petróleo, que era una mercancía vendida en el taller. El tío Pitirino, por más que la solicitud fuera extraña, no hizo preguntas, se limitó a ejecutarla con alguna dificultad, Filastó se hizo dar también un trozo de tela. Puglisi pagó y salieron. A unos diez pasos de la casucha del viejo, ya era descampado. Filastó hizo ver al delegado cómo funcionaban la hucha, el petróleo y el trozo de tela. Después se alejaron, mientras a sus espaldas los troncos, las maderitas y los rastrojos que el jovencito había amontonado para echar contra ellos la hucha aún ardían a pesar de que estaban empapados de lluvia.

—¿Cómo ha llegado usted...?

—¿Quiere decir a las dos huchas usadas de este modo? No he llegado yo, sólo he recordado. Nuestra compañía de seguros es grande. Tiene oficinas en toda Italia y estas oficinas se intercambian informaciones sobre los modos siempre diversos que la gente trama para joder al seguro. Me he acordado de que nuestro agente de Nápoles y también el de Roma nos habían señalado dos casos en que...

—¿De Roma? —interrumpió Puglisi, de golpe muy atento.

—Sí, de Nápoles y de Roma.

—Discúlpeme, querría su opinión. Según usted, ¿por qué han prendido fuego al teatro?

—Bah, no sabría. O quizá porque en Vigáta hay alguien que quiere joder al prefecto más de lo que el prefecto se ha jodido a sí mismo.

—Discúlpeme otra vez, ¿pero usted está verdaderamente convencido de que el incendio ha estallado algunas horas después de que todo hubiera terminado y de que la gente se hubiera vuelto a casa? Me explico mejor: ¿mucho después del tiempo razonable para que un incendio casual hubiera tenido manera de nacer y crecer?

—No hay duda: el incendio fue iniciado en frío, algunas horas después de que a Vigáta hubiera vuelto la calma.

—No me acaba de convencer.

—¿Qué?

—Que algún vigatense, después de que todo hubiera vuelto a la calma, con premeditación, como un cornudo, se lo piense y prenda fuego al teatro. No son los modos de la gente de aquí, ésta es una mano extraña.

Una vez en el centro, Filastó dejó al delegado.

—Vuelvo al teatro, a buscar otras pruebas. Usted, en principio, ¿está de acuerdo en que el incendio es doloso?

—Estoy de acuerdo.

Se saludaron mirándose con simpatía. Luego el delegado le dio la espalda y casi se puso a correr hacia su despacho.

—Ensilladme el caballo, de prisa.

A medio camino hacia Montelusa, con el agua que volvía a descargar con fuerza, cayó del caballo por el cansancio, se ensució aún más el traje, se hizo daño en un hombro, montó otra vez y reanudó el galope tanto como se lo permitía a la bestia el terreno mojado. En la jefatura lo miraron con curiosidad y extrañeza al verlo en aquellas condiciones. También el doctor Meli, «u tabbutu», manifestó la opinión que los demás habían pensado pero no dicho.

—No puede presentarse ante el comisario con esa pinta.

—Entonces hable usted con el comisario en mi nombre.

—Debo advertirle que el comisario está muy irritado con usted por la nota que le ha enviado. Pedía tres días de tiempo para las indagaciones y eso está bien, pero ha añadido que esas indagaciones habrían podido implicar a altas personalidades. ¿Le parecen cosas que poner negro sobre blanco, sin ninguna cautela?

Puglisi se inflamó de ira.

—Eso es, ya que estamos: haga saber al comisario que cuando escribí altas personalidades usaba el plural para mantenerme al margen, pero sólo pensaba en el prefecto. Ahora me he persuadido de que el plural era correcto.

—¿Habría otras personalidades implicadas?

—Sí, señor.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, la persona con la que irá a hablar dentro de un momento.

El doctor Meli dio un salto en el aire, un verdadero salto, al punto que en la caída tintineó un vidrio de la ventana. Empalideció, apretó con violencia un brazo del

delegado y le chilló a la cara:

—¿Se da cuenta de lo que está diciendo?

—Perfectamente. ¿Por qué no me ha dado en seguida la orden de arrestar al mazziniano venido de Roma?

—¡Mudo! —intimó Meli—. ¡Venga a mi despacho!

Salieron de la antecámara donde había una caravana de personas que iban y venían y que se habían hecho todo oídos. En el despacho, Puglisi, sin esperar la invitación, se sentó en una silla, exhausto.

—Explíquese, pero trate de calmarse y de no levantar la voz.

—¿Por qué no me ha dado en seguida la orden de arrestar al mazziniano? —volvió a preguntar Puglisi, que se había calmado un poco.

—Yo se lo dije al caballero.

—¿Y él?

—Me dijo que esperara algunos días, al menos hasta después de la inauguración.

—¿Por qué?

—No sé decirle.

—¡Menuda idea ha tenido el señor caballero! Si me lo hubiera dejado arrestar a tiempo, es probable que no hubiera conseguido quemar el teatro.

—¿Está convencido de que ha sido él?

—Aún no tengo la certeza. Pero en cuanto lo coja, lo haré cantar y verá que tengo razón. Deme la orden escrita y fechada.

Meli se levantó despacio como si el culo no se pudiera separar de la silla, golpeó a la puerta del comisario y entró.

—Caballero, en mi despacho está Puglisi.

—¿Qué quiere?

—Quiere en seguida la orden de búsqueda y captura para aquel mazziniano escondido en Vigáta, Traquandi.

—Hágasela.

—Sí, señor, pero la dificultad es que el delegado piensa que ha sido precisamente Traquandi quien ha prendido fuego al teatro.

—¿Entonces?

—Caballero, si ha sido el romano, y Puglisi raras veces se equivoca, seremos inculcados por el mismo Puglisi de no haberlo hecho arrestar antes.

—¡Oh, joder! —espetó el comisario que al fin había entendido.

—Y también hay dos muertos de por medio.

—¿Pero no eran tres?

—Sí, señor, pero el tercer muerto, el médico Gammacurta, no corre por nuestra cuenta. A ése le disparó uno de los hombres de Villaroel. Ése corre por cuenta del prefecto.

El comisario miró a Meli y luego parpadeó y puso una cara interrogativa.

—Óigame, Meli, ¿está seguro de que quien dio la orden de retrasar el arresto fui

yo? ¿No habrá entendido mal lo que le he dicho?

Era una vieja historia, pero esta vez Meli no tragó, el riesgo era demasiado grande.

—Discúlpeme, caballero, pero esta vez lo recuerdo bien, porque el escribiente ya había compilado la orden de búsqueda y captura y yo le dije que la rompiera, dado que usted había determinado otra cosa.

El caballero lo había intentado. Cambió de táctica.

—¿Qué se puede hacer?

—Razonar un poco antes de recibir a Puglisi.

El poco razonamiento se transformó en dos horas de palabras susurradas y de vastos silencios de pensamiento, al punto que cuando el doctor Meli fue a llamar a Puglisi para hacerlo conferenciar con el comisario, lo encontró durmiendo, con la frente apoyada sobre la mesa y los brazos colgando a lo largo de las piernas.

SI UNA NOCHE DE INVIERNO DESAPACIBLE

Si una noche de invierno desapacible, ya de suyo, con lluvia, truenos, relámpagos y vientos, un viajero hubiera pasado por la gran mancha donde surgía el nuevo teatro de Vigáta, al ver en medio de qué desastre se encontraba, farolas arrancadas, parterres destruidos, vidrios rotos, soldados a caballo que corrían por las calles, carrozas que iban y venían con personas heridas o señoras desvanecidas y al oír disparos lejanos, exclamaciones ora lastimeras ora airadas, ruegos, solicitudes de ayuda y blasfemias, en seguida habría espoleado su caballo para escaparse de aquel que, con razón, habría creído un nuevo cuarenta y ocho. Nunca jamás habría podido imaginar que aquella destrucción, aquel desastre, aquella ruina había sido causada por la nota falsa de una soprano. Una nota falsa terrible y horrenda, es verdad, que a todos pareció como si un vapor, al tocar la sirena en la niebla, hubiera entrado de golpe en el teatro. También debe considerarse el hecho de que alguien, simultáneamente, había disparado un tiro de mosquetón. Pero lo que en verdad desencadenó la desbandada general fue la pericia del que había construido el teatro. Un teatro, había razonado el constructor, está hecho para que quien está dentro oiga todo lo que se canta y toca. Así, a la sirena de vapor y al tiro se añadió un estruendo, a un tiempo terremotoso y armónico, que se generó en alguna parte desconocida del teatro. La explicación de aquel sonido, si se quiere razonar con la mente fría, pero no desde luego en aquel momento de guirigay, se encontraba en el hecho de que en el teatro estaban también los señores profesores de la orquesta, los cuales al oír el disparo y el toque de sirena (o viceversa), nerviosos por cómo se estaba desarrollando la velada, se liberaron todos a la vez de los instrumentos para poder escaparse mejor. Ahora bien, los instrumentos eran numerosos, iban del contrabajo al fagot, al trombón, a los violines, a los flautines, al bombo y a los tambores. Estos instrumentos, primero lanzados al aire y luego caídos al suelo, hicieron mucho ruido y lo hicieron dentro de esa parte del teatro llamada golfo místico o algo similar, y cuyo objetivo es amplificar el sonido de la orquesta. Cosa que también en aquella ocasión el golfo místico hizo, desconociendo, empero, que no se trataba de música. La consecuencia fue que a todos les pareció que, de pronto y sin razón alguna, el teatro había pensado en hundirse bajo tierra.

Don Memé Ferraguto no se había movido ni con la nota falsa ni con el disparo, pero ante aquel sonido mágico y perturbador que vino del lado del escenario sintió que se le revolvía todo.

—¡Es una bomba! —gritó.

Tras coger a la prefecta, trastornada, la levantó en vilo y se la llevó detrás del palco, pegándola al muro, mientras el capitán Villaroel, que no sabía leer ni escribir, extraía con violencia la espada. El alcalde, que era un poco lento de reflejos, para su desgracia empezó a levantarse del asiento y se encontró a tiro del sable de Villaroel. Cayó hacia atrás, con la frente partida por la punta de la espada, pero nadie reparó en

él. El prefecto, por su parte, se levantó rápido y se puso al lado de su mujer, recibiendo en parte la protección de don Memé.

Éste era el panorama cuando la gente comenzó a querer salir de la platea y de los palcos encontrando la resistencia de los soldados que, a patadas y a golpes de plano con el sable, la rechazaba. La orden era no dejar salir a nadie y ellos se atenían a esa orden. Fue en medio de todos estos empujones, de estos empujones adelante y atrás, que don Artemisio Laganá, hasta aquel momento reputado de hombre de ánimo sereno y siempre dispuesto a una razonable mediación, perdió de golpe la cabeza y el sano juicio, tiró de estoque, del bastón armado con espada, e hirió en el hombro al soldado Arfio Tarantino, gritando al mismo tiempo, vete a saber por qué:

—¡A la carga!

Nunca en su vida el señor Artemisio Laganá se había encontrado vestido de soldado y, sin embargo, el tono de voz que en aquella ocasión le salió del pecho fue el de un hombre de armas, habituado a la lucha. La orden militar, dada con una fuerza que la hizo llegar hasta el paraíso, tuvo el efecto de espolear y organizar un cierto método en la batalla contra los soldados que bloqueaban la salida.

Las mujeres, a las que en un primer momento se había cedido caballerosamente el paso hacia la salida, fueron, por así decir, retrasadas a la segunda línea, mientras que los muchachos más fuertes y los señores dispuestos a jugarse la partida se pusieron a atacar a los soldados. Ahora bien, es obligatorio precisar que al cabo Vito Caruana, cuando había recibido la orden de no dejar salir a nadie del teatro, se le había ocurrido cerrar las dos filas de los palcos, dado que las llaves estaban puestas del lado de afuera. Por tanto, los ocupantes de los palcos durante un cierto tiempo no pudieron más que tratar de desfondar las puertas que, no obstante, resistían sólidamente. Diversa, en cambio, era la situación para todos aquellos de la platea y del paraíso que no tenían puertas que abatir, sino que sólo se encontraban delante de los soldados armados. Entretanto los de la primera hilera de palcos, al haber descubierto después de algunos intentos que las puertas no se abrían, se percataron de que bastaba con salvar el parapeto y dar un pequeño salto para encontrarse en el más amplio espacio de la platea. Así hicieron, ayudándose entre ellos, y bajando a fuerza de brazos a las mujeres y los ancianos. Por eso, los más jóvenes, acabada la evacuación, corrieron a apoyar, a echar una mano a los de la platea que trataban de salir. En el paraíso, en cambio, las cosas marchaban de distinta manera. Ante el primer disparo de mosquetón, ante el toque de sirena de la soprano y ante el subsiguiente sonido terrorífico y misterioso, Lolló Sciacchitano y su amigo Sciaverio se encontraron automáticamente espalda con espalda, como era costumbre en ellos en toda bronca de taberna. Se miraron, con las cabezas vueltas la una hacia la otra, y sin hablar establecieron el plan de acción. Avanzaron lentamente hacia un soldado que los estaba mirando inmóvil y luego, cuando estuvieron a dos pasos, se arrojaron hacia adelante dando un espeluznante bramido. Aterrorizado, el soldado levantó el mosquetón y apuntó. En este punto los dos se dieron la espalda y siempre vociferando

como locos se pusieron a correr en sentido contrario. Instintivamente el soldado corrió detrás de ellos, y esto lo perdió: Sciacchitano se detuvo de golpe, Sciaverio siguió corriendo y el soldado fue detrás de él. Demasiado tarde tomó conciencia de la trampa, a sus espaldas Sciacchitano le dio un tremendo golpe en el occipucio con el canto la mano y cayó como un saco vacío. El segundo soldado que se encontró cara a cara con los dos, tuvo la misma suerte con un sistema distinto. Sciacchitano y Sciaverio se arrimaron a él y empezaron a empujar, a su vez el soldado empujó en sentido contrario. Cuando el terceto se encontró en posición de tablas, los dos retrocedieron de repente un paso y el soldado, llevado por la fuerza de su mismo impulso, cayó boca abajo. Sciaverio le dio un puntapié en la cabeza y lo mandó a dormir, le quitó el mosquetón y también le cogió seis balas de la cartuchera. Los cuatro soldados que habían quedado cedieron a la presión de los del gallinero, uno cayó hacia atrás rodando por la escalera, los otros se apartaron poniéndose de lado. Y la multitud se precipitó abajo, hacia el vestíbulo.

En la segunda fila de palcos la situación parecía estacionaria, al punto que el capitán Villaroel abrió cautelosamente la puerta del palco real y miró: en el corredor no había nadie. Se le acercó el cabo Caruana, la única alma viviente.

—Aquí todo está en orden, señor capitán. No pueden salir de los palcos, los he encerrado dentro y las puertas son fuertes. ¿Qué hago?

—Ve abajo con tus hombres a echar una mano a los soldados en la platea. Yo me quedo a cuidar a Su Excelencia.

Caruana obedeció, mientras Villaroel, siempre con el sable desenvainado, se ponía delante del palco real, ojo avizor.

Ninguno de los dos había tenido en cuenta la habilidad gimnástica de Serafino Uccellatore, en su juventud ladrón de casas y ahora estimado comerciante en cordelerías. Serafino, que se había dado cuenta de que los de la segunda fila estaban prisioneros, trepó desde la platea por la balastrada de la primera fila, se irguió, se mantuvo en equilibrio, se agarró de los pies de una estatua de madera que representaba a una mujer desnuda con alas, se quedó suspendido en el aire, se aferró a la balastrada del palco superior y se lanzó arriba a fuerza de brazos y con una media vuelta se encontró dentro del palco, donde fue acogido con un aplauso por aquellos que seguían su maniobra. Una vez dentro del palco, sacó el revólver que siempre llevaba consigo, apuntó a la cerradura y disparó. El tiro fue seguido por un aullido general y un aumento del movimiento ondulante de la gente. La puerta se abrió. Con ojos espantados, el capitán Villaroel vio a una especie de atleta en carrera de velocidad que abría todos los palcos puerta tras puerta y a los ocupantes que salían vociferando, como una gran evasión de una cárcel. De modo que los soldados que se encontraban defendiendo los dos rellanos en los que empezaban las escaleras que llevaban abajo no pudieron más que pegarse a la pared y dejar vía libre a los huidos. En este punto, todos los vigatenses que habían ido al teatro se agolparon en el gran vestíbulo. Pero salir era imposible: el teniente Sileci, que estaba fuera con sus

soldados, había hecho poner vigas de madera atravesadas en las manillas de la gran contrapuerta de vidrio y de madera, de modo que no fuera posible abrirla desde el interior. Para más inri, una hilera de soldados sostenía los mosquetones amenazadoramente apuntados hacia el vestíbulo. Sofocadas por el gentío, tres o cuatro señoras se desmayaron y debieron ser tendidas en el suelo. Del mismo modo en que don Artemisio Laganá en un momento dado había asumido el mando militar, el presidente Cozzo estableció que él era el jefe civil.

—¡Todas las señoras desmayadas de este lado! —ordenó.

Le obedecieron. Las señoras, cogidas por los pies y arrastradas, sostenidas por la cabeza y los pies y levantadas, fueron amontonadas en un rincón del vestíbulo.

—¡Todos a la carga! ¡A la carga! —exclamaba entretanto Laganá.

—¡Pero fuera están los caballos! —le dijo uno.

—¡Y los soldados tienen los fusiles apuntados! —recalcó otro.

Mientras la indecisión pareció adueñarse del vestíbulo, el capitán Villaroel, ignorante de lo que sucedía abajo, decidió que se podía intentar una escapatoria.

—¡Todos fuera! —gritó a los ocupantes del palco.

El prefecto, la prefecta, don Memé y el alcalde, que sujetaba un pañuelo empapado de sangre sobre la frente, salieron, con una engañosa tranquilidad, visto que en torno no había nadie. Empezaron a bajar la escalinata, el capitán delante con el sable y don Memé cerrando la fila. Aún en las escaleras, apenas llegados a la vista del vestíbulo, se encontraron frente a un muro humano hormigueante, agitado, tempestuoso, lleno de voces, de gritos y de quejidos. Entonces Villaroel aulló, desgañitándose:

—¡Paso a Su Excelencia!

Por las dudas, empezó a dar golpes de plano a diestro y siniestro, a bulto. Así el grupo pudo llegar hasta el vestíbulo, pero aquí ya no consiguió dar un paso, ni adelante ni atrás. Tanto más que Villaroel, mientras continuaba dando voces y usando de plano el sable, sintió la boca fría de un mosquetón apuntándole al occipucio. Era el arma con la que había arramblado Sciaverio.

—¡Tira el sable, estúpido!

Villaroel obedeció y Laganá se apoderó rápidamente de su arma.

—¡A la carga! ¡A la carga! —repitió blandiéndola y pasando el estoque a un señor que tenía al lado.

Vista la barahúnda que se estaba armando, sabiamente don Memé llevó al prefecto y a su mujer a un rincón y los resguardó con su cuerpo.

Entretanto Sciaverio, como para hacer algo nuevo, disparó un tiro de su mosquetón hacia la contrapuerta. Los vidrios se rompieron, provocando otras altísimas exclamaciones de la multitud.

En todo este jaleo, don Tanino Licalzi, llamado «mano rápida» porque tenía el vicio de tocarle el culo, con una habilidad casi sobrehumana, a todas las mujeres que se le ponían a tiro, en el caos, en la oscuridad y multitud había hecho tal provisión de

tocaditas que la mano derecha le dolía. Pero ahora se fijó que en su colección faltaba el culo de la señora esposa del prefecto. Tanto hizo y tanto dijo, maniobrando en medio de la multitud tumultuosa, que se encontró justo al lado de la prefecta. Con los ojos cerrados por el placer degustado, alargó la mano, encontró un trasero cubierto de seda y apretó.

—¡Me están tocando el culo! —chilló sorprendida, indignada y ligeramente feliz la prefecta.

Don Tanino, alcanzado el objetivo, se arrodilló y se fingió desvanecido. Pero el grito de la señora había alcanzado el corazón y el honor de don Memé, el cual, loco de rabia por aquel gesto sacrílego, desenfundó el revólver del bolsillo y disparó tres tiros al aire.

—¡Paso! ¡Paso! —gritaba con voz ahogada.

Ante los tiros, la gente más cercana se apartó y se hizo un poco de sitio en torno a don Memé, al prefecto y a la señora que seguía murmurando:

—¡Me han tocado el culo!

Oídos los tres tiros de revólver, el presidente Cozzo decidió pasar a la acción. Esta vez sacó de verdad su revólver, después de años de intentarlo. Puso el índice en el gatillo, lo pensó un instante sintiendo en la boca un sabor a limón y luego disparó. La bala, feliz de su libertad después de décadas de clausura, dio rienda suelta a sus caprichos en un recorrido que habría vuelto loco a un experto en balística. Tras golpear en el techo del vestíbulo, se desvió hacia una pared y cogió el lateral del bajorrelieve en bronce que representaba la cara del maestro Agenore Zummo (1800-1870), egregio presidente del Círculo de música de Vigáta. Desde el ojo derecho del maestro Zummo la bala se dirigió hacia la enorme araña central, rozó un pináculo de cobre y, describiendo una parábola, fue a meterse apenas por debajo de la piel del occipucio del alcalde, que entretanto no conseguía contener la sangre de la frente. Nuevamente herido, el alcalde lanzó un berrido de cerdo degollado y se desplomó, rompiéndose la nariz. Siempre por no saber leer ni escribir, Sciaverio, escondido detrás de los amplios traseros de tres damas desvanecidas y puestas la una sobre la otra, disparó otro tiro de mosquetón al tuntún. En este punto, en el espacio libre que se había formado en torno a don Memé y a sus protegidos, cayó el teniente Sileci con su caballo. Se había hecho abrir la contrapuerta por sus soldados, que permanecían, empero, de guardia para impedir la salida de la gente. El salto fue de antología hípica, el teniente no lo había aprendido en una escuela de equitación sino por la fraternal frecuentación con un bandolero fugitivo al que iba a ver al monte en las horas libres por placer, simpatía y relaciones de negocios. Sileci se inclinó desde el caballo, cogió a la prefecta por un brazo y se la puso delante, sobre la montura, agarró al prefecto, lo levantó y se lo puso detrás. Espoleó al caballo, en este punto, para hacerlo saltar de nuevo y volver atrás. Pero la bestia, debido al peso, no lo consiguió.

Fue precisamente entonces cuando el presidente Cozzo, literalmente presa del éxtasis por haber podido usar el revólver, disparó un segundo tiro cerca de las orejas

del caballo. El cual, aterrorizado, saltó por encima de toda la multitud y se encontró fuera del teatro. Sileci, ayudado por los soldados, transportó a la prefecta y al prefecto a su carroza y los expidió a Montelusa haciéndolos escoltar por cuatro de sus hombres.

El paso del caballo de Sileci, sin embargo, había abierto inevitablemente un momentáneo resquicio entre los soldados de afuera y la multitud se aprovechó de él, abalanzándose de golpe al aire libre, mientras las luces de la plaza se apagaban. En efecto, había sucedido que algunos muchachos del pueblo, para ayudar a los paisanos que estaban dentro del teatro, habían pensado que la oscuridad de la noche habría sido propicia y por eso, tras atar con cuerdas tres farolas a tres caballos, las habían arrancado. Sin que hubiera ni una razón ni una orden los soldados atacaron entonces en la plaza y por las calles a la gente que se estaba alejando a la carrera. Y aquí ocurrieron otras historias. Como la de Sciaverio que, perseguido por un soldado, le disparó un tiro que le dio en la mano o como aquélla del soldado Francesco Micchiché que, yendo detrás de uno, al pasar por un callejón muy estrecho le dio en la cabeza un cántaro lleno de mierda y meada. El delegado Puglisi no participó en toda la batalla.

Desde el principio del follón se había sentado desconsolado en una butaca de la platea y se había cogido la cabeza entre las manos.

ERA UNA ALEGRÍA PRENDER FUEGO

Era una alegría prender fuego, sobre esto no había ninguna duda, pero al verlo crecer, subir cada vez más alto, ganar espacio y comerse cantando todo aquello que se le ponía delante, la alegría se transformaba poco a poco en placer y se te empalmaba como cuando estabas follando.

«Tengo que repetirlo», se dijo Traquandi desnudándose de la cintura para arriba, como hacía casi siempre que quería coger el sueño.

En la camita de al lado, hacía una hora que Decu se había dormido a pierna suelta, con una respiración tan larga y regular que parecía que se cantase a sí mismo una nana.

Los despertó, por la noche, una llamada insistente a la puerta, una llamada que no era tan fuerte como para querer parecerse a una orden, era más bien una cortés solicitud de permiso. Pero bastó para que los dos, despabilados de improviso, se quedaran helados.

—Quieto, no abras —ordenó Traquandi a Decu, comprendiendo que el otro estaba a punto de encender una vela, y empuñó la escopeta que el amigo le había dado y que había dejado en la cabecera de la cama.

Decu se levantó despacio, sin hacer ruido, y el romano hizo lo mismo. Se apostaron a los lados de la puerta mientras el golpeteo, amable pero firme, continuaba.

—¿Quién es? —espetó Decu con una voz que quería parecer segura.

—Soy yo, Decu, soy tu primo Girlando.

—¿Quién coño es? —preguntó el romano.

—Es mi primo, hijo de un hermano de mi padre.

—¿Y qué quiere a esta hora?

—No lo sé. Ahora se lo pregunto.

No fue necesario, porque el otro desde atrás de la puerta continuó:

—Abre, Decu, necesito hablarte. A ti y al muchacho romano que está contigo.

Traquandi dio literalmente un salto y apretó nerviosamente la escopeta entre las manos de repente sudadas.

—¿Cómo coño sabe que estoy aquí? Esta historia comienza a olerme mal.

—¡Calma, calma! —le respondió Decu—. Si él sabe que estás escondido aquí conmigo, quiere decir que lo saben también en la jefatura, en Montelusa.

De golpe, a Traquandi se le hizo la luz.

—¿Me estás diciendo que ése que está ahí fuera es un poli?

—Sí. Pero sobre todo es mi primo.

—¿Y qué viene a significar ese sobre todo?

—Viene a significar que por aquí significa algo.

—Razonad —dijo la voz de afuera—. Si os quisiera coger, os cogería. Estabais durmiendo como dos chiquillos. En cambio, no sólo no tengo la intención de cogeros, sino que no podría hacerlo. Estoy solo y desarmado. Además, Decuzzo, ¿acaso alguna vez te he traicionado?

Fueron precisamente estas últimas palabras las que hicieron decidir a Decu.

—Podemos fiarnos —dijo en voz baja a Traquandi. Y luego, en voz alta—: En un minuto abro.

El romano se vistió de prisa, mientras Decu encendía una lámpara. Luego abrió.

En la puerta había alguien, agradable, con las manos levantadas. En la derecha sostenía un candil que le daba luz sobre la cara sanguínea, de hombre cordial, bien dispuesto con todo el mundo tal como se presentaba, hombres, árboles y animales.

—Te saludo, Decuzzo —espetó sonriente—. ¿Puedo entrar?

Decu no respondió, pero se apartó a un lado para dejarlo pasar mientras el romano estaba hacia la pared del fondo del cuarto apuntando con la escopeta sobre el recién llegado. Pero el poli pareció no hacerle caso. Apoyó el candil en el suelo y se sentó en una silla cercana, de manera que la luz le diera sólo a él, a su cara risueña, dejando a los demás en el cono de sombra, como para demostrar que él se exponía porque no tenía nada que ocultar.

—¿Entonces? —preguntó Decu.

—Es un asunto complicado —afirmó Girlando—. Complicado de explicar y de entender.

—¿Me quieres dar por el culo? —fue la pregunta brutal de Traquandi, que no había entendido la ceremonia.

—No —aseguró el poli levantando una mano—. No. Al contrario.

—¡Entonces explícate, primo!

—Decu, si tú estás nervioso, también yo lo estoy. Porque si en jefatura llegan a saber que he venido a verte, me jodo como mínimo la carrera. Esto debe quedar claro. Razonemos, veamos cómo están las cosas. Por tanto, ese prefecto majadero de Montelusa decide que en Vigáta el nuevo teatro debe ser inaugurado con una ópera de mierda. Y lo consigue, poniéndose en contra de todos. La ópera acaba como debía acabar, como el rosario de la aurora. ¿Estamos todos de acuerdo?

—Estamos de acuerdo —aseveró Decu un poco extrañado de que su primo diera tantos rodeos. No entendía adonde quería ir a parar.

—¿Y qué sucede? —prosiguió el poli—. Sucede que cuando hace dos horas que todo está en calma, después del follón que se ha armado en el teatro, el teatro se prende fuego. Eso es extraño.

—¿Por qué? —intervino Traquandi—. El fuego necesita tiempo para prender. Si alguien, en la barahúnda, ha dejado caer al suelo un cigarro...

Girlando lo dejó paralizado con una mirada.

—No tengo tiempo que perder. Si queremos darnos por el culo con esta historia del cigarro, me levanto y me voy.

—Continúa —dijo Decu.

—A nosotros, los vigatenses, todos nos conocen. Y todos saben que somos capaces de las peores cosas, pero en el momento, con la sangre caliente, cara a cara. Nunca haríamos algo de este tipo, con premeditación, dos horas después, una vez sosegados. Nosotros no reflexionamos sobre ello, como hacen los cornudos. Por lo tanto, quien ha quemado el teatro no ha sido un vigatense, sino un forastero. Ésta es la exacta idea que tiene el delegado Puglisi, que no hace ni dos horas ha ido a contársela al comisario, ésta es su opinión.

—Según Puglisi, ¿quién fue? —preguntó lívido Decu.

—Según Puglisi fue ese mazziniano venido de Roma y que se encuentra en el pueblo desde hace cuatro días.

—¿Yo? —dijo Traquandi, con arrogancia.

—Usted, sí —espetó Girlando mirándolo tranquilamente.

—Pero incluso si fuera cierto —intervino Decu—, ¿cómo podría probarlo Puglisi?

—Si consigues atrapar al señor que tengo aquí delante —dijo el poli—, lo hará cantar, puedes poner la mano en el mismo fuego que ha quemado el teatro.

Dio un suspiro y encendió un cigarro al fuego de la lámpara, dejando que entretanto los otros dos se cocieran en su propio caldo.

—Pero yo tengo otra opinión —dijo Girlando después de la primera calada del cigarro, mientras miraba el humo.

Los dos se aferraron a estas palabras como náufragos a un trozo de madera.

—¿Cuál? —preguntaron casi a coro.

—Mi opinión es que quien prendió fuego fue Coco Impiduglia, el memo, el tonto del pueblo. Impiduglia no sabe ni hablar, un perro tiene más cerebro que él, es peor que un animal. Todos los vigatenses saben que él tiene una sola satisfacción: prender fuego a lo primero que encuentra. Lo hemos arrestado cuatro veces, y siempre porque había quemado ora un pajar, ora un cobertizo de madera. En mi opinión, en conciencia, también esta vez ha sido él. Puglisi se equivoca.

—Si está tan convencido de que quien prendió fuego al teatro fue ese loco de los cojones, ¿por qué ha venido esta noche aquí a darnos el coñazo?

Traquandi estaba nervioso, había sacado el pañuelo del bolsillo y se secaba continuamente la boca.

—Porque el asunto es complicado. Y ahora voy al meollo y me explico. Puglisi no sólo está persuadido de que quien prendió fuego al teatro, provocando dos muertos, fue el mazziniano llegado de Roma, sino que tuvo el valor de decirle al comisario que si le hubiera dado la orden de arrestar inmediatamente al romano, éste no habría tenido ni modo ni tiempo de quemar el santo teatro. Por tanto, en consecuencia, también el comisario es, siempre según Puglisi, responsable del follón. Éste es un asunto muy serio, Puglisi es tozudo como un mulo.

—¿Qué coño quiere decir?

—Quiere decir que va por su camino. Suceda lo que suceda, incluso la muerte de Sansón con todos los filisteos. ¿Me explico?

—Perfectamente —afirmó Decu.

—En este punto yo, por mi cuenta, sin decir nada a nadie, tomé la decisión de encontrar un modo de arreglarlo todo. Puesto que el comisario ha dado la orden a Puglisi de que arreste al romano mañana por la mañana, temprano, hacia el alba, es decir, dentro de algunas horas, he venido aquí de inmediato. Si cuando llegue Puglisi te encuentra a ti, Decu, durmiendo como un angelito, solo, sin que haya señal del paso por tu casa del romano, todo se convertirá en una fantasía del delegado Puglisi. No hay pruebas, no hay nada.

—Ya entiendo —dijo Traquandi—. En su opinión, debo marcharme de aquí de prisa.

—Exacto —aseguró Girlando.

—Está bien. ¿Pero me pongo a escapar así como así? ¿Adonde voy? ¿Adonde corro?

—Escapar así como así, no. Le cogerían en seguida y entonces las cosas se pondrían feas, en primer lugar para mí que le he dejado escapar.

—¿Entonces?

Girlando hizo una pausa artística y apagó la colilla del cigarro.

—En la encrucijada, a cien metros de esta casa, hay un hombre de mi confianza que le espera. Se llama Laurentano y tiene dos caballos, uno es para usted. Si parte sin perder tiempo, ahora, mañana a media mañana estará por Serradifalco, donde un amigo mío le puede tener en su casa durante tres o cuatro días. Luego él mismo verá dónde mandarle.

—¿Entonces tengo que marcharme?

—Desde luego. De esta manera que he tramado se resolverá todo. Puglisi no le encuentra y por eso lo que ha pensado sobre quien ha quemado el teatro vale menos que una mierda, mi primo niega haberle ocultado, yo arresto a Coco Impiduglia y lo persuado de que diga lo que yo quiera, incluso que prendió fuego a Roma en tiempos de Nerón. Y así seguimos tirando todos felices y contentos, el comisario incluido, como en una historia de esas que se cuentan a los chiquillos para que cojan el sueño. Persuádase, no hay otra salida. Pensadlo vosotros, yo salgo de la casa, voy a tomar el fresco.

Lo pensaron, lo razonaron, por momentos se dieron puñetazos, se abrazaron y decidieron. Traquandi recogió sus cosas, estrechó la mano de Decu y salió acompañado por el poli.

—Espérame despierto que tengo que hablarte —susurró Girlando a Decu antes de acompañar al romano.

Volvió en menos de un cuarto de hora, estaba contento.

—El amigo romano ya está en buenas manos. Y tú debes estarme agradecido.

Porque si no era por esta idea mía, mañana por la mañana estabas en la cárcel y sacarte hubiera sido muy difícil. Hay dos muertos, Decuzzo, no lo olvides.

—¿Qué debo hacer cuando se presente Puglisi?

—No debes hacer nada de nada. O, al menos, enfádate, hazte el asombrado, da voces de rabia. Entretanto dame esa escopeta, no me gusta que Puglisi encuentre aquí un arma de fuego. La tiraré en el pozo, en cuanto salga. A Puglisi le dices que no sabes nada de ese romano, que nunca lo has visto, que en la historia del teatro eres tan inocente como el niño Jesús. Incluso si te arresta porque se ha emperrado, después de medio día por fuerza deberá dejarte en libertad. Ahora dame un poco de vino, que he cogido frío.

Caminaban por un sendero de campo, ya había luz. De pronto, Laurentano, un aldeano como tantos que Traquandi había visto en aquellos días, se dirigió al romano sin volver la cabeza.

—¿Usted es de Roma?

—Sí, de Roma.

—¿Y cómo es Roma?

—Hermosa.

—¿Y al papa, lo ve?

Traquandi no entendió la pregunta.

—¿Qué ha dicho?

—¿Al papa, lo ve?

—No. Nunca lo he visto.

—¡Virgen santísima! —se maravilló Laurentano—. ¿Está en Roma y no ha visto nunca al papa? Si yo viviera en Roma, estaría todo el santo día, arrodillado, delante de la iglesia donde está el papa, esperando verlo y pedirle el perdón de todos mis pecados. Pero usted, ¿es cristiano o no?

Traquandi no respondió. Y Laurentano no volvió a abrir la boca durante todas las horas de viaje que siguieron.

Casi en el mismo momento en que Girlando dejaba a su primo Decu entre abrazos y besos, el delegado Puglisi se encontraba en el salón de la casa de los Mazzaglia.

—¿Está don Pippino?

—Sí, pero está acostado, no se siente bien. Ahora le pregunto si lo puede recibir.

La sirvienta se alejó. Sobre Puglisi volvió a caer el cansancio de cuerpo y alma que permanecía agazapado en los momentos en que hablaba o actuaba, pero que salía fuera apenas se quedaba solo, incluso durante algunos segundos. Se dio cuenta de que no podía mantenerse derecho, se apoyó en el respaldo de una silla y le pareció que algo oscuro, revoloteante, le había pasado por delante de los ojos. Regresó la criada.

—Puede venir. Don Pippino está mejor.

La siguió y se encontró en el dormitorio de Mazzaglia, que tenía tres cojines detrás de la espalda, estaba lívido y mantenía la boca abierta como si se ahogase. Con

una mano temblorosa le hizo señas al delegado de que se sentase en un sillón al lado de la cama.

—No tengo aliento para hablar —dijo don Pippino.

—Lo veo. Por eso, si me permite, le hago a vucencia una sola pregunta.

Mazzaglia hizo que sí con la cabeza, estaba de acuerdo.

—¿Dónde está el romano?

Dado que Mazzaglia había levantado una mano como para detenerlo, Puglisi continuó sin darle tiempo a abrir la boca.

—Sé que el romano no está con usted, porque usted no daría acogida en su casa a alguien capaz de prender fuego a un teatro y matar, sin pararse a pensar, a dos pobres inocentes. Usted no es una persona capaz de hacer esas cosas. Y yo estoy aquí para preguntarle: ¿dónde está escondido ese asesino?

—No lo sé —dijo don Pippino con un hilo de voz.

—En cambio, yo sé una cosa: que usted ha caído enfermo porque ha tenido que vérselas con ese delincuente.

Don Pippino cerró los ojos, su cara pareció aún más lívida.

—Usted no hable, que hablo yo. Lo sé con toda seguridad. Usted no se mete con un rufián como Traquandi. Tampoco se mete don Niní Prestía, que es un gentilhombre como usted. Y, puedo poner las manos en el fuego, tampoco se metió Bellofiore. Entonces, entre todos vosotros, los mazzinianos, sólo queda un nombre. El de Decu. ¿Me equivoco?

Mazzaglia no dijo ni sí ni no. —¿Es Decu quien tiene en su casa al romano? El viejo no hizo ningún movimiento—. Gracias —dijo Puglisi levantándose—. Voy a cogerlo.

La mano de don Pippino saltó y apretó con fuerza el brazo del delegado.

—Estáte atento, ese romano es de mucho cuidado.

MI QUERIDA GIAGIA

«Mi querida Giagia:

»En este día quiero revelarte, adorada, otro de mis secretos. Tantos sabes de mí, Giagia, ofrecidos a tu corazón en los años de este camino común, que penden como un collar de raras perlas en torno a tu cuello ebúrneo. Puesto que en ellos me reconozco, es como si perennemente a tus carnes más tiernas y deseables estuviera beatamente unido.

»Por eso, ahora, quiero enhebrar una nueva perla.

»Amada Giagia, la cuestión es que hoy todos en Montelusa y en los pueblos que la rodean, ante todo en Vigáta, se plantean cuál ha sido el motivo por el que tu esposo, el prefecto, o sea Aquel que en estos desde luego no amenos lugares representa al Estado, quiso, enérgicamente, que el nuevo teatro de Vigáta se inaugurase con la ópera *Il birraio di Presión* de Luigi Ricci.

»Los malévolos, que son la mayoría, habiéndose enterado del vínculo de sangre que me une al empresario de dicha ópera, miden mis intenciones con el metro de su miserable corazón: empezaron ignoblemente a especular sobre el supuesto interés pecuniario que pueda haber obtenido de dicho parentesco. En cambio, tú sabes muy bien cómo mi familia y yo mismo nunca hemos querido mantener relaciones con él, desde que se demostró, además de empedernido jugador y dissipador de fortunas, también frecuentador de mujeres de mala vida como bailarinas, actrices y cantantes.

»¿Entonces? ¿Cuál ha sido el motivo del porfiado propósito del señor prefecto? Esto es lo que se preguntan en Montelusa y alrededores.

»Luché mucho, adorada, a fin de que esta ópera fuera representada en Vigáta y he debido afrontar con ánimo sereno y franco valor días sombríos, discusiones acaloradas y vituperiosas maquinaciones para alcanzar mi fin. De estas tormentosas vicisitudes tú no has sabido nada, adorada Giagia, porque he preferido ahorrártelo todo, callando, y no hacerte sufrir más que por algún cambio de humor del que nunca acabaré de implorarte perdón.

»Primero debo revelarte el secreto motivo de mi entremetimiento en una decisión que sólo habría debido concernir, con plena libertad, a los responsables del nuevo teatro de Vigáta, dar por necesidad un paso atrás.

»¿Cuál era mi vida en Florencia en el año mil ochocientos cuarenta y siete? Era un joven abogado, de honesta y considerada familia y, sin embargo, un no sé qué de enfermo y grave me corroía el ánimo. No podía concentrarme en ninguna empresa: todo lo estimaba inane y vano. En la vida no veía otro objetivo que el fin de la vida misma, la muerte como último término. Ni siquiera prestaba atención a las diversiones que son propias de la edad juvenil, me encerraba en un huraño mutismo, en una apasionada soledad. Perteneecía, Giagia, a aquel *inmenso cementerio de ahogados* de los que Aleardi versifica, Aleardi, el poeta sobre cuyas páginas, en los

años que vinieron después, tantas lágrimas vertimos juntos, tantos suspiros exclamamos juntos. Pero después vino aquella noche, inolvidable y fausta, cuando un solícito amigo y confidente de mi infelicidad, Pepoli, ¿te acuerdas?, me sacó de mi mortal desidia y me llevó al Teatro de la Pérgola, donde por primera vez en Florencia se representaba *Il birraio di Presión*, que antes nunca había oído mentar. Desde luego, lo acompañé de mala gana.

»No tenía, adorada, ni corazón ni ánimo para seguir fingiendo un interés nunca nacido y con mayor razón de súbito desvanecido al oír aquellos sonidos, al ver aquellas figuras moverse y cantar en el escenario. Así que pensé que al terminar el primer acto retomaría el camino de casa, excusándome debidamente con el amigo Pepoli. Pero fue precisamente mientras me dirigía a la salida y mi paso cansino se movía entre la multitud festiva, cuando te vi, adorada. Estabas toda vestida de azul como el cielo y, en efecto, eras celestial, parecía que no te apoyaras sobre el suelo. Me quedé fulminado, petrificado. Fue un instante. Luego tus ojos se encontraron con los míos. ¡Oh Dios! Mi vida cambió en aquel instante, se dio vuelta como por un benéfico terremoto y lo que antes me había parecido gris y mortecino, milagrosamente recuperó su luz y resplandeció de vividos colores. De todo, para decirlo siempre con Aleardi, *Amor reabrió el ala fecunda*. Tú bien sabes, Giagia, cómo desde aquel mismo momento eternamente me até a ti, entendiendo la vida con fuerza nueva y renovado propósito...»

Precisamente por su piel, por el vello de los brazos que se le rizaba, don Memé comprendía que el pueblo de Vigáta se preparaba para la inauguración del teatro de una manera que no lo acababa de convencer. No había nada que hacer, porque no se trataba de cosas concretas, sino de medias palabras, silencios, miradas de través y sonrisitas con la comisura de los labios. El, en cambio, se había comprometido sobre su persona y sobre su honor a que todo estaría tranquilo. Pero las cosas habían cogido un sesgo equivocado, ¿con qué cara podía presentarse al prefecto? Así, iba adelante y atrás por la calle principal de Vigáta, mirando con mala cara a quienes no le caían bien y haciendo grandes saludos a quienes sabía de acuerdo con todo aquello que él, en primer lugar, y el prefecto, en segundo, querían.

«...regresé sobre mis pasos no para escuchar la ópera hasta el final, sino para no ocasionar a mis ojos el desesperado dolor de no volverte a ver. El Cielo benévolo había querido que mi sitio en la platea estuviera bastante atrás, de modo que el palco de segunda fila en el que te encontrabas con los tuyos se hallaba un poco por delante de mí. Quizá sintiendo que te quemaba la nuca por el ardor de mi mirada, en un momento dado tú, altiva, te volviste lentamente hacia mí... y tus ojos se encontraron con los míos... de golpe me sentí transformado, no te rías, adorada Giagia, en una pompa de jabón que, ligera, empezaba a fluctuar en el aire, volaba, salía del teatro, sobrevolaba la plaza, se elevaba hasta ver empuñecida toda la ciudad...»

Arelio Butera y Cocó Cannizzaro habían partido de Palermo por la mañana temprano, a las cuatro. Viajantes de habas y otros cereales, en tres días debían hacer, por razones comerciales, un largo recorrido de pueblo en pueblo por la zona de Montelusa. Esperando la hora de verse con un mayorista de Vigáta, se pusieron a dar cuatro pasos por la calle principal del pueblo. Éste fue el motivo por el cual, vagabundeando, se encontraron delante de un cartel impreso, a los lados del cual estaban montando guardia dos personas con gorra y escopeta al hombro.

Se detuvieron a leer lo que estaba escrito, o mejor, se puso a leer en voz alta Cocó, dado que su amigo Arelio no se avenía con la lectura y la escritura.

—Anuncio extraordinario —espetó Cannizzaro—, para la noche del miércoles diez de diciembre. Inauguración festiva del nuevo teatro de Vigáta llamado Rey de Italia. Única función de la inmortal ópera *Il birraio di Preston*, del maestro Luigi Ricci, napolitano, que tantos triunfos ha obtenido no sólo en Italia sino en el mundo entero. Sus óperas, desde *La cena frastornata* a *Il sonnambulo*, han recibido el aplauso de reyes y emperadores, además del vasto y culto público. Garantía de seguro éxito en Vigáta son el tenor cantante Liborio Strano y la actriz cantante Maddalena Paolazzi, que para la ocasión encarnarán los roles del enamorado cervecero y de su hermosa prometida Effy La representación, adornada de variopintas escenas y de magníficos trajes, tendrá lugar a las seis en punto de la tarde. Respetuosos del público, todos los cantantes, la orquesta formada por catorce profesores dirigidos por el eminente maestro Eusebio Capezzato y el Coro de la Academia Vocal de Nápoles esperan con ánimo palpitante el aplauso del inteligente público de Vigáta que quiera amablemente acudir al nuevo teatro Rey de Italia.

—No he entendido un carajo —dijo Arelio—. ¿Qué significa?

—Significa que esta noche se abre un nuevo teatro y que representan una ópera que habla de uno que fabrica cerveza.

—Cocó, ¿a ti te gusta la cerveza?

—No.

—¿Por qué?

—Porque me hace eructar y mear.

—A mí me hace eructar, mear y tirar pedos.

Se rieron. Pero las carcajadas fueron interrumpidas por una voz cortés.

—¿Me permiten? ¿Puedo reírme también yo?

Los dos se volvieron sorprendidos. Los ojos azules, la amplia sonrisa cordial y la actitud compuesta del hombre los hicieron caer en la trampa.

—Nos estamos riendo de nuestros asuntos. Si usted tiene algo de qué reírse, ríase de sus asuntos —respondió Coco mientras cogía a Arelio por el brazo y empezaba a caminar.

—Quietos —dijo uno de los dos hombres de la gorra apartando la escopeta del hombro. Los dos viajantes se detuvieron. Con violencia, don Memé, a sus espaldas,

los separó, se puso en medio de los forasteros.

—He dicho que quiero reírme también yo.

Arelio, por instinto, levantó una mano para dar un golpe. Don Memé se la aferró al vuelo y se la torció detrás de la espalda mientras daba un puntapié justo en los cojones de Cocó, que cayó al suelo quejándose y sujetándose las pelotas con las manos. Una decena de holgazanes y personas que pasaban se detuvieron a mirar, pero manteniéndose a la debida distancia.

Arelio se recuperó en seguida y se alejó un paso sacando del cinturón un puñal con treinta centímetros de hoja afilada.

—¡Ah, ah! —exclamó admonitorio don Memé llevando la mano derecha hacia el bolsillo posterior de los pantalones donde tenía la pistola, el revólver. Por el repentino cambio de expresión de la cara de aquel hombre, Arelio comprendió que no hacía guasa, aquel gesto no era un farol. Arelio envainó el puñal y lo puso otra vez en el cinturón.

—Disculpe —dijo en voz baja.

—Todos podemos equivocarnos —afirmó don Memé—. Buenos días.

Les dio la espalda y se marchó. Estaba contento, tenía ganas de cantar: todos habían visto lo que sucedía a los que se pitorreaban de la ópera. El pueblo se habría informado del hecho en menos de una hora.

Entretanto Arelio estaba ayudando a Cocó a ponerse de pie, solo no lo conseguía, estaba doblado en dos y se quejaba. Ninguno de los que estaban presenciando la escena hizo ademán de ayudarlos.

«¿Pero se puede saber en qué coño nos hemos equivocado?», se preguntó Arelio.

No tenía respuesta que darse ni se la dieron los holgazanes que continuaron holgazaneando ni aquellos que se encontraban de paso que continuaron pasando.

«...he aquí por qué he querido obstinadamente que esta ópera se representara en Vigáta. No hay otra razón y nadie podrá nunca descubrirla, está oculta en lo más profundo de mi corazón y del tuyo. Esta noche nos sentaremos en el teatro en el palco Real uno junto a la otra, ya no distantes como entonces, y te estrecharé con fuerza la mano. Te la estrecharé para recordar los momentos más hermosos de nuestro primer encuentro. Disfrutemos juntos, adorada, de este regalo que el tiempo y la ocasión me han permitido ofrecerte, garantía de futura felicidad. Te besa, con la dulzura que tanto te gusta, tuyo, para toda la vida, Dindino.»

Cogió un sobre, escribió «a mi Giagia» y, sin cerrarlo, se lo puso en el bolsillo. A la hora de comer, entró en el dormitorio y lo dejó a la vista bajo el espejo del tocador. No tuvo, como esperaba, pronta respuesta, al punto que pensó que Giagia no se había dado cuenta, pero, cuando volvió a mirar en el tocador, el sobre ya no estaba.

El silencio de Giagia duraba también en la carroza, mientras iban de Montelusa a Vigáta. La señora parecía distraída, ora se acomodaba los cabellos, ora se arreglaba el

vestido. ¿Era posible que hubiera cogido la carta sin ni siquiera leerla? El prefecto no aguantó más.

—¿Haz leído mi 'arta, Giagia?

—Claro. Gracias, Dindino.

Giagia era así, no había nada que hacer. Un año después de la boda, le había regalado un colgante: para comprarlo había tenido que vender dos fincas heredadas de su pobre abuelo. Y ella, por toda respuesta:

—Es bonito.

Después de una pausa, mientras eran sacudidos por el infame camino, ella abrió de nuevo la boca y dijo:

—Pero te equivocas, Dindino.

—¿En qué me equivoco?

—En la fecha, Dindino. Yo nunca estuve en el espectáculo de este cervecero. Nunca lo he visto. Nunca lo he oído.

—¿Bromeaz?

Antes de responder, se tocó los cabellos, el pecho, el muslo izquierdo, el muslo derecho, los ojos y los labios.

—No, Dindino mío, no bromeo. Aquella noche no fui al teatro. Me quedé en casa con mi abuelita. Tenía mis cosas, Dindino, me sentía mal. Estoy segura, Dindino, lo he comprobado en mi diario. Me quedé en casa.

—¿Pero no noz vimoz por primera vez en la Pérgola?

—Desde luego, Dindo, en el teatro de la Pérgola, pero seis días después. No era este cervecero sino una ópera de Boccherini, me parece que se llamaba *La Giovannina* o algo así.

—Ze llamaba *La Clementina*, ahora me acuerdo —dijo torvo Bortuzzi y luego enmudeció.

AQUEL AÑO LAS NARANJAS ERAN MAS ABUNDANTES DE LO HABITUAL

Aquel año las naranjas eran más abundantes de lo habitual. Puglisi lo notó mientras se apostaba con Catalanotti detrás de un murete en piedra seca a pocos metros de la casa de Decu. El alba se hacía acompañar por un vientecillo molesto y frío, el día se presentaba cubierto. El delegado padecía doblemente aquel frío por la falta de sueño, no había querido meterse en la cama, estaba seguro de que en cuanto se hubiera echado habría caído en un profundo sueño de al menos cuarenta y ocho horas. Por eso, la noche anterior, tras hablar con don Pippino Mazzaglia, se había ido a casa, se había lavado, cambiado de traje y se había puesto a pasear por el cuarto. Después de un cierto tiempo había sentido la necesidad de salir, de tomar un poco el aire, se había dirigido a la playa y había empezado a caminar por la orilla del mar, pensando en la tontería que había hecho con Agatina. Tontería, sí, porque si aquella historia continuaba, como él quería, sin duda su marido se habría enterado. Celoso como era, se habría rebelado. Y él, el delegado, el hombre de la ley, escandalizaría a todo el pueblo, se habría convertido en un mal ejemplo. Nada: con Agatina, cuando la volviera a ver, todo debía parecer como si entre ellos dos nunca hubiera sucedido nada, pero no sólo eso, Agatina misma habría debido entender que no habría otros encuentros.

—Si permanezco quieto otros cinco minutos, acabaré duro como un pejepalo —le dijo en voz baja Catalanotti moviendo los dedos para que no se le entumecieran.

—Tú no te muevas de aquí —espetó el delegado—. Guárdame las espaldas y no salgas al descubierto si yo no te llamo.

La casa de los Garzía, que antes habían sido personas ricas y de respeto, ahora estaba en ruinas. El tejado estaba medio desfondado y el falso techo protegía sólo en parte del agua y del viento, porque estaba agujereado en varios puntos. En las ventanas y en el ventanal central de la planta superior ya no había ni persianas ni vidrios. Claramente los de arriba eran cuartos inhabitables, Decu y su amigo romano por fuerza tenían que estar durmiendo en la planta baja. Inclinado hacia delante, Puglisi corrió hasta la puerta. No sucedió nada. Entonces se puso de lado, alargó un brazo y golpeó. Nadie respondió. Golpeó más fuerte.

—¿Quién es? —preguntó una voz empastada de sueño desde el interior.

Puglisi se persuadió de inmediato de que aquel que había respondido estaba haciendo teatro, estaba claro que fingía haberse despertado justo en aquel momento.

—Soy yo, el delegado Puglisi. Debo hablaros. Salid fuera.

—Ahora vengo, tenga un minuto de paciencia —dijo la voz ya no dormida sino vigilante, atenta.

La puerta se abrió y se asomó Decu en calzoncillos y camiseta de lana, una manta

sobre los hombros.

—Buenos días, delegado. ¿Qué pasa?

—¿Dónde está el romano?

Decu parpadeó haciéndose el sorprendido, pero no sabía fingir.

—¿Qué romano?

—El romano que está contigo.

—¿Me toma el pelo? Estoy solo. Entre usted mismo y mire.

—Ve tú delante —ordenó Puglisi, revólver en mano.

La búsqueda del romano duró pocos minutos, no había ni rastro del hombre. Puglisi empezó a sentir que le cogía una rabia sorda, con seguridad alguien había pensado antes que él en poner las cosas en su sitio, en hacer desaparecer al mazziniano. Pero la partida aún no estaba perdida.

—Vístete —dijo a Decu—. Nos iremos al cuartel y hablaremos un poco, tú y yo, solos, cara a cara. Después veremos quién es más listo, si tú o yo.

Sin decir palabra, Decu se sentó en la cama, se inclinó para coger los zapatos. Estaba dispuesto a hacer todo lo que le había sugerido su primo, total contra él no había ni la más mínima prueba, Puglisi podía ir a pelársela a otra parte. Pero mientras tanteaba con la mano buscando los zapatos debajo de la cama, los dedos encontraron el frío acero del cañón del revólver que había escondido el día anterior y del que se había olvidado. Sin que el cerebro entrara para nada en el asunto, sino sólo por puro instinto, empuñó la pistola y disparó.

Alcanzado en pleno pecho, Puglisi chocó contra el muro y el arma se le cayó de la mano. Luego resbaló con la espalda apoyada en la pared.

Se estiró en el suelo, como si quisiera ponerse más cómodo.

Ante el disparo, Catalanotti se alzó detrás del múrete y empezó a correr, blasfemando, hacia la casa. Entró afanoso y vio al delegado en el suelo: la sangre le había hecho una gran mancha en el pecho y tenía los ojos cerrados. Delante de él, Decu temblaba, lívido, el revólver se le había caído de la mano.

—¡Virgen santa! —susurró Catalanotti, y entendió, por demasiada experiencia, que su amigo y superior había muerto en el acto, como una vela apagada por el viento.

—No quería hacerlo —se lamentó con un hilo de voz Decu—. No quería matarlo. Se me escapó.

Catalanotti lo miró. Una cosa asquerosa, rubia, de cabello ralo, una especie de gusano con forma de hombre. Se estaba meando en los calzoncillos, que goteaban.

—¿Se te escapó?

—Sí, señor. Lo juro.

—También a mí se me escapó —dijo Catalanotti y le disparó a la cara. Luego se agachó al lado de Puglisi, le cogió la cabeza entre las manos, lo besó en la frente y se puso a llorar.

Comenzaba a amanecer, del lado de Serradifalco. Estaban atravesando un vallecito donde el olor de las naranjas aturdió. El aldeano Laurentano se detuvo.

—Tengo que mear —dijo.

—También a mí se me escapa —consintió Traquandi. Hacía seis horas que no intercambiaban ni una palabra. Desmontaron. El romano se acercó a un árbol, se desabrochó y empezó a aligerarse. Pero justo delante de él, colgada de una rama baja, había una naranja que era una belleza, no podía resistirse.

Sosteniéndose el pájaro con la izquierda, Traquandi levantó la mano derecha para coger el fruto. Justo en ese momento Laurentano le disparó detrás del occipucio. El romano se desmoronó hacia delante, golpeando la cabeza contra el tronco del árbol antes de caer de frente. Siguiendo las órdenes recibidas, Laurentano le quitó la cartera, se guardó la pasta que había, y había bastante, en el bolsillo, y luego hizo un montoncito con la cartera misma, la maleta del forastero y todo aquello que había dentro. Prendió fuego y esperó con santa paciencia a que se quemara todo, hasta que no quedaron más que cenizas. Después ató las riendas del caballo que había llevado al romano a su misma silla y retomó el camino de Montelusa o, mejor, de la jefatura de Montelusa, donde cumplía con sus obligaciones, cada día, a las órdenes del doctor Meli.

Por la mañana don Memé, que se había armado de valor, se presentó en la antecámara del prefecto.

—Dile a Su Excelencia que estoy aquí —dijo a Orlando.

El ordenanza lo miró durante un momento, después agachó la cabeza y respondió en voz tan baja que casi no se oía:

—Su Excelencia está muy ocupado.

—¿También para mí?

—Para todos, don Memé. Me lo dijo expresamente: estoy ocupado para todos, incluso para el Padre Eterno.

—¿Cuándo puedo volver?

—No sabría decirle.

Don Memé decidió que no era decente por su parte acuciar a Orlando, que parecía estar encontrándole el gusto a decirle que no.

Se volvió y amagó con marcharse, enseñando a los presentes la cara alegre de siempre. La voz del ordenanza lo detuvo.

—Ah, don Memé, me olvidaba. El doctor Vasconcellos quiere hablar con usted. Sígame.

Se encaminaron por un largo corredor, Orlando delante y don Memé detrás. Vasconcellos era el jefe de gabinete del prefecto, una especie de enano, llamado «u sacchiteddru», el saquito, sea por la estatura sea por la costumbre de ponerse trajes que le hacían perder toda forma humana. Alguien que lo conocía bien, lo llamaba

«sacchiteddru di vipere», el saquito de víboras. Llegado delante de una puerta, Orlando hizo señas a don Memé de que esperara, golpeó y entró. Un instante después volvió a salir.

—Le espera.

El jefe de gabinete, que hasta dos días antes se habría doblado en cuatro delante de él en la inclinación de reverencia, ahora no sólo dejó de responder a su saludo, sino que tampoco se levantó de la silla, puesta sobre una tarima, para recibirlo. Si hubiera sido necesaria, ésta era la prueba, pensó don Memé, de que un viento adverso estaba haciendo cambiar de ruta a todas las embarcaciones.

—Su Excelencia —dijo Vasconcellos— ha dejado este paquete para usted. Son libros. Dice que los devuelva a su legítimo propietario y que le agradezca el préstamo.

Sin duda, era la historia arqueológica de Sicilia, la que él había obligado al notario Scimé a darle para regalársela, a su vez, al prefecto. Mientras cogía el paquete, Vasconcellos le clavó la mirada, con los ojitos que parecían los de una víbora, una serpiente, y chilló:

—Feliz cuaresma, señor Ferraguto.

Don Memé, que estaba intranquilo, cayó en la trampa como un pardillo.

—¿Cuaresma? ¿En diciembre?

—Diciembre o enero, el carnaval ha terminado.

Aquel sepulturero de Vasconcellos había conseguido segregarse la tinta negra del calamar, consumir la mordedura venenosa de la víbora.

Su rabia era tanta que en la calesa que lo devolvía a casa don Memé sentía que la cabeza le hacía zumzum como si estuviera llena de moscas, avispas, abejas y abejorros. Dado que la rabia siempre es mala consejera, don Memé decidió cambiar de dirección el caballo e irse a su casita solitaria en la zona de Sanleone. Una vez llegado, comió de mala gana un poco de queso y una galleta mojada en vino. Luego se percató de que aquella veintena de naranjos que tenía en el jardín estaban tan cargados que las ramas se doblaban. Entonces cogió una cesta de mimbre trenzado y empezó por la primera planta de la hilera. No quería pensar, lo que había que hacer lo resolvería después de una buena noche de sueño. Pero había algo seguro como el sol: el prefecto era más gilipollas de lo que había estimado si creía que podía desembarazarse de él tan fácilmente. La afrenta que le había hecho sufrir en la prefectura delante de los ojos de todos se la pagaría con creces. Cuando la cesta estuvo llena, fue a vaciarla en un gran canasto de caña y empezó con el segundo árbol. Trabajó durante horas, sin percatarse. Casi había terminado, cuando oyó un ruido de caballo que se acercaba. Miró hacia la cancela y vio que estaba llegando Gaetanino Sparma, el guardián del honorable Fiannaca. Don Memé fue a su encuentro, como correspondía.

—¡Qué bien! ¡Qué magnífica sorpresa! ¿Cómo supo que había venido aquí?

—Cuando se me mete en la cabeza encontrar a alguien, lo pillo aunque se haya convertido en las pulgas del culo de un perro.

Se rieron. Sparma desmontó, entró en la casa y aceptó un vaso de vino. Pasado el tiempo justo para que la interrogación no pareciera ni curiosa ni espantada, don Memé preguntó.

—¿A qué debo el honor?

—Me ha mandado el honorable. Querría hablar con usted.

—¿Hoy mismo?

—No, señor, cuando le venga cómodo. No es nada importante.

—¿Cómo está el honorable? ¿Bien?

—Gracias a Dios, de salud está bien. Pero esta mañana se enfadó mucho.

—¿Con quién, si puede saberse?

—Con uno de Favara. El honorable decía que este señor de Favara no entendía la diferencia que hay entre ser un prepotente cualquiera y ser un hombre de respeto.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo explicaba esta diferencia el honorable?

—Ahora se lo cuento —afirmó Sparma—, pero no quiero molestarlo con estas chácharas. Siga con lo que estaba haciendo. Es más, si quiere, puedo echarle una mano para acabar de recoger las naranjas, que son algo espectacular.

—Gracias —espetó don Memé, alerta, el discurso del otro no lo acababa de convencer, quería ver adonde iba a parar.

Salieron de la casa, Gaetanino cogió una cesta y se puso a recoger naranjas del mismo árbol que don Memé.

—La diferencia —continuó el guardián— consiste no sólo en la apariencia, sino también en la sustancia. Este señor de Favara, vete a saber por qué, se conchabó con el delegado del pueblo. Se convirtió en carne y uña con él. Así, se puso a hacer, por cuenta del delegado, aquello que el delegado, o sea la ley, no puede hacer por sí mismo. Tropelías, infamias y vergüenzas. Coger a uno a hostias en la plaza pública o mandarlo a la cárcel sin culpa, éstas son cosas —dice el honorable— de apariencia. Pero para hacerlas sin perder la cara y sobre todo sin hacérsela perder a los amigos que confían en ti, hace falta la fuerza de la sustancia. Pero si se descubre que no tienes sustancia, que estás vacío por dentro, sólo eres una rama al viento, te conviertes en un siervo prepotente y, peor aún, en un siervo prepotente de la ley, que es algo retorcido por naturaleza. ¿Está de acuerdo?

—Desde luego que estoy de acuerdo.

—Ahora bien, un prepotente que se cree un hombre de honor puede hacer daño, mucho daño.

Hizo una pausa, se secó la frente sudada con la manga.

—¡Virgen santa, qué manera de hablar! Y quizá no me he explicado.

—Usted se ha explicado muy bien. ¡Perfectamente! —exclamó sombrío don Memé.

Por tanto, éste era el jugo del discurso, debía presentarse a juicio, explicar su

relación con el prefecto y justificarse. Le quemaba la ofensa de haber sido llamado prepotente. Quería quitarse de encima a Sparma.

—Las cestas están llenas —dijo—. Vamos a descargarlas.

Se agachó para coger su cesta. Y fue el último gesto de su vida porque Gaetanino, persuadido de haberle dado todas las razones posibles por aquello que era su deber, abrió la navaja, cogió a don Memé por los cabellos, le tiró la cabeza hacia atrás y le cortó la garganta, mientras retrocedía para no ensuciarse de sangre. En el manejo de la navaja el guardián era un maestro, aunque nunca en su vida había hecho de barbero. Después, con la punta de la bota, volvió al muerto panza al aire y le metió entre los dientes una hoja de papel blanco sin nada escrito pero con membrete. El membrete ponía: «Real Prefectura de Montelusa». Así, quien quería entender, que entendiera.

CAPITULO PRIMERO

Otros habrían podido hacer un libro de fantasía, una novela, en torno a las vicisitudes que acaecieron en Vigáta en la noche del diez de diciembre de mil ochocientos setenta y cuatro, cuando el teatro Rey de Italia, recién inaugurado, fue destruido por las llamas pocas horas después del espectáculo de apertura. Desde luego, no pocas ocasiones se habrían prestado al propósito de un novelista para sostener su fértil imaginación, porque en seguida muchos puntos aparecieron oscuros. Precisamente porque no fueron aclarados de inmediato, dejaron el campo libre incluso a las más descabelladas y delirantes suposiciones.

Es para mí casi un deber no ceder a los halagos de la imaginación, precisamente porque yo mismo, que en aquella época no había cumplido diez años, fui el primero en dar la alarma en Montelusa, advirtiendo del incendio a mi pobre padre, desde hace años desaparecido, que ejercitaba las funciones de ingeniero de minas. Él, con insuperable sentido del altruismo y generosidad de intenciones, tras reunir a algunos de sus empleados, corrió hacia Vigáta con un aparato de su creación y construcción adecuado para apagar los incendios o al menos circunscribirlos. Debo declarar, con orgullo filial, que el sagaz uso de dicho aparato ahorró a la ya sufrida ciudadela de Vigáta mayores daños.

Por tanto, mi intención, después de cuarenta y pico de años del acontecimiento, es mantenerme en los límites de un honesto testimonio y ordenar esta historia dentro de los confines de una reconstrucción sólidamente anclada en la verdad de los hechos, tal como ella emerge de las actas de instrucción y de los documentos, cartas y testimonios.

Es menester dejar sentado que Vigáta, en aquellos años un pueblo a la vez agrícola y mariner, contaba con una población de siete mil almas y territorialmente pertenecía a la provincia de Montelusa, aunque se encontraba, por situación geográfica, mucho más cerca de otra capital de provincia, Agrigento. Escribió un cronista de la época, el profesor Baldassare Corallo:

«Con el progresivo incremento de las condiciones económicas, nuestra ciudadela comenzó a tomar la dirección de aquel cívico bienestar que caracterizó la vida italiana. También la burguesía aspiró a elevar el grado de cultura y comenzó a acoger con interés los postulados de la civilización».

Entre estos postulados, evidentemente, estuvo el de la edificación de un teatro que no fuera sólo lugar de diversión, aunque sea elevada, sino también un ideal punto de encuentro, una especie de tribuna donde la comunidad de vez en cuando se reuniera, tanto para escuchar el alado sentir de algún artista invitado como para debatir los problemas propios del pueblo.

La propuesta de erección del teatro, votada por unanimidad en una reunión del Consejo Municipal del veintisiete de marzo de mil ochocientos setenta, se tradujo en

la concreción de una licitación concedida, por iniciativa privada, a la firma Tempore novo de Misilmesí. En seguida voces insinuantes y malignas difundieron entre la población la patraña de que en la cúpula de esta empresa contratista se encontraba, aunque no aparecía oficialmente, el honorable Fiannaca, a cuyo partido político pertenecía el alcalde de Vigáta, el contable Casimiro Pulitanó.

Nada más infamante y falso para el honorable Fiannaca, cuya carrera política ha sido espejo de su indiscutible honestidad de costumbres: en nada menos que dos legislaturas fue elegido con abrumador consenso popular y también ocupó, dignísimamente, el cargo de subsecretario en el ministerio del Interior. A las pruebas me remito.

Un anarquista, un tal Federico Passerino, dio a la imprenta un libelo ignoble y asqueroso contra el Honorable, donde, entre otras cosas, se sostenía el hipotético acuerdo entre Fiannaca y el alcalde Pulitanó a propósito de dicha contrata. Debe dejarse en seguida sentado que Passerino, hombre sin Dios, sin Patria y sin Familia, sin arte ni parte, falto de aquellos atributos que hacen que el hombre entre a formar parte de la humanidad civilizada, fue un día salvado personalmente por el Honorable porque había sido agredido, con razón, por algunos partidarios del político indignados por las múltiples insinuaciones que en cada ocasión este despreciable individuo baboseaba contra las actividades de Fiannaca. El Honorable decidió, más para aplacar los ánimos que para satisfacción personal, acudir a las superiores vías de la Justicia, presentando una querrela basada en amplias pruebas contra Passerino, que fue condenado por el Tribunal de Montelusa por difamación. Hay que añadir, para completar la crónica, que Passerino, su mujer, Margherita, y su hijo Andrea, llamado Niría, de dos años, encontraron horrible muerte por el estallido de una bomba que el anarquista estaba tratando de fabricar en su casa. También en esta ocasión algunas voces malévolas insinuaron que, en realidad, la bomba había sido lanzada por una ventana abierta contra Passerino y yo registro estas voces por deber de imparcialidad.

Los licitadores, de todos modos, se mantuvieron fieles al pacto, si bien con algunos incrementos de los costes debidos al menor valor de la lira, al punto que el teatro pudo ser inaugurado con sólo diez meses de retraso sobre el plazo previsto en la adjudicación.

Múltiples, variadas y fantasiosas fueron, en cambio, las voces que circularon por la provincia a propósito de la elección de la ópera destinada a la inauguración. En aquellos años la provincia de Montelusa era gobernada por dos excelsos representantes del Estado. El primero era Su Excelencia el prefecto caballero Eugenio Bortuzzi, florentino; el segundo era el comisario caballero Everardo Colombo, milanés.

Como era su deber, apenas llegado a nuestra tierra, Bortuzzi inmediatamente se apresuró a conocer en persona a hombres y cosas de nuestra provincia, a la que habría debido, como hizo, altamente gobernar. Por directo testimonio de Carmelo Ferraguto, entonces de quince años e hijo del difunto Emanuele, conocido familiarmente por

todos como «u zu Memé» por la solicitud con que acudía, en toda ocasión, a las necesidades, cualesquiera que fueran, de sus paisanos, he podido saber cómo Su Excelencia el prefecto se sirvió de su padre, condescendiendo de buen grado Ferraguto, para conocer pormenorizadamente las situaciones locales, en modo de poder tener un cuadro lo más completo posible de las condiciones en que se encontraba la provincia.

Por desgracia, la meritoria obra de Emanuele Ferraguto no pudo tener continuación porque fue bárbaramente asesinado por unos sicarios desconocidos y por razones igualmente desconocidas, mientras se ocupaba, ignorante, de la recogida de las frutas de su pequeña finca.

Hombre de profunda cultura y de ánimo exquisito (como no podía ser de otro modo, dado que Bortuzzi había nacido en Florencia, cuna suprema del Arte), el prefecto Bortuzzi se sintió imbuido del deber de educar a los vigatenses en el Arte, es más, de seguirlos paternalmente en sus primeros pasos hacia lo Sublime.

Como ciudadano particular, no con la Autoridad que le había sido conferida, en el curso de una comida en casa de unos amigos, expresó al marqués Antonino Pió di Condó, Presidente del Consejo de Administración del teatro, la humilde opinión de que una ópera como *Il birraio di Presión* del maestro Luigi Ricci habría podido constituir el primero de un ideal *gradus ad parnassum* para los vigatenses. De este parecer, proporcionado, repetimos, con la sola intención de no provocar un sentimiento de repulsa en una población, por supuesto, aún no preparada para degustar con plenitud la belleza y la profundidad de óperas de más sutil desarrollo y compleja constitución, nació un peligroso equívoco. Algunos miembros del Consejo vieron, es más, quisieron ver en la convival sugerencia de Su Excelencia una imposición de autoridad, alejadísima, en cambio, de las costumbres morales del prefecto. A continuación, ante las encendidas diatribas que siguieron, el marqués Antonino Pió di Condó se vio obligado a presentar su dimisión. En su puesto, después de laboriosas discusiones y encendidas polémicas, fue elegido el comendador Massimo Pero, el cual, por indicación motivada de un miembro del Consejo, el profesor Amilcare Ragona (quien incluso se había trasladado expresamente a Nápoles para asistir a una representación de la discutida ópera) volvió a proponer *Il birraio di Presión* como ópera inaugural.

¿Qué decir sino que en este punto las resistencias de una determinada parte del Consejo se hicieron más fuertes, que las insinuaciones se multiplicaron y que las voces más malévolas empezaron a correr sin freno alguno? Tanto se extendió el rumor que Su Excelencia Bortuzzi, aunque de mala gana, debió proceder a la disolución del Consejo de Administración y nombrar un comisario extraordinario en la persona de Sisinio Trincanato, alto funcionario de la Prefectura y cuyas dotes de imparcialidad eran indiscutidas. También en aquella ocasión, se hizo correr la voz viperina de que Trincanato, al ser cuñado de Emanuele Ferraguto, no habría podido de ningún modo sustraerse a las presiones conjuntas del prefecto y del mismo

Ferraguto. En cambio, como era de esperar, Trincanato también en esta ocasión mostró una absoluta libertad de juicio. Más todavía: antes de decidir, escuchó el parecer de algunos miembros del disuelto Consejo, consultó con eminentes ciudadanos y sólo entonces extrajo sus democráticas conclusiones. Fue así que se llegó a la definitiva elección de *Il birraio*.

Contrariamente a cuanto se escribió y se dijo en los periódicos y en los círculos no favorables al partido del Gobierno, el curso de la representación no fue perturbado por relevantes manifestaciones de disenso. Hubo exclamaciones de asombro por la belleza de las escenografías y la magnificencia de los trajes, además de por la exquisitez de la música y la valía de los intérpretes. Algunas expresiones ordinarias por parte de ciertos espectadores alojados en el gallinero se debieron más que nada a ingenuas apostillas por parte de gente que nunca había puesto los pies en un teatro e ignoraba cuál debía ser el comportamiento correcto. De devolver a estos espectadores indisciplinados a una conducta civilizada habría debido ocuparse el delegado de policía local, Sebastiano Puglisi. Pero éste es el punto crucial de todas estas desgraciadas vicisitudes: intentaremos situarlo en su correcta luz. Puglisi era un hombre de talante vulgar y de temperamento violento, agravados por la relación adulterina que mantenía con una joven de Vigáta, cuya hermana, viuda, encontró una atroz muerte como consecuencia del incendio del teatro. Quizá para conservar a la mujer infiel con ricos regalos, Puglisi se había dedicado a la protección del juego de la lotería clandestina, una plaga que en aquellos tiempos prosperaba en la Isla merced al oculto amparo precisamente de aquellos que habrían debido perseguir y erradicar esa ilegalidad. La obra de represión prontamente emprendida por el prefecto y por el comisario llevó a la luz la implicación de Puglisi en el turbio negocio. Pero Puglisi, no se sabe cómo, escurrió el bulto. Fue por un error de valoración del comisario, error debido a su innata generosidad de ánimo, que el delegado pudiera permanecer en su puesto y continuar llevando a cabo sus manejos. Así que durante la representación él, como es costumbre en todo ánimo triste, en vez de intervenir para disuadir, aplacar y convertir, se dejó llevar por una especie de altiva indiferencia. Debe decirse, para no faltar a la verdad, que Puglisi, dos días después del incendio del teatro, halló ignominiosa muerte. Como se aclaró a continuación, se había dirigido a una entrevista entre malhechores, fugitivos y bribones que se desarrollaba en la casa de un tal Diego Garzía, joven de preclara familia por entonces arruinada y quizá descarriado por las desventuras familiares. No hay ninguna duda de que se trataba de una reunión para decidir otras empresas criminales: en efecto, Puglisi se dirigió a aquel encuentro armado con su revólver personal (el arma de ordenanza fue descubierta en el cajón del escritorio de su despacho de Vigáta). En cualquier caso, si hubiera sido una operación encaminada a reprimir las futuras acciones de la mala vida, habría debido advertir en primer lugar a la Jefatura y en segundo lugar a los hombres que dependían de él. Pero no alertó a nadie y fue solo, signo de que no quería testigos. En casa de Garzía debió de producirse alguna discusión,

probablemente debida al reparto del botín, un ajuste de cuentas, como suele decirse, y Garzía y Puglisi, tras empuñar sus armas, se mataron mutuamente. Las indagaciones rápidamente iniciadas por el nuevo delegado de Vigáta, Catalanotti, han confirmado brillantemente el desarrollo de los hechos.

También se ha hablado, inoportunamente, de la intervención de una compañía de soldados a caballo durante los acontecimientos que llevaron al incendio del teatro, compañía al mando del capitán Villaroel (que luego concluyó su carrera como coronel de los Reales Carabineros). Es verdad, un pelotón de soldados estaba formado en el exterior del teatro como protección de las Autoridades que convergían en él, pero se trataba más que nada de un piquete de honor. Hacia la mitad del segundo acto, algunos jovenzuelos borrachos se pusieron, sin otra razón que la de provocar disturbios, a armar jaleo en la plaza anterior al teatro. Fue por eso que el capitán Villaroel resolvió informar a los espectadores de que no era conveniente marcharse de a pocos por vez y en pequeños grupos: precisamente para evitar desagradables encontronazos. Pareció inexplicable, en cambio, la reacción de pánico que se produjo ante el inesperado «gallo» (como suele decirse en la jerga de los músicos) de la eximia cantante Maddalena Paolazzi. El «gallo», como se sabe, es un desdichado accidente que puede acaecer en cualquier teatro y entre cantantes excelsos: pero nunca, que nadie recuerde, semejante error provocó, en ningún teatro del mundo, tan enajenado terror. Que no puede definirse de otra manera. Para esta aparentemente irracional actuación nosotros, con pacientes indagaciones y con la ayuda de eminentes estudiosos del alma humana, hemos llegado a una explicación racional que expondremos a continuación.

Aún queda por hablar del incendio, que, está demostrado, se verificó al menos dos horas después de que la representación hubiera sido interrumpida, cuando la gente hacía rato que había regresado con serenidad a sus domésticas ocupaciones vespertinas. La principal pregunta es, por tanto, la siguiente: ¿cuál es la causa desencadenante del violento incendio?

Mientras todavía las llamas atacaban el teatro, se llegó a la convicción común de que el desastre había sido involuntariamente provocado por la colilla de un cigarro aún encendido, dejado caer por descuido en las proximidades de algo (un telón, una butaca o una alfombra) que fácilmente pudiera convertirse en presa del fuego. Y las dos horas de intervalo egregiamente se proponen como lapso de tiempo indispensable entre la caída del cigarro, la lenta combustión y las llamas. Ante esta explicación, dictada por el buen sentido, se quiso insinuar a toda costa otra que se prestaba mejor a los fines de quienes querían sacar ventaja de aquella ocasión para poner en tela de juicio la actuación de las Fuerzas de orden público. Se habló, por ejemplo, de la presencia en el pueblo de un peligroso afiliado a la secta de los mazzinianos: no hay que olvidar, por otra parte, que en aquella época los estremecimientos republicanos recorrían la Isla, al punto que el mismo Mazzini sería arrestado, algunos meses después, durante un intento de desembarcar en Palermo de manera clandestina. De

todos modos, del paso por Vigáta de este fantasmal revolucionario no se encontró ningún rastro ni en la Real Jefatura de Montelusa ni en la delegación de Vigáta. Catalanotti, brazo derecho del malfamado Puglisi, atestiguó, por si fuera necesario, que su superior nunca le había dicho que estuviera en conocimiento de la presencia en el pueblo de un facineroso agitador y presunto incendiario.

El libro del honorable Fiannaca (*Batallas sicilianas*) rinde homenaje, por lo demás, a los republicanos de Vigáta que, sin embargo, eran sus adversarios políticos y los juzga muy por encima de la infame sospecha de complicidad alguna. Por otra parte, la tesis del incendio doloso fue sostenida (sin asignar a nadie la paternidad del reprochable acto) por un joven perito de la Fondiaria Assicurazioni, según el cual el fuego habría sido prendido a través del lanzamiento en el foso del teatro de dos huchas llenas de petróleo y hechas explotar mediante una mechita encendida. Cuan fantasiosa era esta reconstrucción fue demostrado poco después por el doctor Meli, que se había hecho cargo de las indagaciones tras la muerte violenta del delegado Puglisi, siguiendo las órdenes recibidas al efecto del comisario Colombo. El doctor Meli (que concluiría brillantemente su carrera ocupando un altísimo cargo en Roma, en el ministerio del Interior) demostró irrefutablemente que aquellas dos huchas pertenecían a los hijos de un guardián del teatro, que las habían escondido, por infantil desconfianza, justo en el foso. Y como total confirmación los investigadores hallaron, en las cercanías de las huchas, numerosas moneditas no descubiertas antes a causa de los daños producidos por el incendio.

Dicho incendio provocó, directa e indirectamente, la dolorosa y desgarradora pérdida de tres vidas humanas.

Aquí me veo obligado a anticipar una página sobre la cual con mucho gusto no me habría detenido, por la gravedad del caso y por el ignoble tufillo que de él emana. En pocas palabras: las llamas emitidas por el incendio se extendieron también a una casita de dos plantas, aparte de la planta baja, que está justo detrás del teatro. Allí hubo dos muertos, una joven viuda y un hombre que, en el primer momento, parecía haber perdido la vida en el generoso intento de salvarla. Esto se deducía de la posición de los cuerpos. Pero se trató, en cambio, de una puesta en escena tan macabra como indecente debida al delegado Puglisi. La joven viuda había muerto en sueños, ahogada por el humo, al igual que el hombre que era su amante y de cuyos abrazos hacía algunos momentos había deshonestamente gozado. Puglisi, sobornado por su querida, que era hermana de la viuda, la víctima, desplazó y manipuló los cuerpos para hacer parecer que la viuda estaba sola en la cama y que el hombre había intentado salvarla entrando por el balcón. Catalanotti se dio cuenta en seguida de la obscena ficción y pocas horas después, concluidas todas las investigaciones comprobatorias de su correcta hipótesis, escribió un memorial, un informe al doctor Meli que restablecía inequívocamente la verdad.

Quien, en cambio, perdió la vida en el generoso intento de salvar a la joven viuda fue el doctor Gammacurta, uno de los dos médicos de Vigáta. Apercebido de que las

llamas amenazaban la casita que estaba situada detrás del teatro, el doctor, recordando que en la última planta vivía la viuda, paciente suya, trató de salvarla trepando a la cima de una montaña de sal, un depósito que estaba pegado a la parte posterior de la vivienda. Su tentativa fue truncada por un infarto que lo cogió en el curso de su altruista y heroica acción. Las heridas que se hallaron en su cuerpo deben atribuirse, según los resultados de la autopsia realizada por un médico de confianza de la Jefatura, a los innumerables obstáculos que Gammacurta encontró en su accidentado recorrido.

Pero de este episodio y de otros aún desconocidos hablaremos ampliamente en los siguientes capítulos.

NOTA

La *Encuesta sobre las condiciones sociales y económicas de Sicilia (1875-1876)*, que no es la de Franchetti y Sonnino, sino la parlamentaria, fue publicada por el editor Cappelli de Bolonia en 1969 y en seguida se reveló para mí una verdadera mina. De preguntas, respuestas, observaciones y ocurrencias contenidas entre los centenares y centenares de páginas han nacido la novela *La stagione di caccia* y el ensayo *La bolla di componenda*.

Esta nueva novela aumenta la deuda. En la audiencia del 24 de diciembre de 1875 fue escuchado el periodista Giovanni Mulé Bertolo para saber cuál era la actitud de la población de Caltanissetta y provincia en relación a la política gubernamental. El periodista dice, en un determinado momento, que las cosas han mejorado desde el día del alejamiento del prefecto, el florentino Fortuzzi, que era aborrecido por toda la población («Fortuzzi quería estudiar Sicilia a través de las ilustraciones de los libros. Si un libro no tenía ilustraciones, no tenía importancia... Estaba siempre encerrado entre cuatro paredes, rodeado sólo por tres o cuatro individuos en los que se inspiraba»).

Fortuzzi puso toda la carne en el asador el día en que, al tener que inaugurar el nuevo teatro de Caltanissetta, impuso que la obra a representar fuera *Il birraio di Preston* («¡Quería imponernos incluso la música, a nosotros los bárbaros de esta ciudad! Y con nuestro dinero», exclama indignado Giovanni Mulé Bertolo). Lo consiguió, a pesar de la oposición de las autoridades locales y lo bueno es que nunca se supo el porqué de su obcecación con *Il birraio*. Naturalmente durante la representación se produjeron numerosos incidentes, un empleado postal que desaprobaba de manera llamativa al día siguiente fue trasladado («debió abandonar el puesto porque no tenía más que 700 liras anuales de sueldo y no podía alejarse de Caltanissetta») y los cantantes fueron cubiertos de silbidos.

En un momento dado, debió de ocurrir algo más serio, porque, dice siempre el periodista, «entraron en el teatro soldados a caballo, tropas con las armas». Pero en este punto los miembros de la comisión prefieren no profundizar y pasan a otro tema.

La historia, aunque tan escuetamente aludida en la declaración, me atrapó y comencé a trabajar en ella. Así nació esta novela, que es totalmente inventada, aparte, naturalmente, del motivo inicial.

Debo agradecer a Dirk Karsten van den Berg por haber conseguido procurarme el libreto y la partitura de *Il birraio*.

Dedico a Alessandra, a Arianna y a Francesco esta historia que leerán cuando sean mayores volviendo a oír, espero, la voz de su abuelo.

A. C.

P. D.: Llegados a esta hora de la noche, es decir, al índice, los lectores supervivientes se habrán dado cuenta, desde luego, de que la sucesión de los capítulos

dispuesta por el autor no era más que una simple proposición: cada lector, si lo quiere, puede establecer su personal secuencia.